DANIEL DE LA PEÑA

TE AMARÉ UN MILLÓN DE VECES



TE AMARÉ UN MILLÓN DE VECES

TE AMARÉ UN MILLÓN DE VECES

DANIEL DE LA PEÑA

Copyright © 2024 DANIEL DE LA PEÑA

Instagram: danizescritor
Correo electrónico: daniz.com@gmail.com
© Daniel de la Peña
Copyright©Diseño de cubierta: Canva / Hollie Deschanel
Primera edición: Febrero 2024
La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte ni registrada por un sistema de recuperación informático. Cualquier utilización sin autorización del autor será considerada delito.

AGRADECIMIENTOS

A Luis, Zara y a toda mi familia; mamá, tía Mari, tato, Pili e Isi. ¡Gracias por vuestro apoyo!, ¡os quiero!

A Anabel García, ¡gracias por todos tus consejos y por tu amistad!, ¡vales mucho!

A Hollie, ¡gracias por es aportada tan bonita!, ¡eres genial!

A Reyes, Patri y Mari, ¡gracias por leerme siempre!, ¡gracias por ser como sois!

A Alicia, ¡te admiro!, ¡gracias por tu pasión y o ayudarme!

A Vero y Mariam, ¡gracias por vuestra amistad!

A mis amigos; Mariajo, Isa, Gema, Rubén, Isra, Miriam, Eva, Pedro, Óscar, Merche, Susana, Marta, Menchu, Musta, Lina, Yoli, Juani, Carmen, Maite, Mamen, Pili, Rosa… ¡Gracias por vuestro apoyo!, ¡os quiero!

A mis lectores y lectoras, ¡sois geniales! Sin vosotras y vosotros, ¡no tendría sentido!

A todos los escritores y escritoras, ¡seguid apostando por vuestros sueños!

A ti, que estás leyendo este libro.

PRÓLOGO

Aquella llamada me dejó helada. ¿Sería capaz de luchar por su amor? ¿Iba a quedarme sin hacer nada, como solía hacer? Aunque él me lo había dejado muy claro. «Esto no funciona» aseguró. ¿Qué era lo que no funcionaba? ¿Cuál era mi error? ¿Quererle desmesuradamente? ¿Pensar en él al levantarme y cuando me acostaba? ¿Vivir en distintas ciudades? ¿En distintos países? Tampoco estábamos tan lejos, ¿no? Él vivía en Oporto y yo en Madrid. Estábamos a un tren o un avión de distancia. Además, esa situación no sería eterna. Solo duraría hasta que uno de los dos decidiese mudarse, cambiar su trabajo, su cultura, su casa… sabía que era un paso demasiado importante como para tomar aquella decisión a la ligera, pero tampoco íbamos a tirar tres años y medio de relación por el retrete solo por la distancia, ¿no? ¡Ains, estaba muy nerviosa!

Iván y yo nos queríamos. Aunque él acababa de dibujar el final de nuestra relación en una conversación telefónica, que apenas había durado tres minutos. ¡Tres minutos le bastaron para decir «adiós» a nuestra relación! Yo no podía creer lo que estaba pasando. Nada me hizo adivinar que su llamada tenía la firme intención de sentenciar el final de nuestro amor. ¡Ni siquiera me lo consultó! Una pareja es cosa de dos, ¿no? Entonces, ¿por qué no contó con mis sentimientos? ¿Qué hacía yo con todas las ilusiones, el futuro que había imaginado a su lado y el inmenso amor que le tenía? ¿Lo escondía sin más?, ¿me lo comía con patatas?

Resoplé, tratando de asimilar lo que había sucedido. El corazón me bombeaba con fuerza, mis ojos comenzaban a empañarse y la respiración se me entrecortaba. Intenté tranquilizarme antes de que me diese un soponcio. Tampoco había cortado conmigo, ¡tal vez me lo estaba tomando a la tremenda! Iván solo comentó que nuestra relación no llegaría a buen puerto, que la situación le agobiada porque me extrañaba todos los días y se sentía lejos de mí. ¡No te fastidia! Nos separaban quinientos sesenta y dos kilómetros. ¡Era normal que se sintiese lejos de mí! Pero el amor podía con eso y con más. Intenté convencerlo de que era algo temporal, que no sería así para siempre. Él, desanimado, alegó que no podía más. Entonces, fue cuando soló su frase lapidaria «esto no funciona» y me golpeó en el corazón con la fuerza de un huracán para dejarme temblando y sin saber qué decir. Solo quería llorar. Antes de colgar, soltó «necesito tiempo para pensar. Te llamo en unos días». Después, se hizo el silencio.

Y ahí estaba yo, sentada en el suelo de mi salón con el teléfono en la mano y el pulso disparado. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿Sentarme a esperar a que llamara con su veredicto?, ¿deshojar margaritas buscando una respuesta entre un «me quiere» al quitar una hoja o un «no me quiere» al arrancar otra?, ¿consultarle a una adivina si Iván me seguía queriendo? ¡No! Esa vez no. Me negaba a vagar por los vaivenes que el destino tuviese preparados para mí. ¡Iba a cometer la mayor locura por amor que jamás había hecho! Sin saber que el destino estaba tramando de las suyas, porque hay cosas que pasan queramos o no.

¡Me iba a Oporto esa misma noche! Así, sin pensarlo. Sin meditar si estaba en lo cierto o no, ¡era lo que me pedía mi corazón! Necesitaba luchar por mi novio y demostrarle lo que sentía por él. No sabía si me marchaba para siempre o como visita sorpresa, pero yo me largaba a Portugal esa misma noche.

Fui a por el portátil que estaba encima de la mesa del salón. Después, volví a sentarme sobre el suelo para encender el ordenador, que coloqué sobre mis piernas, y comprar un billete de tren con destino a Oporto. ¡Perfecto! Yo era así, en lugar de decantarme por la comodidad de mi sofá, prefería sentarme en el duro suelo. Como os he comentado, estaba cardiaca. Así que no me lo tengáis en cuenta.

¡No, no, no! ¡Otra vez no iba el *router*! No tenía internet, ¡ni tampoco podía comprar mi

billete! ¿Qué hacía? Tenía que hacerlo ya, ¡antes de que se me fuese el subidón amoroso y desestimara mi idea de fugarme a Portugal!

Reseteé el *router* dos o tres veces, fui moviéndome por toda la casa con el portátil entre las manos para ver si entraba señal. Pero nada, no hubo forma.

Antes de lanzarme a comprar el billete en el teléfono, que me resultaba muy incómodo porque la pantalla era demasiado pequeña para leer todo bien, pensé en mi mejor amiga. Podía pedirle a Fabiola que comprara ella el billete y yo se lo pagaba por *Bizum*. ¿Por qué no? Hace un par de años, cuando ella quiso comprar las entradas para el concierto de Alejandro Sanz y no tenía conexión, me llamó a mí para que yo se las comprara.

Busqué su contacto y la llamé. No era muy tarde, pasaban de las nueve de la noche, pero era mediados de julio, seguro que estaba tomando algo en una terracita. Al tercer tono descolgó.

—Hola, Eli, ¿qué tal? —saludó.

—¡Necesito que me salves la vida! —Tal vez me pasé de tremendista, pero estaba desesperada.

—¿Dónde estás?, ¿qué te pasa?, ¿voy a tu casa?, ¿te han robado? —Mi amiga tampoco fue comedida en su interés hacia mí.

—Hace unos minutos me ha llamado Iván —Hice una pausa dramática sin saber muy bien por qué.

—¿Qué ha pasado?, ¿está bien?

¡Ay! Si seguía así, iba a conseguir que le diese un ictus a mi amiga. ¡Decidí ir al grano!

—Ha dicho que nuestra relación no funciona porque no lleva bien la distancia.

—¿Después de tres años y medio saliendo, viviendo cada uno en una ciudad, ahora te viene con esto? —preguntó sorprendida.

—En parte lo entiendo. A veces es duro no poder vernos o tocarnos todos los días —argumenté.

—Imagino que sí, cariño. Si llevarais unos pocos meses así, entendería su repentino agobio, pero después de tanto tiempo. —Escuché cómo chasqueaba la lengua—. ¡Algo no me encaja!

Fabiola siempre sospechaba de todo y de todos. Ella ponía en duda cualquier cosa que no comprendiese o no le resultara lógica. Como cuando llamó la atención a su cartero porque en lugar de introducir las cartas en su buzón, solía dárselas en la mano. Unas veces se cruzaban en el portal y se las entregaba, otras él llamaba a su puerta… Para mi amiga algo no encajaba en la forma de actuar de ese hombre. «¡Joder! A todos mis vecinos les deja la correspondencia en sus buzones y, no sé cómo lo hace, pero a mí siempre consigue dármelas en la mano» explicó. Todos pensábamos que era una paranoica. Sin embargo, Fabi decidió salir de dudas y le preguntó a su cartero si era intencionada la entrega a domicilio. Él confesó que se sentía atraído por mi amiga y por eso buscaba cualquier excusa para verla e intentar conversar con ella. Las dotes detectivescas de Fabi no fallaron en ese momento. Aunque pensaba que se equivocaba con Iván.

—No me vengas con tus paranoias, por favor. Ese no es el tema a debatir —contesté.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—Me voy a Oporto para sorprender a Iván y demostrarle lo mucho que lo quiero.

—¡Coño, bonita! Que venga él y te sorprenda a ti. Tú no tienes nada que demostrarle —bufó—. No has hecho nada malo.

—Lo sé. Pero también tiene razón —suspiré—. Tal vez, nos hemos acomodado y nuestra relación está atascada, ¡por eso no funciona!

—¿Tú sientes eso? —insistió.

¡Yo no sabía ni lo que sentía! Solo sabía que no quería perder al que pensaba que era el

amor de mi vida.

—¡Yo me voy a Oporto! —espeté alterada por lo poco fácil que me lo estaba poniendo mi amiga.

—¡Pues vete! —estalló ella.

¿Podía ser más surrealista aquella conversación? Ya respondo yo por vosotras; ¡NO! Intenté contener mis ganas de mandarla a tomar viento fresco. Respiré hondo antes de continuar.

—Me falla internet. No puedo comprar el billete para ir a Oporto, ¿serías tan amable de sacarlo tú y te lo pago? —le pedí con inri.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso?

—Fabi, estoy de vacaciones. Así que puedo escaparme unos días y me muero de ganas por ver a mi chico. Habíamos planeado marcharnos en agosto a París porque ahora va hasta arriba de curro en el estudio, pero le haré una visita sorpresa anticipada. ¡Es un viaje de lo más romántico!, ¿no crees?

Mi amiga se echó a reír. Después, me informó de que estaba encendiendo el ordenador, por lo tanto, estaba en casa. Pasados unos segundos, me hizo saber que había accedido a la web de viajes en tren.

—¿Cuál quieres? ¿Qué día y a qué hora? —preguntó.

—¡El primero que salga! —contesté ilusionada.

—Déjame ver… déjame ver… —Escuché como tecleaba en su ordenador.

—¡Va a ser súper romántico! —repetí, dejándome llevar por la emoción.

En realidad, era como auto convencerme de que realizar aquella escapada era una gran idea que tumbaría las dudas de Iván cuando me viese aparecer en su casa.

—Estoy poniendo salida desde Madrid con destino a Oporto… —murmuró—. Hay muchas opciones…

—¡El primero, Fabi! —insistí—. Tengo que darle una oportunidad más al amor.

—¡Joder! —exclamó mi amiga.

—¿Qué?

—¡Me voy contigo! —aseguró con contundencia.

—¿Perdona? ¿Te vienes?

—No conozco Francia, ¡perdón! Portugal y creo que es una buena oportunidad. No se hable más, ¡nos vamos las dos! El primero que sale Madrid-Oporto es para mañana a las ocho y media de la mañana.

Me sorprendió que se apuntara tan de repente. Sin embargo, no le di importancia. Hasta me animé pensando que me apoyaba en mi locura amorosa. ¡Qué confiada era! Mi amiga nos iba a meter en la mayor aventura de nuestras vidas y yo lo ignoraba por completo. Todo comenzó cuando dije:

—¡Perfecto! ¡Cógelos!

Y ella respondió:

—¡Ya está hecho!

1
NERVIOS, CAFÉ Y CONFESIONES

Fabiola se sentó a mi lado después de apoyar sobre la mesa dos tazas de café con leche, que había traído desde la barra del bar. Estábamos en la cafetería de la estación, eran las siete y media de la mañana y faltaba una hora para que nuestro tren saliese. ¡Nos íbamos a Oporto!

Yo estaba muerta de sueño, ¡no había dormido nada! Entre preparar la maleta a última hora, que me pasé más de tres horas eligiendo modelitos, complementos y un sinfín de gilipolleces para llevarme al viaje, y los nervios de cometer aquella locura, ¡apenas descansé por la noche! Además, había quedado con Fabi que pasaría por mi casa sobre las siete menos cuarto de la mañana para coger juntas un taxi que nos llevase hasta la estación.

Todavía seguía sorprendida por el repentino arrebato de mi amiga por acompañarme. Aunque no me extrañó su reacción porque Fabiola era un terremoto, solía dejarse llevar y apenas pensaba las cosas. ¡Eso me daba una envidia morrocotuda! Yo era todo lo contrario, le daba mil vueltas a las cosas. A veces, cuando tenía un problema, me perdía entre mis propios pensamientos para liarme aún más. ¡Yo solita hacía más grande la bola! Sin embargo, Fabi se dejaba llevar por su instinto, apartaba los miedos y las dudas y no pensaba tanto lo que hacía. No calibraba las consecuencias de sus actos, ¡ella era libre como el viento! Y la verdad; le iba bastante bien así. Su forma tan natural de comportarse, en muchas circunstancias, me daba envidia sana. ¡Pero cada una es como es! Además, ella me aportaba una chispa de locura cuando me hacía falta y yo a ella la serenidad que necesitaba. ¡Hacíamos un buen equipo! Por eso nos llevábamos tan bien, ¡nos complementábamos a la perfección! Sabíamos cómo éramos, nos aceptábamos y nos ayudábamos. ¡Bendita amistad!

Las dos teníamos treinta y un años. Ella era alta, rubia, con un cuerpo de modelo, que se trabajaba todas las tardes en el gimnasio. Eso sí, comía como si no existiese un mañana. Según aseguraba Fabi: «Yo voy al *gym* para después ponerme ciega a hamburguesas, pizzas y *hot dog*. Entre semana me tomo mis batidos de proteínas, como ensaladas y pescadito a la plancha, pero el fin de semana me descontrolo y como lo que me da la gana. ¡Para eso me mato a hacer ejercicio!». Ella no hacía deporte para presumir de cuerpo diez, sino para comer lo que quisiese cuando quisiese.

Yo tenía el pelo castaño, medía metro setenta y, por más que hiciese cientos de dietas, mis curvas se empeñaban en no desaparecer nunca. Así que me cuidaba controlando mi alimentación. Además, alguna vez hacía algo de ejercicio, siempre motivada por mi amiga, e íbamos juntas a correr al parque. Aunque, después de dar un par de vueltas, acabábamos en la terraza de un bar tomando cervezas. ¡Ese era mi deporte favorito! El levantamiento de jarra fría.

Cogí la taza de café y di un sorbo. Estaba muy rico. La cafetería de la estación estaba a tope. Para ser un lunes cerca de las ocho de la mañana, había mucha gente. Aunque, como era julio, supuse que muchas personas acababan de comenzar sus vacaciones y se iban de la ciudad para desconectar de sus rutinas.

—¿Quieres que pidamos algo para comer? —preguntó Fabi.

—No. —Negué con la cabeza al mismo tiempo que sonreía—. Estoy tan nerviosa por la locura que voy a hacer, que se me ha cerrado el estómago.

—Eli, has ido a Oporto un montonazo de veces, ¿por qué estás tan cardiaca? —preguntó mi amiga.

Me encogí de hombros.

—No sé. Será porque es la primera vez que voy para sorprenderlo. Todos los viajes anteriores estaban programados. Sin embargo, este no. Iván no tiene ni idea de que voy a ir. ¡Me dejo llevar!, ¡como tú! A veces tengo que hacer más caso a mi instinto y pensar menos las cosas. ¡Siempre es un acierto dejarte llevar por lo que sientes! —pronuncié, intentando convencerme de nuevo de que lo que estaba haciendo era lo correcto. ¿Por qué tenía que repetirlo tantas veces para quedarme tranquila?

—Espero que recuerdes esto dentro de un rato —susurró antes de dar un sorbo a su café.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

¿Qué había querido decir? Tal vez, se refería a que recordara mi entusiasmo inicial cuando dudara, a lo largo del viaje, si todo aquello había sido una buena idea. O a que cuando mis ilusiones se tambalearan, volviese a recargarlas al pensar en la euforia que en ese instante me invadía. ¡No! En absoluto se refería a eso, pero claro, yo ignoraba lo que Fabi había hecho. Así que era imposible que supiese el motivo de que soltara aquella frasecita.

—Nada, cariño. —Abofeteó el aire con la mano.

Entonces la miré fijamente y solté un suspiro.

—¿Crees que se me ha ido la olla al realizar este viaje? Sé que normalmente no soy tan impulsiva, pero tengo que hacerlo —me justifiqué.

Tenía que hacerlo por amor. Iván dudaba de nuestra relación. Tenía que demostrarle que sus dudas no tenían sentido. Aunque no tuviese ni idea de qué iba a hacer cuando llegase a Oporto. Iría paso a paso. Ya me había comido la cabeza lo suficiente, pensando en un plan para recuperar la confianza de Iván en nuestro amor, sin encontrar ninguno que me convenciese. Así que decidí que ir poco a poco. ¡Ese era el plan! Tomarme las cosas con tranquilidad.

—Y yo te apoyo al cien por cien. —Sonrió con picardía.

Cogí de la mano a mi amiga y le di las gracias por acompañarme. Me sentía más segura con ella. Además, me hacía ilusión mostrarle aquella preciosa ciudad. Fabiola, esquivó mi mirada cuando le agradecí su apoyo. ¡Algo me olía raro! ¿Qué pasaba? Decidí ir al grano; a los asuntos del corazón.

—¿Cómo vas con Javi?

—Bien, bien, bien. ¡Mejor que bien! —Apartó su mano de la mía—. Lo tengo superado.

Javi era su amante. Sí, sí. De esos tíos con los que solo quedas para follar y poco más. Esos que tienen novia con una cornamenta gigantesca y a la que no respetan nada. El problema era que Javi, además de ser un capullo, volvía completamente loca a Fabiola y, aunque lo negase, estaba coladísima por él. Tenía la esperanza de que algún día dejaría a su chica para salir con ella. ¿Por qué pensaba eso mi amiga? Porque así se lo hacía creer el muy cabrón. ¡Vaya cerdo!

Un momento, casi pasé por alto una cosa; ¿qué era lo que tenía superado?

—¿Lo habéis dejado? —pregunté sorprendida.

—No lo sé… Hemos discutido —añadió—. Nos peleamos la semana pasada y no hemos vuelto a quedar.

—¿Cómo estás?, ¿por qué no me habías dicho nada, cariño?

Mi amiga resopló con desgana, apoyando los codos sobre la mesa.

—Sé que Javi te cae fatal. Lo que menos necesitaba era una celebración por tu parte cuando te contara que estábamos peleados. —Negó con la cabeza.

—El asco que le tengo a Javi es otro asunto, ¿cómo estás? —insistí.

—Mejor…

Intenté animar a mi amiga.

—Este viaje te vendrá genial para olvidarte de él, ¡ya lo verás!

—Ya, ya… —rio con cierto nerviosismo.

Mi amiga estaba rarísima. Supuse que era por la pelea con su amante, aunque pronto descubriría que los remordimientos, los nervios y la ansiedad eran los culpables de su agitado estado de ánimo.

Estuvimos charlando durante un rato en la cafetería. Cuando quedaba media hora para que saliese el tren, fuimos paseando por la estación hasta al andén. Primero pasamos por la zona de seguridad. Escanearon nuestras maletas y bolsos. Después, accedimos a la rampa mecánica que nos bajaba al andén número tres. ¡Nos íbamos a Oporto!, ¡estaba emocionada! ¡Impaciente! La tripa me dolía de los nervios. Una sensación extraña me recorrió al pensar en Iván. ¿Estaba haciendo lo correcto? Me pregunté una vez más. Tal vez, no lo había pensado bien. Quizás por eso el corazón me bombeaba con tanta fuerza. ¿Y si mi novio se asustaba al verme? ¿Y si en vez de alegrarse, se agobiaba? Joder, ¿me había precipitado en mi decisión?

Me volví hacía mi amiga con la cara desencajada.

—¿Estoy haciendo lo correcto?, ¿es una locura? —le pregunté.

—Es una locura fabulosa, Eli. ¡Estás luchando por lo que quieres! —respondió.

Las dudas desaparecieron. ¡No tenía nada que temer! No me estaba equivocando, ¡estaba luchando por lo que quería! Demostraría a Iván que lo nuestro sí que funcionaba. ¡Madre mía!, ¿veis cómo era como una veleta? Ya estaba emocionada otra vez.

Entonces, al comprobar cuál era nuestro tren, casi me dio un infarto. Miré a mi amiga completamente flipada, ¿qué broma era esa?

2
UN TREN QUE NO ESPERABA COGER

¡Madre mía! ¿Qué estaba pasando? ¿Nos habíamos confundido de andén? ¿Ese era nuestro tren? Fabi forzó una sonrisa y tragó saliva. Mientras bajábamos por la rampa mecánica, le pedí a mi amiga que me mostrara los billetes. Ella los sacó de su bolso y me los pasó.

—¿El tren del amor? —leí en voz alta—. Fabiola, ¿qué es esto?

—Nuestro medio de transporte para viajar a Oporto —contestó risueña.

—¿Qué es el tren del amor? —insistí—. ¿Y por qué tenemos dos billetes para montar en él?

—¿No querías hacer una locura romántica? —respondió con otra pregunta—. ¡Tachan! Nos vamos a Portugal en el tren más romántico de todos. —Levantó los brazos con emoción.

No entendía nada. ¿Qué narices era el tren del amor? ¿En qué se diferenciaba del resto de los demás trenes? ¿Por qué había cogido los billetes para viajar en ese tren? ¡Madre mía, madre mía! Estaba a punto de hiperventilar.

—¿Puedes explicarme de qué va todo esto? ¡Por favor! —exigí.

—Me dijiste que cogiese el tren que antes saliese hacia Oporto, ¿no? Este es el primero que salía. Además, al comentar que querías hacer una locura romántica y comprobar que este era el tren del amor, ¡pensé que era una señal! Teníamos que cogerlo, ¿no crees?

Llegamos al final de la rampa mecánica y pusimos nuestros pies en el andén. No estaba segura de si quería subir o no. Además, Fabiola seguía sin explicarme nada. Entonces eché un vistazo a la información del billete. ¡Casi me da un infarto al descubrir todo el pastel! Claro que íbamos a Oporto, pero antes pasaríamos por Barcelona, Montpellier, Cannes, París y Bilbao. ¡Cada billete había costado quinientos euros! Mi amiga no se había confundido, tampoco había cogido ese tren porque era el primero que salía, ¡Fabi sabía perfectamente lo que había hecho! Ella era muy impulsiva. Sin embargo, siempre tenía un motivo para hacerlo.

—¿Barcelona, París, Bilbao? ¿Qué es esto? —Quise saber—. Yo quería ir a Oporto, ¡no hacer un tour por media Europa! —Tal vez exageré en mi alegato. En mi defensa diré que estaba tan alterada por la sorpresa que acababa de llevarme, que casi me pareció hasta ridícula mi protesta. O, ¿cómo habríais reaccionado vosotras si os enteráis de que en vez de viajar a la ciudad que pensabais, antes os recorríais unas cuantas? Así, sin que nadie os hubiese avisado. A ver, en otro momento me habría encantado la idea, pero yo tenía prisa por ver a Iván y solucionar nuestra crisis. Aunque para crisis, la de ansiedad que me estaba dando en ese instante—. ¿Qué significa eso?

—No sé, Eli. Vi la información, me pareció divertido y lo cogí. Antes has comentado que es bueno dejarse llevar por los impulsos, ¿no?

—Mira, bonita, si me dejo llevar por el impulso que siento ahora mismo; ¡te mato! Esto es una mierda, ¡yo no me monto! En el billete pone que tardamos una semana y media en llegar a Oporto. ¿Cómo se te ocurre hacerme esto? ¿Sabes que necesito ver a mi novio cuanto antes? —sollocé.

—Necesitas tiempo para pensar lo que vas a hacer. Hace unos segundos, cuando estábamos bajando por la rampa, me has preguntado si estabas tomando la decisión correcta al ir a Oporto. Entonces, no estarás tan segura de tu decisión. Si tienes una semana y media más para pensártelo, ¡seguro que vas más segura a tu encuentro! —dijo con convencimiento.

¡Me dieron ganas de aporrearla con mi maleta! ¿Por qué había hecho eso? Seguía sin

comprender su comportamiento. ¿Cómo podía haber cogido los billetes sin consultármelo? Y lo que era peor aún, ¡se había callado hasta llegar al andén!

—No subo. Lo siento Fabi, ¡voy a buscar otro tren que vaya directo a Portugal! —Me di la vuelta.

—¡Lo he hecho por nosotras! —exclamó—. Últimamente, apenas pasamos tiempo juntas. Tú estás muy liada en el trabajo y los fines de semana que puedes te marchas a ver a Iván o viene él a Madrid y pasas de todo.

¡Uy, aquella confesión me dolió un poquito! No por parte de mi amiga, sino porque llevaba razón. Tal vez, había descuidado un poco nuestra amistad. Me giré hacia ella con los ojos vidriosos. Me sentí fatal.

—Solo quería pasar unos días contigo a solas, ¡como antes! Viajar, tomar birras, ir de cena y marujear. No te estoy echando la culpa de que cada vez nos veamos menos. La vida lleva un ritmo y es difícil pararlo. Sé que yo también estoy liada toda la semana, pero me pareció una idea genial pasar unos días recorriendo algunas ciudades de Europa solo tú y yo. No te dije nada cuando cogí los billetes porque sabía que te enfadarías y no vendrías. Sin embargo, prefería que te enojaras un poco si de esa forma existía alguna posibilidad de que nos fuésemos juntas de vacaciones.

Joder, ¿qué podía añadir? Mi amiga me había preparado un viaje sorpresa porque me echaba de menos a pesar de ser casi vecinas y llamarnos todos los días. Aunque, en realidad, cada vez nos veíamos menos. ¡Me pareció precioso su gesto! Era más de lo que había hecho Iván por mí, que se limitó a asegurar que nuestra relación no funcionaba en lugar de luchar por nosotros. Además, quizás unos días meditando mi decisión de ir a Oporto, me venían de maravilla. De repente, se fue el nudo que sentía en el estómago y la idea de pasar una semana y pico con Fabi visitando ciudades en tren me pareció de lo más apetecible.

Me planté delante de mi amiga y le di un abrazo.

—Tienes razón, cariño. ¡Nuestra amistad también es importante! ¡Joder, es súper importante! Iván no sabe que iba a Oporto y, sinceramente, no tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando llegara allí. Así que estos días contigo podemos tramar un plan para recuperar la fe de mi chico en nuestra relación —confesé más animada—. Además, me apetece un montón irme de vacaciones contigo.

—¡Lo vamos a pasar de puta madre! —celebró mi amiga.

—Aunque la próxima vez que hagas algo por el estilo me lo cuentas y me lo explicas, ¿ok? Creo que soy una persona bastante comprensiva —la regañé entre risas—. Por poco me da un infartito cuando me he enterado de todo.

—¡Oído cocina! —bromeó Fabi.

Nos echamos a reír. Después cogimos nuestras maletas y fuimos hacia el vagón número dos. Ese era el nuestro. Antes de subir al tren nos saludó una azafata muy guapa, sonrió y dijo:

—Buenos días, chicas. ¡Hacéis una pareja estupenda!

Miré sorprendida a la joven. ¿Pareja?, ¿por qué había pensado que Fabi y yo éramos pareja? Además, su descaro fue de lo más natural. No dudó al pensar que estábamos juntas ni en decirlo. Entonces, eché un vistazo a las personas que estaban en el tren. Delante de nosotros estaban un chico y una chica cogidos de las manos. En el pasillo dos chicos se dieron un pico. ¡Todos iban de dos en dos! ¡Ay, madre! Estábamos rodeadas de parejitas felices. Era lógico que, ante tanta pareja, la azafata nos confundiese por otra más.

—¿Te has dado cuenta de que todos son pareja? —le dije a mi amiga.

—¡Ah, se me olvidaba! Ahora somos novias.

3

ES LO QUE HAY, ¡DISFRUTA!

Os comento un poco cómo era el tren antes de sumergirnos en mi caos emocional al descubrir el disparatado plan de mi amiga.

Os adelanto que el tren por dentro era precioso. ¡Una fantasía! Había varios vagones con asientos, como los trenes habituales, para sentarse un rato y contemplar el paisaje a través de sus enormes ventanales. Los asientos estaban distribuidos de cuatro en cuatro, enfrentándose dos y dos. Después, podías acceder a distintas zonas de ocio. Estaba el vagón cafetería, con una barra de bar ideal y varias mesitas ubicadas por la estancia con sillas. ¡Supe que tomaría muchos combinados durante nuestro viaje! Así que ese iba a ser uno de mis lugares favoritos. Ya me veía sentada en un taburete mientras gritaba «¡camarero, póngame otro mojito!».

También me encantó el vagón restaurante, aunque en realidad eran dos vagones. Uno con bufet libre y otro con comida de diseño. La decoración era bastante minimalista en ambos lugares. No se andaban con florituras, lo importante era aprovechar el espacio al máximo, sin que llegara a ser agobiante. Y la verdad es que los dos restaurantes eran bastante acogedores y bonitos.

Otro de los vagones que me llamó mucho, ¡no!, muchísimo la atención, fue el vagón cine. Allí se proyectaban películas románticas. En el fondo de la *sala*, porque simulaba una sala cinematográfica, se encontraba una gran pantalla y en el resto del lugar estaban las butacas. ¡Estábamos en el tren del amor! Era obvio que aquel vagón sería perfecto para que las parejas vieran films de pasión mientras se cogían de la mano, se metían mano o se daban el lote. Es decir, era ¡un picadero de cine! Nota mental; ¡prohibido entrar en aquel vagón!

Y, por último, estaban los vagones con las habitaciones. La nuestra era un habitáculo minúsculo con dos literas, una especie de banco con mesa abatible en frente de las camas, un mini pasillo en medio de la habitación y un ventanal. Era pequeño, pero al mismo tiempo agradable. Perfecto para escapar de la marabunta de amor que se repartía por todo el tren.

Además, en cada ciudad pararíamos para realizar excursiones, ir a comer a lugares típicos mientras disfrutábamos de la gastronomía local, y visitaríamos monumentos. El plan no estaba nada mal, era maravilloso. Salvo por un pequeño detalle, ¡era un viaje para parejas!

Cerré la puerta de nuestra habitación y me volví hacía mi amiga para pedirle explicaciones.

—¿Somos novias? —pregunté anonadada.

Fabiola se encogió de hombros antes de sonreír. ¡Le estaba cogiendo un asco a su sonrisita! Cada vez que la sacaba a pasear, me sorprendía con algo que me ocultaba.

—Eli, este es el tren del amor. —Abrió los brazos—. ¡Es para enamorados!

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿No había otro tren que recorriese varias ciudades pero que no fuese obligatorio viajar con tu pareja?

—¡Uy, mujer! Te quejas de todo —replicó, abofeteando el aire—. Ya estamos aquí, ¿no? ¡Qué más da si es para amantes o no! Lo vamos a pasar genial.

Algo no me encajaba. No encontraba una explicación que me convenciese para creer a mi amiga. ¡Nos había apuntado a un viaje donde todos estaban emparejados menos nosotras! ¿Qué estaba tramando?

—Solo digo que me resulta raro que viajemos en…

—Bla, bla, bla. —Me hizo la burla con la mano, imitando mi boca abrir y cerrar—. Te

repites más que un loro. ¿Quieres bajar?, ¿nos vamos? Si quieres te vuelvo a explicar los motivos por los que quiero realizar este viaje contigo. Pero vamos, si te vas a poner así o vas a estar tan insoportable todo el viaje, será mejor que nos vayamos.

Entonces el tren se puso en marcha, ¡estábamos saliendo de la estación! Es decir, ¡ya no podíamos bajar! No había vuelta atrás. Suspiré, intentando armarme de paciencia.

—No. No es eso —pronuncié—. Me apetece mucho hacer este viaje. Aunque me acabe de enterar de que tardaremos una semana y media en llegar a Oporto, que visitaremos un montón de ciudades y que es un tren para viajar en pareja.

Cada palabra que pronunciaba me resultaba más surrealista. En realidad, lo que quería decirle era «Fabiola, estoy enfadada contigo porque me has ocultado toda la información respecto a este viaje. Sabías que tenía prisa por llegar a Portugal para arreglar las cosas con Iván y tú has hecho todo esto a mis espaldas. Además, no comprendo por qué nos has metido en el tren del amor, ¡aquí solo hay amantes! Aunque comprendo que tu intención era buena al querer pasar unas vacaciones conmigo porque cada vez nos vemos menos, me ha dolido que no me lo contaras y me metieses en este jaleo». Eso quería decirle. Sin embargo, mi parte más complaciente y sumisa dijo:

—¡Ok! Me hago a la idea de todo. Tengo que empezar a ver el lado bueno de las cosas. Asimilo los cambios mientras nos tomamos un mojito en la cafetería, intento aparentar que soy una novia fiel y me mentalizo para disfrutar de nuestras vacaciones. Aunque quiero pagarte mi billete, te ha costado una pasta y no creo que sea justo que lo asumas tú.

¡Olé por mi brillante forma de hacerme respetar! ¿Por qué en ocasiones decimos justo lo contrario de lo que queremos expresar? ¿Por miedo al rechazo? ¿Por inseguridades? ¿O porque somos idiotas? Creo que en aquella ocasión fue por la tercera opción. Muy pronto iba a descubrir que era tonta de remate por creerme las mentiras de mi amiga.

Fabiola tragó saliva y dio un pequeño saltito hacia atrás. Joder, ¿qué le pasaba? ¿Serían los remordimientos que le azotaban por lo cabrona que había sido?

—Ya hablaremos de temas económicos. —Cogió mi maleta y la suya para colocarlas encima del sofá de la habitación—. Deshacemos nuestras maletas y vamos a por esos mojitos, ¿ok?

—Podemos dejar las maletas para luego, ¡necesito los mojitos ahora! —bromeé.

Nos echamos a reír.

Yo seguía con la sensación de que Fabi me ocultaba más cosas, pero tampoco quería insistir en el tema. Si lo hacía, seguro que se enfadaba y no pretendía comenzar las vacaciones sin hablarnos.

Nos cambiamos de ropa antes de ir a la cafetería. Nos pusimos algo más fresquito. Yo llevaba unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes amarilla a juego con las sandalias. Fabiola se puso un vestido corto de color verde. ¡Estaba impresionante la rubia de los cojones! ¡Vaya cuerpazo tenía! Todo le quedaba bien. Echamos un último vistazo a nuestro look en la pantalla de nuestros móviles. En la habitación no había espejos ni tampoco baño. ¡Eso sería lo que peor iba a llevar! Los aseos eran compartidos y estaban en otro vagón.

Salimos a un pasillo estrecho que recorría las demás habitaciones. Atravesamos los vagones con asientos para contemplar el paisaje, que bauticé como vagones de descanso. Y por fin llegamos a la cafetería. ¡Alcohol, por favor! A pesar de lo temprano que era, ¡necesitaba un buen trago! Tenía que digerir todo lo que me había pasado en tan poco tiempo y la mejor manera de hacerlo era con ron.

Entonces, al entrar en la cafetería, lo vi. ¡No, joder! ¿Era él? Sentí un desagradable pinchazo

en el estómago. ¡Todo tenía sentido! ¡TODO! Fulminé a mi amiga con la mirada. Ella me dedicó otra de sus irritantes sonrisitas, que estuve a punto de borrar con un tortazo. ¿Todo por él? ¿Mi relación estaba en peligro por él? ¿En serio?

—Escúchame, ni loca te pago el billete. Y suerte tendrás si vuelvo a dirigirte la palabra —aseguré.

4
Y, ENTONCES, ME SALUDÓ

Di media vuelta para deshacer a toda velocidad el camino hasta la cafetería. Atravesé los vagones de descanso mientras maldecía mentalmente a mi amiga. «¡Mentirosa, mala amiga, falsa!» gritaba para mis adentros. Apreté los puños con fuerza mientras me golpeaba el dolor de su traición. Esta vez se había pasado, ¡solo pensaba en sí misma!

Llegué al pasillo donde se accedían a las habitaciones y entré en la mía. Fabiola me seguía, escuchaba sus zancadas a pocos metros de mí. Cerré la puerta con fuerza, al borde de un colapso de ira. Mi amiga apareció a los dos segundos. Asomó su carita de niña buena. ¡No os fieis! Su angelical rostro era un oasis en su desierto de picardía. Pura apariencia. Después entró poco a poco mientras soltaba una risita floja.

—Puedo explicártelo —soltó.

—¿Qué vas a explicarme? ¿Qué me la has clavado hasta el fondo? ¿Qué eres una mentirosa? ¿Qué te importo una mierda? ¿O qué eres una egoísta? —disparé hecha una furia.

—Sé que tienes motivos para odiarme, pero deja que te explique, por favor —insistió.

—¡No! —grité—. El que estaba en la cafetería era Javi, ¡tu amante! Cuando lo he visto casi me ha dado un patatús y he comprendido por qué has organizado este viaje. —Me faltaba el aire, apenas podía respirar de lo cabreada que estaba—. Tú no querías ir de vacaciones conmigo, tampoco te importaba que reflexionara sobre si era una buena idea ir a ver a Iván a Oporto, ¡me has utilizado para ir en el mismo tren que Javi! ¿Cómo has podido?

—¡No lo sé! Ni quiera lo pensé. —Fabiola dio unos pasos para acercarse a mí—. Cuando me pediste que te comprara el billete para ir a Portugal, busqué en la web de trenes y de repente vi «El tren del amor». Entonces, recordé que Javi había subido un *storie* con una foto de los billetes de ese tren, anunciando que se iba al día siguiente con su novia de vacaciones. ¡Se me fue la pinza!, ¡lo reconozco!

—¡Me importa una mierda que lo reconozcas! —exclamé con los ojos llorosos—. ¡Por tu culpa estoy en este tren! Voy a tardar una semana y media en ver a mi chico e intentar solucionar nuestra crisis. Yo quería ir hoy. ¡Hoy! Pero tú me has engañado y convencido para subirme y pasar una puta semana y media rodeada de parejas empalagosas, que se demuestran su amor en cada rincón del tren. Te has inventado que me echabas en falta para que te acompañara en esta locura y acosar a tu amante. Y, lo peor de todo es que he sido tan idiota de creerte.

Fabiola se quedó unos segundos sin saber qué decir. Me miró con tristeza, suspiró y me cogió de la mano.

—Discúlpame, Eli. Estaba desesperada porque Javi pasa de mí —aclaró—. Desde que discutimos, no responde a mis mensajes ni me llama. No sabía qué hacer para contactar con él. Cuando vi que se iba con su novia en este tren y tú me pediste que te cogiera por internet los billetes para Oporto, sentí la necesidad de hacerlo.

Ya no iba a caer en su intento de darme pena. ¡Ya no!

—Pues haberte ido tú sola —contesté seria—. Yo no quería esto. O, por lo menos, haberme dicho la verdad. Tal vez, te hubiese acompañado si me explicabas lo que pasaba. Sin embargo, has decidido callarte y joderme mis planes para hacer los tuyos.

—Oye, no encajas muy bien las disculpas, ¿verdad? —soltó con todo su morro.

Aquella frase fue la gota que colmó el vaso.

—No basta con una disculpa, Fabiola. Me parece perfecto que seas impulsiva, en serio. A veces te envidio por tu desparpajo. Pero en esta ocasión te has pasado. ¿Qué hago yo con tu disculpa? ¿Me subo a ella y voy a Oporto volando? Me parece que no.

—¡Vamos a ir a Oporto de todas maneras! —señaló—. Lo que te he dicho antes también era cierto. Te echo en falta y este viaje es ideal para compartir tiempo juntas. Y tienes más tiempo para meditar qué vas a hacer cuando llegues a Portugal. ¿Dónde está el problema?

Aquella habitación me resultaba más pequeña cada segundo que pasaba en ella. Necesitaba aire, espacio o largarme de allí lo antes posible. La actitud de Fabiola me estaba saturando. Quería gritar, llorar, bloquear a mi amiga en WhatsApp y todas mis redes sociales e hincharme a mojitos en la cafetería del tren.

—En que solo piensas en ti. ¿Qué pasa con la novia de Javi? Has dicho que viajaban los dos, ¿no? ¿Has pensado en ella? ¡Que va! —Levanté los brazos—. O, si os reconciliáis, ¿querrás que os aguante las velas hasta que lleguemos a Oporto? ¿Has pensado en mí? ¿Qué cojones hago yo en un tren lleno de parejas cuando extraño a mi novio?

—Vamos a ver ciudades preciosas, monumentos, haremos excursiones… No te voy a dejar sola. No seas tan dramática.

Era más testaruda que una mula. ¡En esos momentos quería estrangularla! Contuve las lágrimas para intentar hablar desde la calma. Íbamos a pasar muchos días juntas, tenía que ser inteligente e intentar solucionar el asunto desde la tranquilidad y la comprensión.

—¡Ay, Fabiola! Ponte en mi lugar, ¿puedes?

Mi amiga acercó su cara a la mía y después sonrió.

—Claro que puedo, cariño. Por eso no voy a aceptar que me pagues el billete, ¡te invito!

¡Confirmado! ¡Era gilipollas y emocionalmente un puto pez! Solté un grito tremendo por no estamparle las maletas en la cara. La insulté antes de salir por la puerta y desaparecer.

¿Qué hacía? ¿A dónde iba? Solo pensaba en sentarme en un taburete de la cafetería y ponerme ciega a mojitos, ¡pero estaba el capullo de Javi! No podía ir.

De repente, noté una presión en el pecho. Mis ojos se volvieron cristalinos. Sentí que me faltaba el aire. Fui hasta el vagón de descanso y me dejé caer en uno de los asientos. ¡Joder, eran muy confortables! Me acomodé mientras miraba el paisaje e intentaba no pensar en nada. Aunque pasé del «no pasa nada. Desconecta y pasa de Fabiola. Cálmate» a «¿Cómo ha podido hacerme esto? Es una cabrona. Mala amiga. Egoísta». Me levanté. Estaba agobiada a un nivel alarmante.

Volví a sentarme. Miré por la ventana. Y, entonces, él me saludó.

—Hola.

Dirigí mi vista al frente. Aquel saludo, sus ojos marrones, su sonrisa inocente estaban a punto de cambiar todo mi mundo.

5
PROBLEMAS DEL CORAZÓN

Sentí paz. Después de tanta desesperación, rabia e impotencia, sentí tranquilidad al cruzar nuestras miradas. Aquel hombre me sonreía con dulzura y simpatía. Su mentón se arrugó al ensanchar la curva de su boca, sus ojos se iluminaron y me resultó irresistiblemente atractivo. De cabello castaño claro, tenía barba de un par de días, el color miel de sus ojos destacaba sobre el moreno de su piel. Era guapo, muy guapo. Llevaba el pelo corto y su belleza era bastante natural. Tendría unos treinta y pocos años.

Se inclinó hacia mí, ubicando su cara justo delante de la mía. Sentí un chispazo que me sacudió de arriba abajo.

—¿Estás bien?, ¿necesitas algo? —preguntó.

«Un mojito, un cubata bien cargado o largarme de este tren. ¡Eso me vendría fenomenal! O quizás un beso tuyo» me sorprendí al pensar. ¿Un beso? Si no conocía a ese hombre de nada, ¿cómo iba a querer un beso suyo? Aunque sus labios eran carnosos y de lo más apetecibles. «La química es la química» pensé. Que el desconocido me resultara atractivo no significaba nada. También deseaba los besos de Mario Casas y no lo conocía de nada, ¿no? ¡Ay, mi madre! Ya estaba liándome yo solita con mis pensamientos. Me obligué a salir de mi ensimismamiento y respondí:

—He tenido días mejores.

—Se nota —contestó él.

Solté una carcajada por inercia. Su descaro me hizo gracia. O, tal vez, necesitaba liberar todo el estrés acumulado por culpa de Fabi.

—No te andas con rodeos, ¿verdad? —disparé.

—¿Para qué? Me gusta ir al grano —aseguró sin dejar de sonreír—. Tampoco soy un Kamikaze, ¿ok? Pero creo que es un poco tonto ignorar que te has sentado dos veces enfrente mía con actitud triste, medio llorando y atacada de los nervios. Es obvio que te pasa algo. Podría disimular, mirar por la ventanilla y observarte de reojo mientras tú estás delante de mí con una angustia que te devora, pero yo no soy así. Prefiero preguntarte si estás bien o si puedo ayudarte en algo.

¡Joder! Aquel hombre me dejó sin palabras. Fue directo. Muy directo. Su valentía me encantó. Porque, como él acababa de decir, no fue un kamikaze. Actuó desde el respeto y la comprensión.

Le devolví la sonrisa, despojándome de parte de la ansiedad que me estaba consumiendo. Después, me eché atrás el pelo y le agradecí su gesto.

—Me llamo Nacho. —Volvió a sonreír.

—Yo, Eli —susurré.

—Es un placer, Eli. ¿Vas a contarme qué te pasa o prefieres que vayamos a la cafetería y tomamos un café? —propuso.

«¡No! A la cafetería no» pensé. Aunque, tampoco estaba segura si quería contarle lo que me agitaba por dentro. No tenía ni idea de quién era. ¿Y si era un trabajador del tren y al contarle la jugarreta de Fabiola nos sancionaban? ¡No quería más líos! Sin embargo, algo me decía que podía fiarme de él. Aun así, decidí ser comedida por si acaso.

—Problemas del corazón. —Me di unas palmaditas en el pecho.

—Creo que por eso estamos todos en este tren, ¿no? —rio.

«Yo no. A mí me han engañado para acosar a un capullo que detesto» contesté mentalmente. Aunque, si no estuviese en crisis con Iván, no hubiese querido ir a Oporto a visitarle y, por lo tanto, no estaría en este tren. Así que el chico llevaba razón, todos estábamos aquí por problemas del corazón.

—Eso me temo… —pronuncié en voz baja.

—¿Es muy grave?

—¿El qué? —Arqueé la ceja. ¿A qué se refería?

—Tu problema del corazón —aclaró.

Me apoyé sobre el respaldo del asiento mientras resoplaba. ¡No tenía ni idea! Para eso quería ir a Portugal. Para saber si lo mío con Iván tenía solución o no funcionaba, tal y como él aseguraba. El otro problema, el de tener una amiga egoísta y gilipollas, era algo a lo que ya estaba acostumbrada.

—No lo sé —contesté—. Vivo en la más absoluta incertidumbre.

Nacho se echó a reír otra vez. ¡Perfecto! Mi desesperación le resultaba de lo más divertida.

—No seas melodramática. —¡Genial! Otro que me acusaba de magnificar los problemas—. Vamos a ver, ¿por qué vives en la más absoluta incertidumbre?

Podía hacerle una lista larguísima con todo lo que me agobiaba. Sin embargo, me limité a decir:

—Porque estoy esperando una respuesta por parte de mi pareja, que me está matando por dentro.

¡Ok! Cuando lo escuché en voz alta, tal vez sí que sonó un poco melodramático. Sin embargo, así era cómo me sentía.

—Ayer me dijo que lo nuestro no funcionaba, que tenía que pensar si nuestra relación tenía futuro o no. Desde entonces, estoy en un sinvivir esperando su respuesta —añadí.

—¡Qué morro que tiene! —aseguró Nacho—. Si alguien te quiere, no tiene nada que pensar, ¿no crees? O te quiere o no te quiere. ¡Eso se sabe! No es algo que tenga que meditar. Así que creo que tu problema no es tan grave.

—¡Ah!, ¿no? —pregunté sorprendida.

—¡Desde luego! Si no toma una decisión, tómala tú. ¿Qué es lo que quieres? —contestó.

Se me amontonaron las respuestas. Quería que no me hubiese llamado la tarde anterior para decirme que lo nuestro no iba bien. Quería ir en un tren dirección a Oporto, sin que hiciese paradas por tantas ciudades, para solucionar nuestra crisis. Quería que mi amiga no me hubiese engañado para montarme en un tren lleno de parejitas *in love*.

Aunque, de repente, sentí un pinchazo en estómago que me dejó sin respiración. ¿Quería volver con Iván? ¿Quería seguir con alguien que intentó poner fin a nuestra relación por medio de una llamada telefónica, con alguien que no me había justificado con motivos reales por qué lo nuestro no funcionaba y que no me había llamado desde la noche anterior a sabiendas de que estaba destrozada? ¿Quería continuar con alguien que no había luchado por mí?

Se me secó la boca y el pulso se me aceleró cuando me formulé aquellas preguntas. Sí que quería, ¡yo sentía cosas por él! Yo estaba luchando por lo nuestro. Yo me monté en el tren para ir a Oporto y apostar por él. Sin embargo, ¿Iván qué estaba haciendo?

¡Joder! Otra vez volvía a perderme entre mis dudas. Respiré hondo y me dejé llevar por mis sentimientos. Miré a los ojos a Nacho.

—Estoy un poco decepcionada con mi pareja —confesé—. Me duele mucho que no haya luchado por nosotros, que prefiera excusarse en un «esto no funciona» para tirar la toalla. ¿Qué

es lo que quiero? —suspiré—. Quiero que las cosas me vayan bien por una vez en la vida. —De nuevo, saqué a relucir la melodramática que había en mí.

—Entonces, me alegra comunicarte que estás de enhorabuena porque todo depende de ti —señaló.

«No, bonito» me tentó rebatirle. «No todo depende de mí. ¿Qué hago con mi situación sentimental si mi chico pasa de mí? O, ¿cómo actúo con mi amiga si me ha engañado? Eso no depende de mí».

—Lo que hacen los demás no depende de mí —solté por inercia.

—Pero sí cómo te tomas las cosas y cómo te afectan —aclaró—. Tú tienes la última palabra, por lo tanto, tú decides. Puedes ver las cosas que te pasan como algo terrible y hundirte en la miseria. O puedes verlas cómo una oportunidad para mejorar tu vida y dejar lo malo afuera.

Nacho llevaba razón. Quizás había visto el vaso medio vacío en lugar de medio lleno. Me sentí mejor, ¡más fuerte! A veces, sienta genial que te recuerden que tú decides sobre tu vida y no los demás. Aunque nos empeñemos en satisfacer las necesidades de los que nos rodean antes que las nuestras.

—¿Eres un gurú de la autoayuda? —bromeé.

—No. Soy un tipo inteligente —rio.

De repente, al ganar seguridad, me importó un bledo que Javi estuviese en la cafetería. Me apetecía tomarme un café con Nacho. Me sentía genial a su lado y quería continuar con nuestra conversación delante de un cortado con hielo. ¡No iba a limitarme por culpa de los miedos! Si me cruzaba con el amante de mi amiga, ¡podía irse a freír espárragos! Yo no me iba a esconder.

—Te invito a un café —le propuse a Nacho.

—Me parece estupendo —contestó.

—Vamos.

Entonces, apareció Fabiola. Se plantó delante de nosotros con los ojos llorosos.

—¡Perdóname! He sido una egoísta. Sabes que te quiero mucho y que a veces digo y hago un montón de gilipolleces.

¡Qué oportuna que era! Intenté restar importancia a su disculpa porque todos los pasajeros que estaban en el vagón nos miraban. Quise ser condescendiente, ¡ya la asesinaría en nuestra habitación cuando nadie nos viera! Primero me mintió y ahora me estaba abochornando delante de todo el mundo.

—No te preocupes, cariño. Ya está todo olvidado. —¡Qué vergüenza! Todos nos miraban.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Ya hablaremos.

Mi intento de apaciguar el show que estaba montando se fue al traste cuando me dio un abrazo y gritó que me quería mucho. Me puse roja como un tomate cuando los pasajeros mirones aplaudieron. ¡Bravo! Seguro que íbamos a ser la comidilla del tren. Suspiré para armarme de paciencia. Entonces, mi amiga se percató de que estaba acompañada.

—Soy Fabiola. —Extendió la mano hacia Nacho para estrechársela—. Soy su… —Fabi me miró de reojo. Imploré que no lo dijera, pero no sirvió de nada—. Soy su novia.

¡Boom! Ya era oficial; ¡Fabiola y yo estábamos juntas!

Puse los ojos en blanco. Nacho me miró sorprendido. No supe muy bien si era porque se imaginaba que Fabi era la persona que me había dicho que lo nuestro no funcionaba y estaba flipando al contemplar nuestra reconciliación. O, porque no le encajaba que ella y yo fuésemos novias.

—Encantado, Fabiola —contestó—. Soy Nacho.

—Él es Nacho —añadí yo sin saber muy bien por qué. Quizás fueron los nervios que me traicionaron.

—Ya lo sé —señaló Fabi, mirándome a los ojos—. Acaba de decirlo el muchacho.

¡Caray! No dejaba pasar ni una para dejarme mal. Solté una risita floja.

—Tu novia es una mujer estupenda —dijo Nacho.

Lo miré sorprendida mientras dibujaba una sonrisa de felicidad en mi rostro. Me encantó escuchar su halago. Hacía mucho tiempo que alguien no me decía un cumplido. Volví a enrojecer. Aunque, quizás, lo había dicho porque sí que creía que Fabiola era mi novia y quería echarme un cable con el piropo.

—Eso también lo sé —aseguró Fabi—. No me la merezco.

—Pues ya que sabes tanto; deberías cuidar a quién quieres —sentenció Nacho.

¡Joder! Era cierto que no se andaba con rodeos. Aunque con Fabiola, decir según qué cosas, sí que era ser un poco Kamikaze.

—¿Perdona? —Mi amiga levantó el entrecejo.

—Vamos a la cafetería a tomar un café. —Quise cambiar de tema.

—¿A la cafetería? —repitió mi amiga.

—Sí. A tomar café —le informé.

—¿Café?

Sabía perfectamente que a Fabiola no le hacía nada de gracia que fuésemos a la cafetería, porque allí estaba su amante y no quería que nos viese aún.

—¿Tu novia está sorda? No para de repetir todo lo que decimos —apuntó Nacho.

¡Ay, mi madre! ¡Qué se iba a liar!

—Oye, tú. No seas maleducado —se defendió mi amiga.

—Disculpa si te he ofendido, ¿me perdonas y nos damos un abrazo? —vaciló él.

No pudo ser más irónico. Yo estaba alucinado en colores al contemplar el pique entre Nacho y Fabi. Tenía que detenerlos o acabarían asesinándose.

—Vamos a hacer una cosa. —Me puse en medio de los dos—. Tú y yo. —Señalé a mi amiga—, nos vamos a la habitación porque tenemos mucho de qué hablar, ¿ok? Y, tú y yo. —Señalé a Nacho—, nos vemos en dentro de una hora en la cafetería y nos tomamos un café, ¿ok?

Ambos se tragaron su orgullo y asintieron. Yo estaba cardiaca otra vez. Sin embargo, ahora tenía un motivo que me ilusionaba para estar en aquel tren; tomar un café con Nacho.

6
HACIENDO LAS PACES

Fabiola y yo no éramos novias, pero aquella mañana estábamos discutiendo tanto que lo parecíamos. Llevábamos un rato encerradas en nuestra habitación gritándonos, echándonos cosas en cara y peleándonos por cuál de las dos era las más ofendida.

—¡Ese tío me ha insultado! —exclamó refiriéndose a Nacho.

—Ha preguntado si estás sorda, solo eso. Creo que no te ha dicho nada inapropiado —lo defendí.

—¡Claro que sí! Ha dejado caer que no te quiero y que soluciono las cosas de forma superficial o con abrazos.

Miré a mi amiga, me llevé la mano a la frente y suspiré profundamente. Todo había sido un mal entendido, provocado en gran parte por las mentiras de Fabiola.

—Nacho pensaba que eras Iván —solté.

—¿Iván? Pues tengo dos tetas y no marco paquete, así que no sé por qué pensaba eso —rechistó.

Me armé de paciencia para explicarle la confusión. Aunque la estaba agotando con sus impertinencias.

—Nacho me ha preguntado qué me pasaba porque me ha visto triste.

—Menudo alcahuete —susurró.

Le lancé una mirada asesina antes de continuar.

—Me he sentado delante de él hecha un manojo de nervios, ¡por eso me ha preguntado! Sinceramente, he agradecido su preocupación hacia mí. Ya que otras personas que, en teoría son mis amigas, han antepuesto sus intereses a los míos —pronuncié con sarcasmo.

—Lo sé, lo sé. Soy lo peor —ironizó, cruzándose de brazos.

Ignoré su comentario.

—Entonces, le he explicado mi situación con Iván; que quiere dejarlo sin tener en cuenta mis sentimientos o sin luchar. Cuando has aparecido, has asegurado que eras mi novia. Por lo tanto, él habrá pensado que tú eres la egoísta de mi pareja. La que piensa solo en sí misma y la que no me quieres porque prefieres tirar la toalla a intentarlo una vez más.

—¿Has escuchado lo que acabas de decir? —disparó—. ¿Estás acusando a Iván de todas esas cosas?

Se me paralizó el corazón durante unos segundos al ser consciente de aquella reflexión. ¡Joer! ¡Vaya jaleo llevaba en mi cabeza! No podía más. ¿Dónde estaba el puto mojito que llevaba queriéndome tomar desde hacía una hora o más? ¡¿Dónde?!

—¡No lo sé! Creo que voy a tomarme un tiempo para mí misma. Voy a pensar en lo que quiero yo y menos en lo que quiere Iván. —¡Perfecto! Iba a seguir el consejo de un desconocido para tomar el control de mi vida. Aunque en su defensa, diré que la recomendación de Nacho era bastante sensata.

—Me parece un buen plan, Eli. Siempre estás pensando en los demás. Ya es hora de que te escuches a ti misma, ¡este viaje te va a sentar genial para que aprendas a hacerlo! —celebró mi amiga.

Me senté agotada en el sofá de madera de nuestra habitación y resoplé.

—¿Cómo estás tan segura?

Fabi se sentó a mi lado antes de pasarme el brazo por la espalda. Después, me dedicó una sonrisa radiante. ¡Esa era su sonrisa que no me desagradaba! La que le salía del corazón.

—Acabamos de empezar y ya estás cambiando. Por primera vez en mucho tiempo, has asegurado que vas a pensar en ti antes que en tu chico. ¡Eso es todo un avance, Eli! No me refiero a que no tengas en consideración los sentimientos de Iván, sino a que tampoco ignores los tuyos, cariño.

Noté un nudo en el estómago provocado por lo que me había callado. Necesitaba desahogarme.

—Yo quiero estar con él, que todo sea como antes. Aunque también quiero gritarle y pedirle explicaciones por lo frío que ha sido conmigo. No puede llamarme por teléfono una tarde sin más y soltarme que lo nuestro no funciona, que no sabe qué hacer y que ya me llamará. Dejándome destrozada. Llevamos muchos años juntos, ¿cómo ha podido ser tan cruel?

¡Eso era lo que necesitaba decir en voz alta! El nudo se deshizo. Me sentí mejor al compartir mis sentimientos con mi amiga. Derramé un par de lágrimas, que Fabi limpió con su mano.

—No lo sé, cariño. Por eso creo que es una buena idea que vayas a Oporto para saber por qué ha actuado de ese modo. Tal vez haya una explicación convincente, ¿no?

—Es posible. Sin embargo, hasta dentro de semana y media no lo sabré —protesté.

Fabiola me miró a los ojos, se mordió el labio y soltó un gran suspiro de arrepentimiento.

—Lo siento. No tenía que haber cogido los billetes para este tren. Me pierde mi impulsividad. ¿Confirmamos que soy gilipollas? Confirmamos —Mostró una leve sonrisa.

—No eres gilipollas. —Negué con la cabeza—. ¡Javi te vuelve gilipollas!

Nos echamos a reír. Cogí de la mano a mi amiga y apreté. Mi enfado se diluyó. Seguía un poco dolida, pero ya no sentía esa rabia e impotencia por su traición. ¡Por su inocente traición! Al fin y al cabo, no lo había hecho por malicia, si no por lo que creía ella que era el amor. Aunque en ese viaje descubriría que el amor no era eso. El amor no te obligaba a verte a escondidas, ni a compartir con otra persona al hombre que querías, ni ser siempre el segundo plato. ¡Fabiola también iba a aprender muchas cosas durante los próximos días!

Fabi apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y respiró profundamente.

—¿Qué vas a hacer cuando te vea Javi?

Se giró hacia mí. Acto seguido, miró por la ventana.

—Me da más miedo saber qué es lo que hará él. ¿Me ignorará?, ¿se acojonará?, ¿se alegrará? Estoy cagada.

—¿Tú? ¿La loca que no le teme a nada y se deja llevar por sus impulsos se asusta ante un capullo?

Claro estaba que para ella Javi no era un capullo, por el momento.

—A veces aparento ser más fuerte de lo que soy en realidad —susurró—. Así que voy a dejarme llevar, ¿qué te parece? Cuando lo vea, ya decidiré lo que hago.

—Creo que estamos dejando muchas cosas a la improvisación, ¿no? —divagué entre risas.

—¿Y de qué sirve comerte la cabeza si la mayoría de las veces, por mucho que pensemos en lo que pasará, nunca sale como lo habíamos imaginado?

Me puse de pie y le di una palmada en el hombro a mi amiga.

—¡Tienes razón, Fabi! —aseguré, poniendo los brazos en jarra—. Voy a hacerte caso y dejo de pensar tanto. ¡Me piro!

—¿Te vas?

—Sí. —Miré la hora en la pantalla de mi móvil—. Tengo una cita en la cafetería con

Nacho.

—No puedes ir allí, ¿y si te ve Javi?

—Pues le daré un besito de tu parte.

7
PENSAR EN MÍ

Atravesé el vagón descanso mientras pensaba en saltarme el café y pedir un buen combinado para superar las emociones fuertes que me habían agitado aquella mañana. No llevábamos ni dos horas en ese tren y ya me habían pasado más cosas que en todo el mes. ¡Qué narices! Que en los últimos meses. Solté una carcajada al repasar mentalmente la estratagema de mi amiga para embarcarme en aquella aventura. ¡Fabiola era única para meternos en líos! Aunque, después, a tiempo pasado, sus disparatados planes siempre nos dejaban buen sabor de boca y unos recuerdos inolvidables. ¿Pasaría lo mismo en aquella ocasión? Algo me decía que sí.

Ya lo había asimilado, en serio. Iba a pasar semana y media en El tren del amor, rodeada de parejitas, visitando ciudades mágicas y pensando en mí misma. Tampoco sonaba mal, ¿no? Iván podía esperar unos días. Al fin de cuentas, él fue quién pidió distancia. Yo pensaba alejarme un poco para ver las cosas con mayor perspectiva. De esa forma mi decisión sería más sosegada y menos precipitada. Iba a dedicarme absolutamente a mí, así sabría quién sobraba o hacía falta en mi vida. ¿Cómo? Era muy sencillo; si era capaz de equilibrarme yo solita, podría elegir con quién quería estar, no por miedo a la soledad, sino porque lo quería realmente.

¿Quería a Iván con todo mi corazón o solo estaba inmersa en la rutina de una relación que se había apagado con el paso de los años? Tal vez, mi novio se había dado cuenta antes que yo de que lo nuestro estaba llegando a su final y por eso me aseguró que ya no funcionaba.

Me quedé inmóvil al llegar a aquella conclusión. «Piensas demasiado para lo temprano que es» me recriminé. Sin embargo, me era imposible frenar el torrente de sensaciones que me inundaban al saber que quizás lo mío con Iván tenía fecha de caducidad.

Entonces, un mensaje me sacó de mi ensimismamiento. Mi teléfono sonó y vibró al recibir la notificación. ¡Joder! Era de Iván. Desbloqueé la pantalla para acceder al mensaje. Lo leí con impaciencia:

> Eli, cariño. ¿Cómo estás? Ayer no tuve fuerzas para seguir con nuestra charla. Siento mucho decirte esto por whatsApp, pero… creo que deberíamos tomarnos un tiempo.

Tragué saliva. Mi pulso se aceleró descontroladamente. No entendía nada. ¡Nada! Algo no encajaba. Él no era así. Nunca había sido así. Admiraba su valentía, sus ganas de arreglarnos cuando discutíamos para después perdernos entre las sábanas y deleitarnos de placer, sus llamadas telefónicas confesando lo mucho que me echaba de menos y la prisa que tenía por que fuese fin de semana para vernos de nuevo… Y, ¿ahora me venía con estas? ¿Ahora escondía la cabeza en el suelo como si fuese un avestruz? ¿Ahora me pedía darnos un tiempo a través de WhatsApp?

Aguanté las lágrimas y evité responderle en ese momento. No quería precipitarme. Solo contemplaba dos opciones y ninguna me convencía. La primera era pedirle desesperadamente explicaciones y que no nos tomáramos ese descanso. La segunda consistía en insultarle hasta que me cansara y después mandarle a tomar por saco.

Necesitaba una tregua. ¡Ya! No podía más. Todo era demasiado intenso. Estaba viviendo muchas emociones que me llevaban al límite. No tenía fuerzas, ganas ni paciencia para aguantar más. Me tentó largarme a la habitación, meterme en la cama de la litera superior y pasar allí el resto del viaje.

Entonces, vi a lo lejos a Nacho caminando en dirección a la cafetería y algo explotó en mi interior. No supe por qué. Sin embargo, el malestar se evaporó. ¡Os lo prometo! Como cuando os duele una muela y os tomáis una pastilla para que se vaya el dolor y a los pocos minutos desaparece, ¡con Nacho me pasó igual! Fue verlo a lo lejos de espaldas y las penas fueron menos penas.

Necesitaba ese chute de energía que me provocaba aquel hombre, aunque lo conociese de hacía un rato. Me urgía verlo otra vez, perderme en sus preciosos ojos, dejarme llevar por su voz, aspirar su aroma dulce. Tenía que ser firme en la decisión que había tomado antes de recibir el mensaje egoísta de Iván, ¡debía de pensar en mí!

Apresuré mis pasos hacia la cafetería, el corazón me latió con fuerza. Me moría de ganas por quedar con Nacho.

8
NO ES MI PAREJA

Estaba muy nerviosa, pero sentía ese tipo de nervios que experimentas cuando vas a algún lugar que te gusta. Por ejemplo, cuando te escapas a la playa, acudes al bar en el que están tus amigas esperándote para pasar un buen rato o cuando te pones una peli en Netflix que sabes que te encanta. ¡Así estaba! A pesar del sufrimiento gratuito que me estaba regalando Iván, mi cita —si se podía llamar así— con Nacho me ilusionaba bastante.

¿Sabéis por qué? Os lo explico; Nacho fue la primera persona en mucho tiempo que, sin apenas conocerme, vio lo mejor de mí y lo sacó a relucir. ¡Fue precioso! Y bastante inédito, para qué os voy a engañar. No todos los días alguien encantador decía esas cosas tan bonitas sobre mí o me defendía delante de la que creía que era mi novia. Así que tenía ganas de seguir conociendo a aquel hombre tan simpático, agradable, guapo y, sobre todo, tan atractivo.

Fui con energías renovadas hasta la cafetería, ¡ay, ese lugar era muy guay! Busqué a Nacho por el lugar hasta que di con él. Estaba sentado al lado de la ventana, ¡qué romántico me pareció todo! Algo lógico porque estaba en ¡el tren del amor! Sonreí cuando nuestras miradas se encontraron, ¡hasta sentí un pequeño terremoto en mi estómago debido a nuestra conexión visual! Cosa que no me intimidó en absoluto, en ese momento necesitaba un aliado, alguien que me diese un poco de equilibrio en la locura que Iván y Fabiola, cada uno con sus acciones, habían provocado. Por ese motivo pensé que Nacho podía ser mi faro en aquel viaje. Aunque estaba pasando por alto algo muy importante que os comentaré en unos instantes.

De repente, cuando estaba a pocos metros de la mesa donde estaba mi cita, se cruzó un hombre, que conocía bastante bien.

—¿Elisa? —Javi, el amante de mi amiga se sorprendió mucho al verme. Aunque el pobre no sabía lo que iba a flipar cuando viese a Fabi en el mismo tren en el que estaban él y su novia —. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Javier. —Opté por ser lo más distante posible. Me caía súper mal y pasaba de disimular mi aversión a él—. Supongo que lo mismo que tú, ¿no? Voy de viaje en un tren ideal.

—Ah, ya… —Estaba nervioso. Creo que se temía lo peor porque conocía muy bien a su amante—. ¿Sola?

Solté un suspiro antes de poner los ojos en blanco. Me acerqué a él y solté:

—No es de tu incumbencia. Hasta luego.

Y lo dejé con la palabra en la boca. No me caía bien; era un tipo egoísta, infiel, incapaz de pensar en otra cosa que satisfacer a su pajarito y, para colmo, engañaba a mi amiga con falsas promesas con la única intención de seguir acostándose con su novia y con Fabiola. Bueno y ¡a saber con cuántas chicas más! Estaba convencida de que Fabi no era su única amante.

Él no dijo nada más. Supuse que su chica estaba cerca y evitó montar un numerito. Sin embargo, os aseguro que se quedó con el runrún por si su amante estaba en el tren. A mí me importó un pimiento; ese no era mi problema. Puedo entender que alguien se enamore de más de una persona, que su relación no funcione o que cometa un error, incluso varios. Pero Javier era un picaflor y no le importaba jugar con los sentimientos de los demás. Así que no merecía ninguna explicación por mi parte.

Después del intenso encuentro con el amante de mi amiga, me senté a la mesa dónde estaba Nacho. Me saludo con alegría, ¡qué majo!

—Hola, ¿qué tal vas? ¿Has hablado con tu novia? —se interesó.

Solté otro bufido. No me apetecía seguir con aquella farsa, ¡no me van las mentiras ni sé contenerlas! Decidí vomitar todo, pasase lo que pasase.

—Fabi no es mi novia. Es mi mejor amiga y una capulla integral —admití entre risas—. Lo que te he contado antes es cierto, pero te hablaba de Iván; mi novio de verdad. Bueno… ahora no sé lo que somos porque acaba de mandarme un mensaje pidiéndome un tiempo —sollocé. Esquivé la mirada porque me sentía avergonzada. Mi pareja de hacía más de tres años me estaba pidiendo un tiempo; eso me resultó humillante—. Él vive en Oporto y quería ir para verle y hablar sobre nuestra relación.

—Entonces, ¿qué haces en este tren? —preguntó con toda la razón del mundo.

—Le pedí a mi amiga que cogiera el primer tren hacia Oporto porque no me iba el Wifi en casa y ella cogió dos billetes para el tren del amor —respondí notablemente molesta por el impulso de Fabi.

—¿Por qué? Vais a tardar un montón de días en llegar a Portugal —disparó.

—¿Ves a ese tío de ahí con pintas de Neanderthal? —Señalé a Javi.

Nacho asintió.

—Es el amante de mi amiga y, aunque la trata como el culo, ella está pilladísima de él. Hace poco discutieron, dejaron de hablarse. Mejor dicho, el gilipollas dejó de hablar a Fabiola, y mi amiga se enteró de que él viajaba con su novia en este tren… ¿Atas cabos? —reflexioné.

—¡Joder, tu amiga es un poco cabrona!, ¿no?

—Y lo peor de todo es que la quiero con locura. —Me eché a reír—. Así que estoy en este tren rodeada de parejitas *in love*, mientras mi novio me pide que nos demos un tiempo sin saber por qué y tengo que aparentar que Fabi es mi novia —resoplé—. ¿Qué te parece?

Nacho soltó una gran carcajada. Su risa me reconfortó, lejos de parecer que se estuviese burlando de mí, la sentí como un abrazo que desmenuzó el drama de la historia.

—Es una oportunidad genial para pensar en ti, ¡sácale provecho a la situación, Elisa! —exclamó—. Diviértete con el juego de tu amiga; ella es la que más tiene que perder porque se ha puesto en una posición muy complicada. Su amante, la novia y ella en el mismo tren durante una semana y media. Puede ser divertidísimo, sé que la quieres, pero ella se lo ha buscado, ¿no?

Caray, no lo había pensado de esa forma. En lugar de verlo como un drama, podía ser espectadora de una comedia en la que yo no pintaba nada y de la que Fabiola había decidido ser partícipe. ¡Buen argumento! Ahora solo me faltaba ponerlo en práctica, ¡que la teoría era muy sencilla!, ¿verdad?

—Me parece bien. —Asentí.

—Y tú cuentas con más tiempo para reflexionar sobre lo que quieres con tu chico —continuó—. Si me lo permites, ¿puedo darte un consejo?

¡Ay, por favor! ¿Era cierto eso? Una persona me preguntaba si podía aconsejarme en lugar de criticarme sin más. ¿De dónde había salido aquel hombre?

—Claro.

Nacho apoyó sus codos sobre la mesa para inclinarse hacia mí.

—No sé si merece la pena luchar por alguien que te deja por teléfono o que te pide un tiempo por mensaje. Eso es no dar la cara. Cuando alguien te importa, lo mínimo que se tiene que hacer es tratarle con respeto y consideración. Dudo mucho que tu pareja haya actuado bajo ese criterio.

¡Ay, la leche! ¿Qué me pasaba? Nacho estaba hablándome desde el corazón y reflexionado sobre un asunto importante y yo me estaba poniendo cachonda perdida. Su forma de hablar, su

serenidad, su educación, lo preocupado que estaba por mí, sus ganas de protegerme y lo atractivo que era, ¡todos esos ingredientes lo convirtieron en alguien irresistible durante ese instante!

Sacudí la cabeza para obligarme a dejar de pensar en él como un tío súper sexi y centrarme en su discurso.

—Creo que estos días viajando te vendrán de maravilla para saber qué es lo que quieres tú, ¡que es realmente lo que importa! —concluyó.

Vale. Lo admito. Tenía unas ganas irrefrenables de besarle. ¡Era tan mono y amable conmigo que me resultó muy tentador! Agarré el pantalón con las manos para contener mis ansias de saltar sobre él. Sabía que era fruto de su cordialidad y mi exceso de vulnerabilidad por lo que había vivido las últimas veinticuatro horas. Así que hice caso omiso a mi instinto y frené mis impulsos.

—Es un gran consejo —admití—. Es justo lo que estaba pensado después de leer el mensaje de Iván. Necesito un tiempo para mí, para saber qué es lo que quiero y, también, saber cuáles van a ser los pasos de mi pareja o expareja, ya no sé cómo llamarlo.

Era verdad. Por primera vez en tres años y medio, no sabía cómo calificar nuestra relación. ¿Amigos?, ¿ex?, ¿pareja? Y cada vez me dolía más la cabeza al intentar averiguar qué le pasaba a Iván o qué quería hacer.

Un camarero se acercó para preguntarnos qué íbamos a tomar. Pedimos dos cortados con hielo. El chico tardó un minuto en servirnos la bebida y… ¡sorpresa! Cuando fui a pagar las consumiciones, me enteré de que era un ¡todo incluido! Por fin una buena noticia; podía pedir lo que me diese la gana sin pagar nada. Fue una tontada, pero me dio un poco de subidón. Tenía que ver lo positivo, ¿no? Aunque yo intuía que la alegría venía más por conocer a Nacho que por la barra libre de comida y bebida. Bueno, bueno… todo sumaba.

—Exacto. —Nacho volvió al tema después de que nos sirvieran los cafés—. Come, ve al cine, pásalo bien con tu amiga, haz las excursiones y escúchate a ti misma. Quizás te sorprendas de tu decisión cuando llegues a Portugal.

En ese instante estaba echa un mar de dudas. Yo quería a Iván, pero, por otro lado, su frialdad me alejaba de él.

Suspiré con exageración al decidir que me daba un tiempo de descanso con el tema de mi pareja.

—Oye, ¡qué le den! —bromeé—. Él ha sido el que se ha portado mal, ¿no? Pues no voy a estar llorando por su culpa durante este maravilloso viaje —aseguré, convencida de mis palabras. O medio convencida.

—¡Bravo, Elisa! —celebró Nacho—. Eres una tía genial, ¡no dejes que nadie te haga sentir de otra forma!

Joder. De verdad. Esos piropos me llegaban al alma. ¿Era genial? ¡Pues sí!, ¡claro que era genial! O, ¿acaso la crueldad de Iván me iba a hacer dudar de mi valía? ¡Ni hablar! Si él quería perderme, pues ¡él se lo perdía! Se me encogió un poco el corazón al llegar a aquella reflexión porque quizás el sí que quería perderme. Sin embargo, ¿yo quería perderlo? Ya estaba otra vez con las dudas. «Pasa de eso, deja que el tiempo corra y céntrate en ti. ¡Eres genial!» me repetí mentalmente.

Me sentía muy bien porque Nacho estuviese conmigo, compartiendo un café y aquella conversación tan importante, justo en ese instante de tristeza. Entonces, me di cuenta de que apenas sabía nada de él. No era justo que él se interesara tanto por mí y yo nada por él.

—Y tú, ¿qué me cuentas? —disparé sonriendo—. Me he abierto de par en par. Te toca a ti.

—¿Qué quieres saber? —Sonrió.

«Todo» me sorprendí al pensar. Sin embargo, quería saber todo sobre él.

—No sé… —Me hice la interesante para no parecer que estaba deseando conocerlo mejor —. ¿A qué te dedicas?, ¿cuántos años tienes?, o, ¿qué haces en este tren?

Y mientras formulaba la última pregunta, una chica guapísima de pelo castaño, ojos marrones y cuerpo de deportista, se acercó a nuestra mesa y le dio dos besos a Nacho, uno en cada mejilla.

—Cariño, te necesito —dijo la chica sin saludarnos.

Nacho se puso muy nervioso. Excesivamente nervioso. ¡Ay, no! Era su novia, ¿cómo no había caído! Otra vez me recordé que estábamos en el tren del amor y solo viajan parejitas. No sé por qué, pero me sentí triste al saber que tenía novia.

—¿Qué pasa? —Quiso saber él.

—Prefiero hablarlo en privado —aseguró ella casi susurrando.

Yo estaba observando aquella conversación con expectación. Si os sois sincera, sentía que sobraba. No obstante, tampoco me apetecía marcharme de allí.

—Te presento a Elisa —dijo Nacho a su pareja.

La chica me dio dos besos y me saludó. No parecía disgustada porque él estuviese charlando conmigo. Supuse que no era celosa.

—Encantada, Elisa. Soy Lorena, la novia de Nacho —se presentó.

—Igualmente —añadí, decepcionada.

¡Eran novios! Ya sé que no debía de afectarme. Yo estaba batallando por salvar mi relación y lo que menos tenía que influirme es que un tipo al que acababa de conocer estuviese emparejado. Pero no estaba pasando por mi mejor momento mental ni sentimental, así que saber que eran pareja, me jodió un poco.

—¿Podemos ir a un lugar más íntimo? Es muy importante —le pidió ella.

¡Uy, algo no me encajaba! Pasaba algo, lo intuía. No quise complicarle la situación a Nacho, así que le eché un cable.

—Yo también tengo que irme, ¡ha sido genial charlar contigo! Me has ayudado mucho —le agradecí.

—¿Nos vemos luego? —disparó.

¿Y su novia? Una cosa es que no fuese celosa y otra que pasara de ella. ¡A ver si eran pareja abierta! Me importó una leche y respondí:

—Claro. El tren no es muy grande. Si coincidimos más tarde, retomamos esta agradable charla. —Quise que sonara formal por si acaso la novia se ofendía.

—¡Perfecto! Me he quedado con ganas de más.

¿Cómo? Ahora sí que estaba echa un manojo de dudas.

¿También se había quedado con ganas de más?

9
NOS DAMOS UN TIEMPO

Miré por la ventanilla. Hacía unos segundos que habían anunciado que en breves efectuaríamos nuestra primera parada del viaje; Barcelona. Allí solo íbamos a pasar unas horas, lo justo para comer, ver algún rincón bonito de la ciudad y de vuelta al tren.

Yo estaba en mi habitación, como os he comentado, observando el paisaje, que se movía a una velocidad mayúscula, y pensando en mi cita con Nacho. ¿Tenía novia? Claro que la tenía, acababa de presentarse hacía un rato en la cafetería. Entonces, ¿por qué parecía tan interesado en mí? Y, además, ¿por qué le estaba dando tanta importancia? No conocía a ese hombre de nada. Reconozco que me encantó su amabilidad y su forma de ser. Sin embargo, solo había compartido unos minutos de mi vida con él, ¡nada más! A eso le tenía que sumar que yo estaba envuelta en una crisis sentimental por culpa de Iván. Así que mi cabeza iba más rápida que el tren en el que estaba montada.

Solté un suspiro antes de reprocharme la cantidad de vuelas que le daba a todo y que era única para magnificar cualquier problema. Deseé, una vez más, ser tan impulsiva como Fabi y no meditar tanto las cosas. Por cierto, mi amiga no estaba en nuestra habitación y hacía un buen rato que no sabía nada de ella. ¿Dónde estaría?

Eché un vistazo de nuevo al mensaje de Iván, se me cortó la respiración y me inundó la tristeza. ¿Cómo podía hacerme esto? En serio, ¿cómo? Siempre me había portado bien con él. Teníamos nuestras diferencias, como todas las parejas, pero éramos bastantes afines… o eso creía.

De repente, Fabi apareció por la puerta y cerró con rapidez. Apoyó la espalda y soló un gran suspiro.

—¡Vale! Lo he visto, ¡lo he visto! —exclamó eufórica.

La observé divertida, tal y como me recomendó Nacho. Hice click en mi cerebro para que cada vez que mi amiga me hablara del tema de Javi, yo fuese una simple espectadora.

—¿Y qué tal ha ido? —No hacía falta que me explicara a quién había visto.

—No sé, tía… —Se echó a reír—. Creo que él también me ha visto.

—¿Te ha dicho algo? —insistí.

—Se ha quedado muerto. En serio, se le ha desencajado la cara —aseguró.

Por fin, Fabiola se había dado cuenta de la locura que acababa de cometer al montarse en el mismo tren en el que estaban su amante y su pareja.

—Normal —reflexioné.

—Me ha dado la sensación de que se ha emocionado tanto al verme que no sabía cómo reaccionar. ¡Está feliz de que esté aquí! —reflexionó con poca objetividad.

Cuando estaba a punto de rebatir su estúpido argumento, volví a recordar lo de no implicarme. Así que me crucé de brazos y solté:

—¡Qué pasada, Fabi! ¿Crees que le ha encantado la posibilidad de estar con su amante y su novia en el mismo tren? —Intenté que no sonara muy irónico, pero era nueva en esto de ser espectadora y me faltaba práctica—. Si es así, tiene que estar en éxtasis.

Fabi levantó en entrecejo como señal de protesta ante mi comentario sarcástico. Después, se sentó a mi lado.

—Estoy loca, ¿verdad? —suspiró—. No tenía que haber hecho esto ni implicarte a ti,

también.

—No podemos cambiar lo que ya se ha hecho. Y, aunque no esté de acuerdo con la gilipollez que acabas de hacer cometiendo esta locura, soy tu amiga y te apoyaré en todo. Además, la vida es más diver cuando se comenten locuras, ¿no? —reflexioné, siendo más compresiva.

Fabi me miró con cariño antes de sonreír. A continuación, me dio un golpecito en la cadera con la suya.

—Te lo agradezco, Eli. No sé qué mierdas me pasa con Javi, que me hace perder la razón —sollozó.

—Tal vez en este viaje lo descubras —intuí.

—Joder, cariño. Qué reflexiva estás, ¡oye, juntarte con el guaperas ese te sienta bien! —disparó, provocándome unas cosquillas en estómago.

¿Juntarme con Nacho me sentaba bien? Ya no era la única que lo pensaba, mi amiga opinaba lo mismo.

Sonreí por inercia. Aunque otro asunto casi me borra la sonrisa.

—Tiene novia —comenté—. La he visto antes en la cafetería.

—Y tú también tienes novio —aclaró ella.

Negué con la cabeza.

—Ya no. Iván me ha pedido que nos demos un tiempo por mensaje —confesé triste.

—¡No me jodas! Menudo capullo de mierda. ¿En serio te merece la pena ir a verle a Oporto? Él es que te tendría que poner un altar por lo maravillosa que eres y, en lugar de tratarte con respeto, te deja por mensaje. ¡Le odio! —bufó mi amiga.

No iba a darle más vueltas al tema, por lo menos durante unas horas o días. Ya estaba hartita de tanta autocompasión. Decidí disfrutar de ese viaje y después centrarme o averiguar qué era lo que quería yo para evitar ir a merced de la voluntad de Iván.

—¡Me importa un comino! Si él quiere que nos demos un tiempo, ¡eso significa que estoy soltera! Puedo ligar con un francés, un catalán o un portugués, ¡no tengo que darle explicaciones a nadie! —exclamé intentado animarme. Y funcionó. Me envalentoné.

—¡Desde luego, cariño! Eres una tía interesante, guapa y sexi… ¡puedes hacer lo que te dé la puta gana! Te vas a hinchar a follar —celebró mi amiga.

—Ese gilipollas se va a enterar —aseguré.

Saqué el teléfono, abrí la aplicación de WhatsApp y respondí:

Me parece genial, Iván. Nos damos un tiempo.

Os prometo que, más que tristeza o angustia, sentí alivio. ¡Me sentí de maravilla!

¿Era porque me estaba haciendo respetar, porque había dejado de sentir tanto por él o por rencor? En ese instante no tenía ni idea. Simplemente celebré no ser víctima de sus caprichos. A partir de ese momento, yo también tenía voz y voto. Yo iba a decidir en mi vida. Aunque eso significara que nos distanciáramos.

10
LA NOVIA DE NACHO

Antes de bajar del tren, ¡tenía que mear! El café y los nervios ser convirtieron en una mezcla explosiva que me impulsaron a ir al baño para evacuar. Le dije a mi amiga que me esperara en el andén o en alguna cafetería mientras yo iba al aseo.

Fui hasta uno de los baños más cercanos a nuestra habitación. La puerta estaba cerrada, así que llamé.

—¡Está ocupado! Ahora salgo —anunció una chica.

«Genial. Si tengo que esperar mucho más, ¡me meo aquí mismo» pensé. Después de unos segundos, valoré la opción de ir a otro aseo, pero tampoco sabía dónde estaban los demás cuartos de baños. Maldije no tener nuestro propio baño en la habitación, ¡hubiese sido mucho más cómodo! Entonces, escuché la cadena del retrete y a continuación se abrió la puerta.

¡Casi me da un soponcio cuando vi aparecer a Lorena, la novia de Nacho! No sé por qué me puse tan nerviosa. Sin embargo, os aseguro que el corazón se me aceleró. La chica era muy mona. Aunque algo me llamó la atención; llevaba la cara mojada y parecía que hubiese llorado.

—¡Ah! ¡Hola! —saludó nerviosa al verme—. Eres la amiga de mi… de Nacho, ¿verdad?

«¿Amiga?, ¿ya somos amigos?» me pregunté para mis adentros.

—Sí —reconocí—. Oye, ¿estás bien? —Me interesé por inercia. Como os he comentado parecía que hubiese llorado.

—Más o menos —suspiró triste—. Digamos que necesito cambiar de aires.

Con esa respuesta me dejó más perdida de lo que estaba. ¿Qué podía hacer? No estaba muy convencida, así que hice lo que me hubiese gustado que hicieran conmigo.

—Si quieres hablar, vamos a estar mucho tiempo en este tren, búscame y nos tomamos un café, ¿ok? —le propuse de corazón.

—¿En serio? —Levantó el entrecejo. Después, sonrió con picardía y dio unos saltitos de emoción—. ¡Me vendría genial desahogarme con una mujer y poner a parir a los tíos! Necesito urgentemente un trago y despotricar.

Entonces, me pidió mi teléfono para guardar su contacto. En cuanto se lo pasé, añadió su número a mi agenda.

—¡Escríbeme cuando volvamos al tren y quedamos más tarde! —celebró—. Te agradezco tu amabilidad. ¡Nacho tiene razón, aún hay gente buena!

A continuación, desapareció por el pasillo. Yo, antes de asimilar lo que había pasado, entré corriendo y me senté en la taza. ¡Ay, qué bien! Necesitaba mear. Aunque no sabía muy bien cómo iba a gestionar aquella situación. Lorena, la novia de Nacho, acababa de darme su número para quedar conmigo y poner a parir a Nacho. Sin embargo, Nacho provocaba en mí sentimientos que tampoco lograba comprender.

Ahora sí que estaba nerviosa; ¿cómo me había metido en semejante lío?

Cuando salí del baño, me pegué un buen susto al comprobar que Lorena estaba esperándome afuera.

Solté un grito que hizo reír a la chica.

—Perdona, no pretendía acojonarte —se disculpó entre carcajadas.

—No te esperaba —aseguré, llevándome la mano al pecho.

—Te voy a pedir un favor; a Nacho no le digas nada de nuestra cita, ¿ok? —soltó.

—Ok —repetí dudosa.

—No quiero que se enfade conmigo por lo que te voy a contar cuando quedemos— comentó, antes de marcharse.

¡Perfecto! Misterio asegurado.

Nota mental; la próxima vez antes de abrir la boca, ¡me callaría!

11
REFLEXIONANDO

Di un bocado a la tostada de pan de cristal untada con tomate natural. ¡Estaba deliciosa! Solté un gemido de placer al deleitarme con su exquisito sabor. Estaba sentada a la mesa de una terraza en el centro de Barcelona. Habíamos bajado del tren hacía media hora, y Fabi y yo decidimos ir por nuestra cuenta.

Mi amiga llegó del aseo sacudiendo las manos. Necesitaba refrescarse un poco y lavarse antes de comer. A continuación, se sentó a mi lado.

—Así que la novia de Nacho está un poco cucú y quiere hacerse amiga tuya. —Volvió con el tema que estábamos abordando antes de que se fuese al baño para asearse.

En cuanto bajé del tren y vi a mi amiga, le conté el encuentro con Lorena. ¡Todavía estaba en shock!

—Es raro, ¿verdad? —supuse—. Aunque quizás sabe que su novio es muy sociable y no ve nada malo en que quiera quedar conmigo. Pero estaba muy interesado en volverme a ver y lo dijo delante de ella.

Apoyé los codos sobre la mesa y dejé libre un gran suspiro. ¡No era capaz de comprender qué leches estaba pasando!

—Quizás sean una pareja abierta, ¡eso está de moda! —apuntó Fabi—. ¡Ay, tía! Puede que les moles a los dos y quieran follarte ambos.

Casi me atraganto con el refresco al escuchar las conjeturas de Fabiola. ¿Nacho y Lorena tenían una relación abierta?, ¿los dos querían acostarse conmigo? Me puse un poco nerviosa ante la alocada, pero posible teoría de mi amiga porque a mí no me interesaba ser la tercera en una relación. Bueno, no me interesaba complicarme la vida de esa forma.

—¡Estás fatal, Fabi!, ¿cómo va a ser eso cierto? ¿Yo, el objeto de deseo de una pareja que apenas conozco? —Intenté ser humilde. Además, me costaba creerme esa hipótesis.

—Que sí, tía. La gente está loca por follar con desconocidos y darle vidilla a su relación. ¡Esos quieren montarse un trío contigo o follarte por separado! Si no, ¿por qué iban a ser tan amables contigo? —argumentó.

—No sé… puede que la gente no esté tan salida como piensas… Que no veo nada malo en que cada uno fomente sus relaciones sexuales como se le antoje, pero no he notado interés erótico de ellos hacía mí —destaqué—. Quizás, solo hemos conectado de una forma especial y ya está.

—¡Seguro! —ironizó—. ¿Con los dos?

Joder, ¡qué pesada era cuando se le metía algo en la cabeza! Decidí no seguir por ahí o acabaría yo misma creyéndome sus chorradas.

—¿Qué vas a hacer con Javi? —Cambié de tema.

Mi amiga dio un trago muy generoso a su caña antes de acomodarse en la silla. Después, mostró una sonrisa de lo más traviesa. ¡Ay, no! A ver qué respondía.

—Me voy a dejar llevar. —aclaró—. Si no nos hablamos en todo el viaje, pues nada; romperemos para siempre. Pero si surge un revolcón en el baño o en nuestra habitación, no lo evitaré.

«Eres una espectadora, ¡nada más!» repetí para mis adentros. Evité juzgar a mi amiga.

—¿Estás convencida? —insistí.

—Sabes que soy experta en improvisar. Así que eso haré —aseguró—. Pero creo que voy a pasar bastante del capullo de Javier y me voy a centrar en disfrutar de este increíble viaje con mi mejor amiga.

Fabi me abrazó con cariño antes de darme un beso en la mejilla.

—Aunque ahora somos novias —bromeó.

Las dos estallamos en carcajadas. No sé muy bien por qué rompimos a reír, si al principio esa idea me pareció horrorosa. Quizás nuestro pequeño juego disimulando que teníamos una relación nos pareció divertido y perfecto para huir de una realidad que no nos acababa de encantar. Yo acababa de darme un tiempo con mi pareja y ella estaba persiguiendo a un ex que la ignoraba. Aparentar que éramos novias era la mejor opción de todas; o por lo menos con la que mejor nos lo íbamos a pasar.

—¿Qué te parece si olvidamos durante un buen rato a los tíos y conocemos un poco mejor la ciudad? —propuse.

—Una gran idea, cariño —celebró, regalándome otro beso.

Después de disfrutar de las tostadas, paseamos por el centro de Barcelona. Nos quedamos alucinadas con La Sagrada Familia, ¡era majestuosa! Nos perdimos por las calles mientras disfrutábamos del entorno cosmopolita de la ciudad y el tiempo pasó a la velocidad de la luz.

Un helado de mandarina, dos cafés con hielo y cuatro paseos más tarde, estábamos en la estación para montarnos otra vez en el tren del amor.

¿El tren del amor?, ¿qué pintaba yo allí? Me habían roto el corazón, ¿todavía tenía ganas de romance?

Solté un pequeño suspiro y me sorprendí al pensar que tal vez en este tren… podría encontrar un nuevo amor.

12
¿CENAMOS?

En la habitación del tren todo parecía que iba más lento, incluso mis pensamientos. Ya no sabía muy bien cómo iba a continuar ese disparatado viaje, aunque en realidad nunca lo había sabido. Sin embargo, desde la total incertidumbre, algo en mi interior me provocaba una felicidad que no lograba comprender de dónde procedía. En serio, ¿por qué, a pesar de mi situación de desesperación, estaba alegre? Acaso, ¿me estaba volviendo loca?

Solté una carcajada por inercia cuando pensé en que íbamos dirección a Montpellier y que durante los próximos días recorrería ciudades de ensueño, que me hubiese encantado visitar junto a Iván y ahora lo iba a hacer con Fabi.

Estaba sola en la habitación porque mi amiga había vuelto a desaparecer. Entonces, me acordé del encuentro con Lorena, la novia de Nacho, y decidí mandarle un mensaje para quitarme ese problema lo antes posible. No podía pasar de ella porque tarde o tempranos nos toparíamos por el tren y tampoco quería crear un ambiente poco agradable al ignorarla. ¡Iba a quedar con ella y punto! Así descubriría el porqué de su desencanto con los hombres y si Nacho era un capullo.

Saqué el móvil del bolsillo y escribí:

Hola, Lorena. Soy Elisa, la chica del baño. ¿Quieres que quedemos en medio hora en la cafetería?

Enviado.

Ya estaba hecho.

No me sentí mal ni nerviosa por hacerlo. Quizás las conjeturas de Fabiola eran ciertas y ambos buscaban tener un lío conmigo. Aunque no me interesase dicha propuesta, lo cierto era que me vendría genial para mi autoestima. Que fuese del objetivo de una pareja tan atractiva siempre elevaba el ego.

Mi móvil vibró; ¡Lorena acababa de responder!;

Hola, Elisa. ¡Me parece perfecto! Allí estaré. Guardo tu número, ¿ok? ¡Creo que vamos a llevarnos muy bien! ¡Seguro que somos íntimas!

Joder, ¡cuánto entusiasmo por su parte! En ese momento me agobié un poco. «¿Íntimas?», si apenas sabía nada de ella. Comencé a dudar de si estaba haciendo lo correcto al quedar con ella. ¿Por qué siempre me metía en esos jardines? Entonces, decidí cortar el hilo de agobio para no darle más fuerza. Oye, no tenía nada mejor que hacer en aquel tren; no conocía a nadie, mi amiga estaba desaparecida, me negaba a entrar en el vagón del cine para ver una película romántica rodeada de parejas felices… así que mi opción más ideal era la de quedar con aquella desconocida que pretendía insultar a los tíos y… ¿qué queréis que os diga? Mi chico acababa de pedirme un tiempo sin darme ninguna explicación, ¡me vendría de maravilla resaltar sus defectos!

Además, si Lorena no me encajaba por lo que fuese; ser muy agobiante, proponerme algo que no me gustara o exceso de confianza… siempre podía enviarla a freír espárragos, ¿no?

¡Pues ya estaba todo meditado! Iba a quedar con ella y enterarme de una vez por todas qué

tipo de relación tenía con Nacho. Porque eso sí que me importaba. Necesitaba saber si estaban muy unidos o si eran una pareja abierta… Nacho me causaba mucha intriga y descubrir más cosas sobre él también era un gran aliciente para quedar con su novia.

Antes de salir del cuarto, me miré en la pantalla del móvil para comprobar que estaba mona. No quería ligar con ella, pero por si acaso le gustaba, me apetecía causarle una buena impresión. Contradicciones que tiene una.

Después, fui por el pasillo hasta el vagón de descanso. Allí contemplaría el paisaje hasta que llegara la hora de quedar con Lorena. Sin embargo, el destino fue caprichoso y me tope con ¡su novio! Chocamos de frente, no pude esquivarlo. Y yo solo pensaba en una cosa; en que su chica me había pedido que no le contase que íbamos a quedar.

—¡Caray, Elisa!, ¿estás bien? —Se interesó mientras me sujetaba por los hombros con sus grandes manos.

¡Madre mía! Casi me da un infartito al sentir su piel en contacto con la mía. ¡Fue impactante! No esperaba que aquella sensación de pura adrenalina invadiese mi cuerpo. Me gustó, ¡me gustó mucho! Intenté disimular para que no se quedara flipado ante mi éxtasis por su contacto.

—Sí —aseguré divertida—. Apenas nos hemos chocado. —Resté importancia al incidente.

En realidad, fue así; casi no nos golpeamos, fuimos ágiles para no lastimarnos. Sin embargo, yo seguía nerviosa por su presencia. ¿Sería por tenerlo delante de mí o porque iba a verme con su novia en secreto? ¡Jolín! Detestaba esa manía mía de preguntármelo todo.

—Oye, lo nuestro es vernos en este vagón —bromeó. Entonces, ensanchó aún más su hipnótica sonrisa—. Me gustan nuestros encuentros.

¡Guau! Era directo, ¡como su novia! Esa cualidad la tenían en común. ¡Ay!, y yo solo era capaz de pensar; «voy a quedar con su novia, su novia, su novia y no puedo decirle nada». Comencé a sudar de lo nerviosa que me estaba poniendo. ¡Nunca supe mentir! Siempre se me notaba, ¡lo hacía fatal! Y en esa ocasión no iba a ser menos.

—A mí, también. En medio de tanta parejita empalagosa, siempre viene bien conocer a alguien más abierto —respondí.

¿Por qué dije eso? Parecía que le estaba dejando caer que me interesaba estar en una relación abierta. Mis nervios afloraron a un nivel extremo. «Corre, Eli. Di algo para que no crea que te apetece montártelo con ellos» me obligue a rectificar. Aunque con él no me hubiese importado enrollarme. No me juzguéis, por fa. Es que era guapísimo y además olía súper bien, ¡eso ayuda mucho a la hora de sentirse atraída por alguien! Si es guapo y su olor es maravilloso, ¡se convierte en alguien irresistible!

—Más abierto… quiero decir que no esté besándose a todas horas solo con su novia… —¿Qué? «¿Solo con su novia?», ¿cómo pude soltar semejante gilipollez? Os imaginaréis que estaba a punto de desfallecer de lo nerviosa que me puse, ¿no?—. Joder, estoy espesita —bromeé para intentar reconducir la situación—, que me alegra haber encontrado a alguien que no sea tan empalagoso como es resto de los pasajeros.

¡Bravo por mí! Me costó, pero por fin dije algo que no me dejara como una pardilla.

—Tampoco sabes si soy empalagoso o no —me siguió el juego—. Me considero un hombre bastante cariñoso.

¡Ay, por favor! ¿Alguien podía darme una tregua? Os aseguro que la necesitaba. ¿Por qué me confesaba ese hombre, que me revolucionaba de arriba abajo, que era una persona cariñosa? ¿Por qué? Si yo no se lo había preguntado. Mi corazón cada vez latía más fuerte. Ya no sé si estaba nerviosa, cachonda o a punto de sufrir un jodido ictus.

—Mejor… mejor… ser sensible es siempre un punto a favor para comprender y empatizar con la sociedad. —Intenté salir de aquella conversación como pude. Imaginé que un punto de vista social sería lo suficientemente frio como para que Nacho dejara de explicarme cómo era él en la intimidad.

—¿Te apetece tomar un café? —disparó, sonriendo.

¡Esa sonrisa me fundió! Hacía mucho tiempo que alguien no provocaba ese efecto tan intimídate en mí. Intenté saborearlo, en serio, no quise huir de aquella sensación que me hizo sentir tan viva. Iván había ignorado mis sentimientos, ¿no? Entonces, ¿qué había de malo porque otro chico consiguiese ruborizarme?

—¿Cuándo? —respondí con otra pregunta.

—Ahora. O si quieres nos tomamos una cerveza… Lo que prefieras —añadió.

—¡No! Me es imposible porque…. —¡Joder!, ¿qué le decía? Yo quería contarle la verdad, pero no podía—. Mi amiga está un poco desesperada por volver con su amante y tengo que evitar que cometa alguna locura.

Nacho frunció el ceño.

—Tu amiga ya es muy mayorcita para hacer lo que le dé la gana, ¿no crees? —contestó en un tono amable. No sonó a reprimenda sino a consejo para que yo no cargara con responsabilidades que no eran mías.

«Como se nota que no la conoces» pensé.

—Lo siento, pero el deber me llama, Nacho. Aunque podemos vernos después —propuse.

—¿Cenamos juntos?

Ahora sí que yo no entendía nada. O, quizás, Fabi tenía razón y la parejita quería acostarse conmigo. ¿Por qué estaban los dos interesados en verme?

—¿Tú y yo? —pregunté desubicada.

—Claro, ¿quién quieres que venga más? —Se echó a reír.

—Tu novia… —Dejé caer.

Nacho cambió su gesto por uno más serio. Entonces, se inclinó hacía mí, colocando nuestras bocas a escasos milímetros de distancia. Como os imaginaréis, ¡casi me dio un soponcio del calor que me entró al tenerlo tan cerca!

—Elisa, tengo que contarte algo —susurró.

¡Fuego! Noté como el cuerpo me abrasaba. Aquella frase sonó tan sexi que por poco me derrito. De repente, sonó mi teléfono. ¡No! Era Lorena la que estaba llamando. ¿Podía pasar algo más?

Respondí con rapidez.

—¿Sí?

—Ya estoy en la cafetería. —Me hizo saber—. ¿Te pido algo?

—Un ron bien cargado y con hielo —contesté—. Ahora voy.

Nada más colgar, levanté la vista y me topé con los imponentes ojos de Nacho. ¡Necesitaba ese cubata ya mismo! Estaba colapsada con tanto sobresalto.

—Nacho, me parece genial lo de la cena, ¿reservas tú? No sé muy bien cómo va todo porque mi amiga me ha metido en este tren sin saber nada. Así que, si te va bien, ¿te encargas tú?

—Me parece genial —contestó feliz.

Antes de salir del vagón e ir a la cafetería, Nacho me llamó.

—Una cosa; si ves a mi… a Lorena, no le comentes nada sobre nuestra cena, ¿ok?

¡Perfecto, lo que me faltaba! Tenía una cita con cada uno y las dos eran secretas.

¡Necesitaba ese ron!

13
SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

No pude esperar. Nada más llegar a la cafetería, vi a Lorena sentada a la mesa, me acerqué a ella, agarré el vaso de ron con hielo y di un trago mayúsculo.

¡Joder!, estaba súper fuerte y, sinceramente, no causó el efecto que yo esperaba. Me entraron más nauseas que sensación de alivio para olvidar el cúmulo de problemas en los que me estaba metiendo.

—¡La leche, Elisa! ¿Tanta falta te hacía el alcohol? —preguntó Lorena sorprendida.

Me senté enfrente de ella y puse los ojos en blanco. También dejé libre un gran suspiro. Lo sé, lo sé… a dramática no había quién me ganase, pero estaba muy agobiada. El hecho de quedar con los dos tortolitos y no poder decírselo, me causaba mucha, ¡no!, muchísima intranquilidad.

—No te lo puedes ni imaginar —protesté—. Soy única metiéndome en líos.

«¡Cállate!, que vas a meter la pata» me ordené mentalmente. Así que sonreí disimuladamente antes de sacudir la cabeza.

—¡Ya somos dos! —exclamó divertida—. Aunque, para ser sincera, a mí suelen meterme en líos los demás. Yo solo me dejo llevar como barco a la deriva.

—¡Como a mí! —chillé al sentirme totalmente identificada. Solo me faltó añadir que en aquella ocasión ella era la que me estaba metiendo en uno de los apuros. Decidí cambiar de tema e interesarme por ella—. ¿Estás mejor?

Lorena suspiró con tristeza. Sus ojos se volvieron vidriosos.

—Disculpa porque antes te asaltara de esa forma —se sinceró—. Estoy bastante jodida. Necesito desahogarme y aquí no conozco a nadie para hablar del asunto. En serio, ¡no sé qué cojones hago en este puto tren! En el amor me va como el culo, me han roto el corazón y no puedo hablar con mis amigas porque no están aquí conmigo. Así que cuando te vi al salir el baño, te reconocí y cómo me preguntaste cómo estaba, me desmoroné.

¡Joder! No entendía nada. ¿En el amor le iba mal? ¿Y Nacho? A ver si era un tío egoísta que la trataba horrible. Aunque no lo parecía. Decidí no juzgar para no llegar a conclusiones erróneas.

—Lorena, no te comprendo. Estás con tu novio en este tren, ¿no? Tal vez podéis hablar y solucionar todo —le aconsejé sin saber muy bien si estaba en lo cierto. Le di la respuesta base de «hablando la gente llega a un entendimiento», pero tampoco sabía qué más podía decirle.

Lorena soltó una gran carcajada.

—Nacho no es mi novio —confesó—. ¡Es mi hermano! Antes hemos dicho que éramos pareja porque en este tren cursi infectado de parejitas edulcoradas, ¡todos tienen que ir con el amor de su vida! O, mejor dicho, con el que creen que es el amor de su vida. Eso me pasó a mí; el que yo pensaba que era el amor de mi vida, ¡me dejó plantada en el altar hace dos días!

¡Joder! Cogí el vaso de ron y le di otro trago. Asimilar las palabras de Lorena no era tarea sencilla. Por un lado, me alegró mucho saber que Nacho no era su pareja. No os voy a engañar, fantasear con la posibilidad de enrollarme con él me alegró el día. Por otra parte, me dio mucha pena saber que el prometido de Lorena la había plantado el día de su boda.

—¡Qué cerdo! —exclamé—. ¡Los tíos son lo peor! En serio, ¡no comprendo cómo pueden ser tan egoístas! ¿Cómo estás?, ¿llevabais muchos años saliendo?

—Dos años. Nos enamoramos, ¡fue un jodido flechazo! A los tres meses nos fuimos a vivir

juntos y medio año después estábamos prometidos —recordó con pena—. Nos llevábamos genial, el sexo era de puta madre, había mucha química entre nosotros y, después de preparar la boda, el mismo día que íbamos a darnos el «sí, quiero» no se presentó en la iglesia. Nadie sabía nada de Héctor. Lo llamaron por teléfono y no respondía, fueron a buscarlo a su casa y no estaba. Así que cuando miré mi teléfono, tenía un cobarde mensaje de él que decía «lo siento, cariño. No puedo hacerlo». Y ya está. Nada más. —Lorena comenzó a llorar. Yo le limpié las lágrimas de sus mejillas con los pulgares.

—Será miserable, ¡alguien tan ruin no te merece, Lorena! —aseguré—. Tal vez ahora no seas consciente, pero con el tiempo te alegrarás de no haberte casado con un tipo tan egoísta.

—Le odio. Te prometo que le odio. Después de tanto tiempo juntos, podía haber dicho que no estaba preparado para casarse o para dar un paso tan importante. Yo lo hubiese comprendido. No era prioridad para mí que nos casáramos. Solo quería compartir mi vida con el que creía que era mi media naranja, si eso existe —bufó—. Sin embargo, él optó por salir por la puerta de atrás y destrozarme.

Me sentí tan identificada con ella que no pude evitar levantarme y abrazarla. Ella me rodeó con sus brazos y me dio las gracias.

—No te preocupes. Llora todo lo que tengas que llorar, ¡es mejor! —le recomendé con cariño—. Date tiempo para recuperarte.

Nos separamos y volví a sentarme en frente.

—Joder, hablas como mi hermano —señaló entre risas—. Los dos sois muy zen.

Me dio un vuelco al corazón al escuchar la comparación. Me gustó escucharla.

—No te creas, ¡soy mejor aconsejando que poniendo en práctica los consejos! —reí—. A mí también me han dejado y ¡por WhatsApp!

—¡No me jodas! —Se llevó la mano a la boca.

—Ayer me llamó mi chico para decirme que nuestra relación no funciona y hoy ha decidido mandarme un mensaje pidiéndome que nos demos un tiempo. Ya ves, ¡otro caballero! —ironicé.

—¿Estás con él aquí? —Se interesó Lorena.

—No, no —reí de nuevo—. Estoy con mi mejor amiga, que tenemos que disimular que somos pareja para que no nos echen de aquí.

—¿Por qué habéis cogido este tren?

—Porque mi amiga es gilipollas. Su amante está aquí y como ella pierde el culo por él, me ha engañado para hacer este viaje con la mala excusa de pasar más tiempo juntas. Sin embargo, apenas la veo porque seguramente estará intentando reconquistar al cabrón de Javier —resumí.

La jugarreta de Fabi ya la había asimilado. Al contárselo a Lorena, casi me resultó hasta divertida. Solo casi, aún faltaba algo de tiempo para que le viese el lado positivo a aquella locura, pero os aseguro que comenzaba a gustarme la idea de estar en ese tren. Y esta vez no era autoconvencimiento para conformarme con la realidad, si no que sentí un cosquilleo muy agradable al emocionarme con el viaje.

—La de tontadas que podemos hacer por amor —reflexionó Lorena.

—Dudo mucho que lo que sienten mi amiga y su amante sea amor, ¡es estupidez! Ese tío la utiliza, sacia sus necesidades con ella, ignora sus sentimientos y la abandona cuando no la necesita —aseguré.

—Entonces, me temo mucho que nuestras respectivas parejas o, mejor dicho, exparejas, tampoco sentían amor. Porque han hecho lo mismo que el amante de Fabiola; nos han utilizado, han saciado sus necesidades, han ignorado nuestros sentimientos y nos han abandonado cuando no nos han necesitado —concluyó Lorena.

¡Joder! No lo había pensado de ese modo. ¿Iván era como Javier? ¿Solo se priorizaba a él mismo y yo le importaba una mierda? ¡Ay, mi madre! Todo apuntaba a que sí.

Tragué saliva con cierta tristeza al ser consciente de que había estado enamorada de un narcisista sin nada de empatía.

—¡Pues que les den por el culo a Iván, a Javier y a tu ex! Has dicho que se llamaba Héctor, ¿no?

Lorena asintió.

—¡Que se vayan a la mierda con su egoísmo infantil! —insistí.

—¡Joder, tía!, ¡qué gusto dar encontrar a alguien guay que sepa insultar a los hombres cuando se lo merecen! —bromeó.

Nos echamos a reír. Entonces, me asaltó una duda.

—Oye, ¿por qué estáis Nacho y tú en este tren? —disparé.

—Héctor y yo teníamos previsto hacer este viaje después de la boda. No era nuestra luna de miel porque lo reservamos hace mucho tiempo, incluso antes de poner la fecha de la boda, pero era una oportunidad fabulosa para disfrutar de nuestra relación. A mí me encantó la idea de conocer ciudades maravillosas montada en el tren del amor. Pero cuando se dio a la fuga, mi hermano insistió en que hiciera el viaje. Él sabe que me hacía mucha ilusión y se ofreció a acompañarme. Sin embargo, yo accedí porque tenía la ridícula esperanza de que Héctor se presentara en el andén antes de que saliese el tren. Imaginé que él se disculparía por haber sido tan idiota al dejarme plantada en el altar y nos reconciliaríamos en este viaje.

Pasé la mano por encima de la suya para apoyarla. Era obvio que aquello no había pasado. Lorena volvió a derramar varias lágrimas.

—Pero no se presentó y fui consciente de que Héctor no me quería y que nunca lo había hecho. Así que Nacho y yo nos montamos en el tren —suspiró con pena—, pero aún me pregunto qué cojones hago aquí.

—Sanar tus heridas y darte cuenta de que eres una mujer maravillosa —intenté animarla.

—Lo de que soy una mujer maravillosa, ya lo sé —respondió divertida—. Aunque nunca va mal que a una se lo recuerden —rio. Las dos estábamos igual; inmersas en un mar de sentimientos encontrados. Tan pronto llorábamos como reíamos sin parar—. Y lo de curar las heridas me aparece mucho.

—Yo tampoco conozco a nadie aquí, solo a mi amiga y un poco a tu hermano —le dije—. Podemos quedar siempre que quieras y nos desahogamos juntas.

—¡Ay, me encanta esa idea! —celebró dando unas palmadas con las manos.

A mí, también. Tener una aliada en esos momentos de incertidumbre, que comprendiera cómo me sentía porque ella estaba igual, era fantástico. Siempre había pensado que la unión hacía la fuerza.

Entonces, quise resolver otra duda que me azotaba respecto a ella y Nacho.

—¿Por qué no querías que le contara a tu hermano que íbamos a vernos? —pregunté.

—Porque Nacho es muy listo y seguro que pensaba que te iba a contar que no somos pareja. Él se pone muy nervioso cuando se salta las reglas y le da pánico que descubran que somos hermanos y nos echen del tren. Ya le he amenazado un par de veces con que iba a decirles la verdad a las azafatas, solo para fastidiarle. ¡Es súper gracioso cuando se pone tan alterado! —confesó entre risas.

Solté una carcajada ante su revelación y decidí hacerle otra.

—Esta noche he quedado con él para cenar.

Lorena mostró una sonrisa nerviosa. Miedo me dio.

—No le digas nada de lo que te he contado y le hacemos una broma, ¿te apetece?

El pulso se me aceleró. No sabía muy bien porqué, pero tenía ganas de ver lo mono que estaba cuando se alteraba.

—Me parece genial.

14
RELACIONES TÓXICAS

Habíamos quedado en el tren comedor. Era ideal, en serio. A pesar de su decoración minimalista, parecía que estaba en un restaurante de película. Por los ventanales se veía cómo el sol se ocultaba para regalarnos un precioso atardecer. Habían adornado con flores todas las mesas y el ambientador olía de maravilla, ¡a rosas frescas!

Aunque os confieso que lo mejor fue ver a Nacho, ¡qué guapo estaba! Era imposible no colarse por él al contemplarlo. Estaba sentado a la mesa. Sin embargo, cuando me vio aparecer, se levantó con rapidez para darme dos besos. Llevaba el pelo despeinado, ¡le quedaba genial! Su look era arreglado, pero informal. Deportivas blancas, vaquero largo y una camisa a juego con el calzado. Su piel bronceada destacaba y se volvía bastante apetecible acariciarlo.

Sonrió cuando nos sentamos uno en frente del otro. Mi corazón se aceleró un poquito al saborear su preciosa sonrisa.

—¡Estás guapísima! —exclamó.

Yo llevaba un vestido azul con la espalda al aire, que me llegaba hasta las rodillas. Unas sandalias del mismo color. Decidí dejarme el pelo suelo para que el marrón de mis ojos destacara.

Era tan bueno, tan cariñoso y tan atento que casi me dio apuro gastarle la broma que había maquinado la traviesa de su hermana.

—Gracias, Nacho. Tú también estás muy guapo —le devolví el cumplido.

Ensanchó todavía más su sonrisa. Le gustó escuchar que me resultaba atractivo. Y a mí me encantó su actitud. ¿Por qué sentía una sacudida en la tripa cada vez que conectábamos, aunque fuese en un mínimo detalle?

—¿Qué te apetece cenar? —Se interesó—. He visto que la carne a la brasa tiene muy buena pinta. La pareja de al lado se está dando un atracón.

Observé a la parejita, que estaba cenando a nuestro lado, y la carne era muy tentadora.

—Se están poniendo ciegos —bromeé—. Soy muy glotona, así que si quieres pedimos un chuletón a la brasa para compartir. ¡Y patatas fritas! —Entonces vi que un camarero llevaba un plato con uno de mis aperitivos favoritos—. ¡Y croquetas! Tenemos que pedir croquetas.

—¡Caray, Elisa! Sí que eres glotona —rio—. A mí me encantan las croquetas, ¡pedimos una docena! —bromeó.

Los dos nos echamos a reír. Después, le pedimos nuestra comanda a uno de los camareros y éste nos sirvió un poco de vino.

—Llámame Eli. Me gusta más que Elisa —le confesé.

—Genial. Eli es precioso.

Sentí un vuelco en el corazón ante tanto cumplido. No estaba acostumbrada a que me dijesen tantas cosas bonitas.

—¿Siempre eres tan zalamero? —Intenté que no sonara a queja.

Nacho se puso rojo ante mi pregunta. ¡Joder!, me agobié un poco porque creía que lo había incomodado.

—No me desagrada. —Le hice saber—. Es más, me gusta. Pero no suelen ser tan agradables conmigo.

Él carraspeó. Dio un trago a la copa de vino y se relamió los labios con la lengua. ¡Uffff,

que sexi!

—No conozco a nadie en este tren, solo a mi… a Lorena. Tú pareces una mujer encantadora, así que prefiero tratarte bien para que volvamos a quedar más veces —aclaró—. Además, me gusta desatacar las cosas buenas de las personas. Forma parte de mí ser agradable o cursi —señaló entre risas.

Me encantó su respuesta; sincera y tierna. No conocía a muchos hombres como él. Es más, con los tíos que me había topado en mi vida solían ser rudos y poco empáticos. Iván fue diferente. Con él sentía que existía una química perfecta, que nos entendíamos sin hablar, que comprendía mis miedos y mis dudas… Sin embargo, al pedirme un tiempo sin darme ninguna explicación, dinamitó todo lo que creía respecto a nuestra relación.

—Sabes que estoy tomando un nuevo rumbo en mi vida, ¿no? Me estoy alejando de los capullos y de los narcisistas —dije medio en broma medio en serio—. Así que es un placer conocer a alguien tan simpático y positivo como tú.

—Mejor… —volvió a reír—. Por un momento he pensado que te ibas a levantar y me dejas cenando solo.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Levanté el entrecejo, confusa.

—Digamos que algunas chicas pasaron de mí cuando veían que era más parecido a un oso de peluche que al típico macho alfa —respondió con tristeza.

—¿Algunas chicas? —repetí en voz baja.

—Mis dos últimas relaciones, para ser más concretos. Las conocí en Tinder; hablamos, quedamos, tuvimos una noche de amor y cuando comprobaron que no las ignoraba y que estaba dispuesto a tener una relación sana con ellas, ¡me dieron la patada!

—¿Qué dices? —Estaba alucinado ante su relato.

—«No eres lo que estoy buscando, me gustan los tíos más… malotes» son palabras exactas de una de ellas. «Los tíos más malotes» dijo. Me dio pena, pero al final acepté que hay gente que le va la marcha… —reflexionó.

—Y que a muchas de nosotras nos vuelven locas los típicos cabrones —señalé.

—A nosotros también nos gustan las *femme fatale*, pero aprendemos de los errores, ¿no? Yo he sido el primero que ha estado con una mujer que ha revolucionado mi mundo. Sin embargo, era tan agotador y tóxico estar con ella, que tuve que romper esa relación para no quedar tocado —contó—. Eso estuvo genial cuando tuve veinte años. Ahora, tengo treinta y dos, y huyo de ese tipo de relaciones insanas.

Me gustó mucho su reflexión y la madurez de querer profundizar en relaciones más serias y productivas. Sin embargo, no todo era como él creía.

—La gente no aprende, Nacho. A muchos chicos y chicas les encanta la sensación de estar con el malo. Aunque eso les llene de tristeza, insatisfacción o les frustre porque con ese tipo de vínculos es imposible ser feliz —apunté, recordando viejos amores tóxicos de mi adolescencia —. Pero hay personas que necesitan, no sé por qué, saciar esa sensación de estar con alguien atrevido y egoísta al que idolatran. ¡Mira, acabo de llegar a una gran conclusión! —celebré—. No es amor, solo idolatran a ese malote o malota.

Brindamos al llegar a aquella certeza.

—Pues yo no quiero que me idolatren, prefiero que me amen —destacó—. Cuando aquellas chicas me rechazaron por no ser lo suficientemente cabrón, al principio me dio pena. De verdad. —Se encogió de hombros—. Me maldije por no ser un capullo. Pensaba que mi falta de picardía me llevaría a una profunda soledad. Sin embargo, después dije «¿qué más me da? Soy así y ¡me encanta cómo soy! Sé que tengo que pulir muchas cosas en mí, pero me niego a cambiar mi

forma de ser para gustar más a los demás». Así que decidí que, si alguien me quiere, que sea tal y como soy. Además, tengo un montón de amigos que me adoran. Tan repipi no seré. —Se echó a reír.

¡Joder! Aquel hombre me estaba encandilando con cada palabra que salía por su boca. No sería el típico malote que vuelve locas a muchas mujeres, tal y como habíamos comentado. No obstante, su seguridad, su fortaleza y, al mismo tiempo, su ternura y vulnerabilidad, ¡lo hacían irresistible! Eso y que estaba buenísimo.

—Se nota que lo has pasado mal —susurré—. Pero ahora tienes las cosas claras y parece que estás de maravilla.

—Me ha costado lo mío —matizó—. He leído mucho sobre autoestima y uno de mis mejores amigos es psicólogo. Él me recomendó que hiciese terapia con un colega suyo. Le hice caso y me sentó genial. Ahora me acepto y soy más fuerte.

¡Oye, no se guardaba nada para él! Apenas me conocía y no le costó desnudar su corazón delante de mí. ¿Sabéis qué? Me hizo sentir súper especial. Dudaba mucho que a todo el mundo le contara todas estas cosas tan íntimas. Así que, que confiara en mí para abrirse de par en par fue mágico.

—Te agradezco tu sinceridad y confianza —le dije con cariño.

—No sé si te ha pasado a ti también. Pero noto que entre tú y yo…

Entonces, apareció Lorena en el momento más inoportuno. No solo porque la conversación era maravillosa, sino porque Nacho se había abierto tanto conmigo, que lo que menos me apetecía era gastarle una broma.

Además, ¡quería saber qué era lo que había notado entre él y yo!

15
INCOMODIDAD

—¡Nacho!, te estaba buscado, cariño —exclamó su hermana.

Lorena me sonrió con complicidad. Yo me puse nerviosa. Sabía cuál era el plan, pero no me apetecía en absoluto llevarlo a cabo.

—Hola, Lorena. Estoy cenando con Elisa. —Nacho me señaló con la mano—. ¿Nos vemos más tarde?

En ese momento tenía que sorprenderme por su actitud, tal y como habíamos acordado su hermana y yo unas horas antes. Además, si en teoría no sabía cuál era su vínculo real, era normal que me extrañase que él quisiese cenar conmigo y no con su novia. O, como mínimo, con las dos.

Resoplé en señal de protesta antes de continuar con nuestra broma.

—Hola, Lorena. Siéntate con nosotros —apunté.

—¿Qué? —Nacho se dio la vuelta para mirarme extrañado.

—¡Qué amable eres, Elisa! —Lorena se colocó al lado de su hermano—. Además, tengo mucha hambre.

—Oye, princesa —dijo Nacho, refiriéndose a su familiar—, ¿no prefieres esperarnos en la habitación o dar una vuelta?

—¡Uy, cariño! Cualquiera diría que tu novia te molesta —soltó Lorena.

Vale, lo admito; me sentía fatal. Nacho comenzaba a alterarse, estaba sudando y se le podía ver bastante nervioso. ¡Seguía igual de guapo que siempre, pero me daba pena!

—No es eso. Es que Elisa y yo estamos hablando de cosas bastante íntimas —aclaró él.

—Seguro que me las cuentas todas, tonto —jugó Lorena—. ¡Me quedo y así te ahorro el trabajo de después!

Yo os observaba como si viese una escena cómica de una película o serie dónde uno de los personajes juega con el secreto que tiene el otro. Sin embargo, en ese momento, la escena no me resultó nada divertida.

—Lorena, ¡mi amor! —exclamó cabreado—. No digas chorradas. Voy a pedirte algo para llevar y nos vemos más tarde, ¿ok?

—¡¿Ya no me quieres?! —espetó ella.

Ese era el momento álgido de la broma; en ese instante ella comenzaría a divagar en voz alta para avergonzar a su hermano, reprochándole que ya no le amaba y que se sentía muy sola. Yo ya no le veía la gracia al asunto, ¿cómo me dejé convencer por ella para hacérselo pasar tan mal a Nacho?

—¿Disculpa? Lore, ¿te encuentras bien?, ¿has bebido algo? —Nacho estaba agobiado.

—¡Ya me estás acusando de ser una borracha! —chilló ella.

¡Ay, mi madre! Esto se le estaba yendo de las manos. ¿Qué podía hacer? ¡Joder!, ¡tenía que detener aquella locura!

—No, ¿cómo te voy a acusar de ser una borracha? —se defendió—. Lo que pasa es que no entiendo tu actitud.

¡Nadie podía entenderla! Ni siquiera yo, que sabía de qué iba el tema.

—¡Ahora aseguras que no hay quién me entienda! —estalló—. ¿Tan mala soy?

¡Basta! Tenía que parar aquella sarta de gilipolleces.

—Sé que sois hermanos —susurré—. Esta tarde cuando nos hemos visto y te he dicho que iba a buscar a mi amiga, te he mentido. Había quedado con Lorena, pero ella, al igual que tú, me pidió que no te dijera nada. Después, me contó lo de Héctor y la no boda. También que eres su hermano. Entonces, se nos fue la pinza y pensamos que gastarte una broma podría ser divertido.

Nacho se quedó boquiabierto. Tragó saliva, fulminó a su hermana con la mirada y dio un trago a su copa.

Después el camarero nos sirvió un plato con croquetas, que olían de maravilla.

—Casi me da un jodido infarto —nos echó en cara en voz baja para que no nos escucharan los demás, después del numerito de Lorena.

—Lo sé. Por eso he detenido la broma —confesé.

—Eres una aguafiestas —resopló Lorena.

—¿Por qué habéis pensado que esta broma era una buena idea? Estaba flipando en colores —divagó él.

—Por eso mismo, hermanito; porque has flipado en colores y ya sabes lo mucho que me gusta hacerte rabiar —contestó ella.

—Lo siento, Nacho —me disculpe—. No pretendía que te afectara tanto. Solo quería…

—¿Qué?, ¿fastidiarme de forma gratuita? —Nacho se levantó y tiró la servilleta contra la mesa—. ¡Lo habéis conseguido! Chicas, me voy, se me han quitado las ganas de comer.

—¡Venga, no seas soso! —le recriminó su hermana—. No te vayas. Además, Eli no ha tenido nada que ver. Ha sido culpa mía.

Me gustó que Lorena me defendiese. Sin embargo, el daño ya estaba hecho y Nacho parecía bastante molesto.

—Espero que os divirtáis las dos. Yo me voy —dijo antes de desaparecer del restaurante.

Me sentí fatal, os lo prometo. No imaginé que una broma tan tonta pudiese incomodarle tanto.

Lorena cogió una de las croquetas y se la llevo a la boca. Soltó un gemido de placer.

—¡Joder!, ¡están buenísimas, tía! —exclamó.

—Nos hemos pasado un poco —reflexioné.

—¡No!, tampoco ha sido para tanto. Lo que pasa es que Nacho es muy sensible.

—Creo que no me va a hablar en lo que queda de viaje —supuse con tristeza.

—Conociendo a mi hermano, o te evita todos los días o hacéis las paces en breves —aseguró.

Aquella afirmación me dejó peor de lo que estaba. Si volvíamos a hablarnos en poco tiempo sería genial, pero… ¿y si ya no quería volver a verme?

16
LE GUSTO

Me desperté más tarde de lo normal. Miré la hora y eran las nueve de la mañana. Me costó mucho dormirme porque no paraba de recrear en mi mente lo mucho que se había disgustado Nacho con nuestra broma. Sus ojos tristes venían a mi cabeza y yo me sentía fatal.

Amanecí igual que como me había acostado; ¡pensando en Nacho! Me levanté de la litera y busqué a Fabiola, pero no estaba. ¡Otra vez había desaparecido! Anoche cuando llegué a la habitación tampoco la encontré. ¿Dónde se había metido?

Entonces, apareció al abrir la puerta con precaución. Supongo que fue tan sutil, porque creía que estaba durmiendo y no quería despertarme. Lo que ella no imaginaba es que estaba tan despejada que mi curiosidad se disparó al verla.

—Buenos días. ¿Dónde estabas? Desapareces más que Batman cuando llega la poli —bromeé para que no pareciese un interrogatorio.

—Buenos días, cariño —respondió—. He ido a la cafetería a tomar un café. ¿Quieres uno? Vístete y vamos.

¡¡Mentira!! Estaba mintiendo. Se le notaba muchísimo cuando no decía la verdad. Esquivaba la mirada, se estiraba todo el rato y su voz temblaba. Resoplé de mala gana antes de contestar.

—Fabiola, por favor. Estoy en este viaje por ti, así que te agradecería que dejaras de soltar mentiras por esa boquita que tienes —le pedí—. O cambias tu actitud y te comportas como la buena amiga que eres o le pido a la organización del tren que nos cambie de habitación.

Sabía que mi advertencia le haría reflexionar y dejaría de una vez por todas su cobarde comportamiento.

Ella soltó un gran suspiro antes de sentarse en el sofá.

—Tía, no me juzgues, por favor —avanzó.

Miedito me daba, pero del de verdad. De ese que te eriza la piel y te corta la respiración. ¿Qué había hecho?

—Me estás asustando.

—No sé cómo ha pasado. Ni tengo ni idea si ha sido lo correcto. Estoy alucinando…

—¿Vas a decir lo que has hecho? —le pregunté nerviosa.

—Me he acostado con Javi y su novia —confesó roja como un tomate.

Me senté sobre la cama para asimilar las palabras de mi amiga. ¿Estaba loca?, ¿cómo podía ser tan impulsiva?

—No me jodas, Fabi. ¿Se te ha ido la pinza? —le recriminé.

Ya no podía ser una simple espectadora en la historia de Fabi. Había cruzado límites peligrosos.

—Lo sé, lo sé. —Se puso de pie y caminó en círculos por el pequeño suelo de la habitación —. Me los encontré en el cine.

Levanté el entrecejo como muestra de incredulidad.

—¿Te los encontraste?

—Ok. ¡Los seguí!, ¿contenta? —exclamó—. Antes de comenzar la peli, Silvia, la novia de Javi, se volvió hacia mí.

—¿Estabas detrás? ¿Justo detrás de ellos? Fabiola, como detective privado no tienes precio

—ironicé.

—Ja, ja… eres muy graciosa —se burló—. En fin, la tía se dirigió a mí y me dijo que sabía quién era y que me follaba a su novio.

¡Ay, la leche! Noté un nudo en el estómago. Me estaba poniendo nerviosa al imaginarme en el lugar de mi amiga. Yo habría salido corriendo de allí.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Me quedé muerta, tía. No esperaba que Silvia fuese tan directa. Así que, al principio, me hice la tonta. Le dije que no los conocía de nada y que no sabía de qué me estaba hablando. Pero ella insistió. Yo miraba a Javi, que estaba callado y más nervioso que yo —aseguró mi amiga, que miraba al infinito—. Entonces, Silvia nos confesó que alguna vez había seguido a su novio y nos había pillado dándonos el lote en la calle y entrando en un hotel.

—¡Bravo, Fabi! Vuestra discreción era de diez —seguí en modo sarcástico.

—¿Cómo iba a imaginar que su chica nos espiaba? —se defendió—. Total, que cuando pensaba que se me iba a salir el corazón del susto y que ella se me iba a echar encima para pegarme, aseguró que yo le parecía atractiva y que le daría morbo hacer un trío.

—¡Anda ya! —exclamé incrédula—. La gente está fatal. ¿Qué hiciste tú?

Mi amiga sonrió como si recordara algo muy muy agradable.

—Me excitó su confesión —aseguró—. Ella me contó que le había dicho a Javi que nos había pillado y que le daría morbo follar los tres. Sin embargo, Javier se asustó ante la revelación de su novia y decidió romper la relación conmigo. ¿Te puedes creer que Javi fuese tan egoísta de que solo quisiere follar conmigo y privar a su novia de un revolcón los tres?

¿Esa era la mayor duda de mi amiga? ¿Que su amante la quisiese en exclusiva? ¿De verdad? A mí se me amontonaban otras preguntas más sensatas; ¿por qué a la novia de Javier le daba morbo acostarse con su amante y con él?, o, ¿por qué se atrevió a proponerle un trío a la amante de su pareja?

—Fabi, estoy procesando toda la historia. —Le hice saber—. ¡Es muy *heavy*, tía! Silvia, la novia de tu amante, os pilló en uno de vuestros encuentros y, en lugar de morirse de celos, le dio morbo formar parte de vuestro juego sexual, ¿no?

—Lo has resumido genial —confirmó feliz.

—Dios los cría y ellos se juntan —susurré.

—A mí me encantó la propuesta —continuó con el relato—. Así que fuimos a su habitación, ¡qué es enorme! Tiene una cama gigante de matrimonio y hasta un *jacuzzi* —señaló —. Y estuvimos follando toda la noche. ¡Fue el mejor sexo de mi vida, tía! Al principio, Javi no participó mucho. Pero después fue súper cañero.

¡Hala! Y yo me comí toda esa historia de buena mañana sin haber desayunado. Os prometo que soy una mujer moderna, o eso creía, pero el idilio sexual de Fabiola, Silvia y Javier me resultó muy complicado de entender.

—¿Felicidades? —No sabía muy bien qué podía decirle.

—Gracias, Eli. —Fabi me abrazó—. Sabía que me apoyarías y que te alegrarías por mí.

Siempre iba a apoyarla, ¡éramos amigas! Sin embargo, lo de alegrarme por ella estaba en duda. Aún desconocía si aquella relación a tres era algo bueno o no.

—Ten cuidado, cariño —le aconsejé— No quiero que te hagan daño.

—¡Ay, tía! Anoche disfruté a tope, así que no me han hecho nada de daño —rio.

Entonces miré por la ventana y comprobé que el tren no se movía.

—¿Hemos parado? —pregunté sorprendida.

—Claro. ¡Hoy pasamos el día en Montpellier! —festejó Fabi—. Vístete y salimos a

desayunar a algún sitio mono y después nos vamos de compras. Pero primero vamos a comer algo, ¡necesito reponer todas las calorías que he gastado esta noche!

¡Genial! No pude evitar pensar en que mi amiga había pasado las últimas horas follando como una leona mientras yo me había comido la cabeza por Nacho.

Solté un suspiro de tristeza.

De repente, recibí un mensaje en el teléfono. ¿Era de Nacho? Imposible, ¡no tenía mi número! Entonces, se me aceleró el corazón al intuir que su hermana se lo había facilitado, ¡ella sí que tenía mi número!

Mi ilusión se evaporó al comprobar que era de Iván y casi me desmayo al leerlo.

17
NO LO CONOZCO

Elisa, voy a enviarte por un mensajero todas tus cosas que tienes en mi casa. Si cuando te lleguen, ves que falta algo, me lo comentas y te lo mando. Un saludo.

—¡Será cerdo! —espeté indignada—. Yo no conozco a este hombre. Éste no es el Iván con el que he estado tres años y medio. ¿Qué cojones le pasa?, ¿por qué me hace esto?

Estábamos desayunando en la terraza de una cafetería preciosa en la *Place de la Comédie* en el centro de Montpellier. El lugar era realmente hermoso con sus edificios majestuosos rodeando la plaza, la *Opera Comédie* era absolutamente impresionante y la *Fuente de las Tres Gracias* reinaba en el centro de la plaza.

Fue una lástima que el mezquino mensaje de Iván estropeara aquella mañana soleada. ¿Os podéis creer la poca consideración que tuvo mi ex? ¡Pretendía enviarme mis pertenencias sin haber hablado sobre qué mierdas le pasaba! Tenía tantas ganas de llorar que fui incapaz de aguantar el llanto.

—Cálmate, cariño —me aconsejó con ternura mi amiga—. Iván te está demostrando la clase de tipo que es; ¡un cobarde! En lugar de sincerarse contigo y echarle cojones al asunto, ha decidido salir huyendo y de la forma más cobarde. No te mereces a un hombre así. ¡Eres maravillosa, Eli! Así que llora todo lo que tengas que llorar; ¡vacíate de toda la pena que te causa ese cabrón y vuelve a ser tú!

Sus palabras me reconfortaron. Ese solo había sido otro pozo en el que volví a caer al leer el mensaje de mi ex. Cuando pensaba que ya lo estaba superando o, por lo menos, alejando de mi mente, Iván hacía acto de presencia con sus actos de cobardía vía WhatsApp para empujarme de nuevo al abismo. Pasar página se estaba convirtiendo en una tortura porque cada poco tiempo me lastimaba con sus mensajes.

—No va a jugar conmigo —susurré—. Estoy harta de ser una marioneta a su merced. ¡No me merezco ese trato! He sido una compañera fabulosa durante los tres años y medio de nuestra relación. Me cuesta comprender por qué es tan cruel, ¡pero ya no doy más! ¡Qué le follen! No voy a volverme loca por su culpa. ¿Quiere dejarme?, ¿pretende devolverme todas mis cosas?, ¿ha decidido poner mi mundo patas arriba sin consultarme? —Con cada pregunta elevaba más mi tono de voz, estaba ganando seguridad—. ¡Pues bien por él! ¿Sabes qué? —pregunté mirando a los ojos a mi amiga—. La herida que está causando en mi corazón lo está alejando para siempre de mi lado, pero también sé que con el tiempo todo esto me hará más fuerte —aseguré.

—¡Así se habla, joder! —celebró Fabi.

—Voy a dejar de llorar por él y centrarme en mi nueva vida.

Respondí a su mensaje:

Iván, cariño. ¡Puedes meterte mis cosas por el culo!, al igual que has hecho con mis sentimientos. No me escribas más.

Le mostré el mensaje a Fabiola después de enviárselo a mi ex. Me temblaban las manos y el corazón estaba a punto de salirse de mi pecho de lo nerviosa que estaba.

—¡Has hecho bien! Que te deje tranquila de una jodida vez —afirmó orgullosa de mí.

Esos arrebatos me sentaban genial. Sin embargo, dudaba si mi impulsividad era una gran

aliada o si me arrepentiría más tarde de ser tan contundente con Iván.

Decidí vivir el momento presente y, os aseguro, que defenderme ¡fue fabuloso!

18
SOY UN DESASTRE

Me animó una barbaridad pasear por los callejones medievales de El Écusson, el centro histórico de Montpellier. ¡Era precioso! La fusión de presente y pasado era maravillosa, las hermosas calles llenas de magia con los escalones de diferentes colores, los restaurantes y cafeterías… ¡todo era de una belleza suprema! En ese instante sentí algo que cambió mi forma de pensar; podía centrarme en el lado negativo de la vida, como la crueldad de Iván y su poca consideración, o poner mi punto de vista en todo lo que podía disfrutar; como caminar por aquellas calles rebosantes de encanto, historia y majestuosidad.

—Fabi, ¡esto es precioso! —exclamé maravillada—. Empiezo a pensar que este viaje merece la pena. ¡Me encanta!, ¡me chifla este lugar!

Ya estaba animada, ¡¿veis cómo era un poco bipolar?! Aunque creo que todos lo somos un poco, ¿no? Podemos estar tristes y que nos suceda algo emocionante y nos dejemos llevar por esa ilusión. Al fin de cuentas, la vida también va de eso, ¿no?… de dejarnos llevar.

—Lo había visto en internet, pero no me lo esperaba tan bonito —añadió mi amiga—. ¿Para qué queremos un hombre a nuestro lado si nos tenemos a nosotras y podemos descubrir lugares tan especiales como este?

«No es incompatible, guapa. Podemos tener una pareja y disfrutar de viajes y experiencias con amigas» pensé. Detestaba a esas personas que anulaban su vida social cuando comenzaban a salir con alguien. Nunca lo comprendí. Cuidar la relación amorosa es algo importante, claro que sí. Sin embargo, prestar atención y mimo a los amigas y familiares es igual de vital. Decidí llevarle la razón para no entrar en una discusión absurda entre nosotras, que estropeara ese momento tan ideal.

—Me encanta que estemos juntas en este viaje —confesé—. Al principio te hubiese estrangulado, pero ahora estoy gozando.

Fabi se echó a reír antes de suspirar con exageración.

—¡Siempre tengo razón! Sabía que ibas a estar agradecida de que te metiese en el tren del amor —contestó con todo el morro del mundo.

Era tozuda como ella sola. Me entraron unas ganas irrefrenables de darle un buen bofetón por culpa de su descaro. No obstante, opté por relajarme e ignorar su comentario. Como os he comentado, no pretendía estropear aquel precioso momento.

Fabi me dijo que necesitaba ir al baño, así que nos sentamos a la mesa de una terraza monísima, ¡allí todo era fantástico!, mientras ella iba al aseo.

Eché un vistazo al móvil para comprobar si Iván había leído mi mensaje o respondido. Sin embargo, aún estaba pendiente de que lo leyera. Solté un suspiro para relajar la tensión. Entonces, vi cómo Nacho se acercaba por el callejón. Estaba observando los edificios y haciendo fotos con la cámara del teléfono. No se percató de que estábamos a pocos metros de distancia.

Me puse nerviosa. ¿Qué hacía?, ¿disimulaba y lo ignoraba hasta que se fuese?, ¿me escondía para que no me viese? Mi pulso se aceleró. Pero decidí echarle valor al asunto enfrentándome a la situación.

Me levanté y fui a su encuentro.

—Nacho —saludé con timidez.

Él se dio la vuelta y sonrió fugazmente al verme. ¡Bien! Aunque borró la sonrisa con

rapidez, su primer impulso fue alegrarse.

—¿Podemos hablar? —pregunté.

—¿Para qué?, ¿para reírte de mí mientras me abro de par en par? —Fue directo. No esquivó su malestar. Seguía disgustado por nuestra broma.

—No, disculpa. Cuando tu hermana me propuso gastarte la broma, me resultó divertido. Sin embargo, cuando quedamos, a medida que ibas sincerándote y confiando en mí, me olvidé del plan de Lorena —confesé nerviosa—. Al verla aparecer, supe que no debíamos gastarte aquella broma, ¡no era el momento! Por eso la corté en cuanto pude reaccionar. ¡Lamento nuestra actitud!

Nacho se quedó callado durante unos segundos, que fueron larguísimos. No sabía qué más podía decir para reparar el daño que le había causado. Y lo que más me sorprendió fue que me importaba mucho que él estuviese bien, que supiera que estaba arrepentida y que quería continuar con nuestra amistad.

—Me gustaría seguir con mi paseo —murmuró—. Ahora mismo no me apetece comentar lo que pasó anoche.

Me quedé helada. ¿En serio? ¿Así reaccionaba ante mi disculpa? ¿Marchándose? ¡Joder!, ¿qué les pasaba a todos los hombres del planeta? Yo acababa de echarle ovarios al asunto al reconocer mi error, ¡él lo único que quería era largarse!

—Claro… vete… —contesté, pero se me antojó añadir algo para expresar mi impotencia—. Ya estoy acostumbrada a que me dejen plantada.

Nacho se dio la vuelta, se acercó muchísimo a mí, ¡solo unos milímetros separaban nuestras bocas!, y soltó:

—Me ofende más ese comentario que la bromita tuya y de mi hermana —aseguró—. No te atrevas a compararme con tu ex. Creo que tenemos poco o nada en común.

Después se marchó y yo me quedé petrificada. Estaba tan alucinada por lo que acababa de ocurrir que no sabía ni por dónde me venía el aire.

De repente, alguien me cogió por el hombro.

—Eli, ¿qué haces aquí? —preguntó Fabiola—. ¿Quieres tomar un vinito y una tapa en la terraza o nos vamos a dar una vuelta?

Miré a mi amiga con cara de pena. Ella se asustó.

—¿Qué pasa, tía?, ¿te han robado? —insistió ante mi silencio.

—Soy un desastre, ¡no logro entender a los hombres! —rechisté.

Fabi se echó a reír con excesivo descaro. La miré extrañada.

—Pues entonces, no pierdas el tiempo, ¡que te entiendan ellos a ti!

19
LA DUCHA

Pasamos un día estupendo. ¡Disfruté al máximo de aquella preciosa ciudad! Hicimos compras, nos deleitamos con su exquisita gastronomía, recorrimos cada rincón para flipar con su belleza. ¡Me quedé con ganas de repetir!

A las nueve de la noche regresamos al tren para viajar hasta Cannes. ¡Estaba impaciente por disfrutar de nuestro próximo destino! Ahora tocaba cenar y dormir. ¡Lo necesitaba! Estaba reventada de tanto andar.

A Nacho no volví a verlo en todo el día, cosa que agradecí. ¡Joder!, el tipo parecía encantador, pero cuando se enfadaba tenía un humor terrible, ¿no? ¿Qué os pareció a vosotras? Además, pude distraerme y dejar de pensar en él, gracias a mi amiga. Fabi era única consiguiendo que olvidara los problemas. Aunque os confieso que, cada cierto tiempo, Nacho me venía a la cabeza para provocarme un pinchazo en el estómago. Pero como os he comentado, la energía positiva de Fabiola me devolvía al momento presente para sacarle todo el partido.

Una vez en nuestra habitación, decidimos ponernos un poco monas antes de ir al restaurante.

—¿Qué te vas a poner? —me preguntó mi amiga.

—Creo que el vestido blanco —divagué—. Pero primero me apetece ducharme. Estoy súper sudada de tanto andar bajo el sol.

—Yo me voy a echar a tope de desodorante y me ducharé después —contestó.

Levanté el entrecejo al no comprender su forma de actuar.

—¿Después? —disparé.

—Claro, tía. Esta noche quedaré con Javi y su novia, ¡allí sí que pienso sudar! Así que, para no ducharme dos veces en tan poco tiempo, lo haré después. ¡Todo sea por el medio ambiente!

¡Menudo morro tenía! Mi amiga estaba impaciente por ver a sus nuevos amantes y no quería perder nada de tiempo. La siguiente pregunta que me iba a formular la delataría.

—¿Quieres que cenemos con ellos?

—¿Con quién? —Sabía a quiénes se refería, pero me costaba asimilar su osadía.

—Con Javi y Silvia, ¿con quién va a ser?

Noté un nudo en el estómago. A priori, no me apetecía nada sentarme a la mesa con ellos. ¡Iba a ser la aguanta velas de un trío sexual! Pero después pensé; «¿por qué no? Tal vez resulte hasta divertido». En realidad, me moría de curiosidad por conocer a la pareja de Javier y comprobar si estaba tan colada por Fabiola, como ella aseguraba.

—Vale, ¡pero me debes una! —le advertí.

—¿Yo?, ¿por qué? —Se hizo la tonta.

—Porque puede ser muy incómodo estar en miedo de tanta tensión sexual —bromeé.

—Ja, ja —se burló—. Te lo vas a pasar pipa.

Resoplé. ¿Por qué tenía la sensación de que cada decisión que tomaba era para meterme en un nuevo problema? No quise pensarlo más.

—Ok. Yo me voy a la ducha. ¿Sabes dónde están? —Quise saber.

—En el vagón de al lado del gimnasio, la mini piscina y la sauna —respondió.

Casi se me para el corazón de la emoción.

—¿Qué?, ¿hay *gym*, piscina y sauna? No lo sabía. ¡No lo había visto! —¡Estaba loca de la

alegría!

Siempre iba bien hacer deporte y el agua era mi medio natural. ¡Valoré pasar de la cena y meterme en la piscina durante unas cuantas horas! Pero podía hacerlo más tarde.

—Anoche, después de acostarme con Javi y Silvia, fui a ducharme y lo vi. ¡Es increíble! —aseguró.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —le reproché.

—Creía que ya lo sabías —se defendió—. Bueno, da lo mismo. ¡Ya lo sabes! —celebró.

—¡Qué guay, tía! Me encanta, ¡me encanta ese nuevo vagón! —Aplaudí con energía.

Fabiola me dijo que iba a cambiarse de ropa, a echarse toneladas de desodorante y colonia para camuflar su olor y, después, iría hasta el restaurante para coger mesa y proponerles a sus amantes cenar juntos.

Yo cogí una mochila con ropa limpia, una toalla y gel de baño y me dirigí al vagón donde estaban las duchas, que Fabiola me indicó que estaba a la izquierda, casi al final del tren.

Iba con el subidón de haber descubierto la piscina y el gym, ¡era algo buenísimo donde seguro que pasaba mucho tiempo! En cuanto llegué a mi destino, observé en la puerta una plaquita que indicaba que ese era el vagón de las duchas. No distinguí cuál era el masculino y el femenino, así que supuse que eran unisex, como los baños.

Nada más entrar, se encontraban los vestuarios, que eran individuales. ¡Genial! La privacidad parecía estupenda. Me desvestí, apoyé la mochila en el banquito del vestuario y salí desnuda con el bote de gel de baño en las manos.

Accedí a una ducha individual. Abrí el grifo, el agua resbaló por mi cabeza, después por el cuello y, por último, abrazó todo mi cuerpo. ¡Estaba buenísima! Templada. Me gusta el agua caliente todo el año, aunque estemos en verano. Me enjaboné con mimo, acariciando mi cuerpo con suavidad. A continuación, me lavé la cabeza y, para finalizar, volví a inundarme en agua tibia para eliminar cualquier resto de jabón.

¡Qué gustazo! Disfruté al máximo de la ducha. Repetiría pronto sin lugar a dudas. Entonces, abrí la puerta y salí al pasillo que llevaba a los vestuarios individuales y ¡zas! Me topé con un montón de hombres desnudos. ¿Qué?, ¿de dónde habían salido? Conté uno, dos, tres y ¡hasta cuatro tíos en pelotas! Todos me miraron estupefactos.

—¡Ahhhhhhhh! —chillé avergonzada.

Intenté taparme los pechos y el chichi, pero se me cayó el bote de gel al suelo. ¡Ay, no! ¿Por qué? ¿Acaso eran duchas unisex sin nada de discreción? Yo creía que aquel pasillo era individual.

Me agaché para coger el bote, pero uno de los chicos también lo hizo y por poco chocaron nuestras cabezas. Cuando él se incorporó porque yo seguía agachada para comer el dichoso gel, plantó sus partes nobles delante de mi cara. Entonces, di un saltito hacia atrás de la impresión de tener su juguete tan cerca y resbalé. ¡Sí, como leéis! Me caí al suelo, perdiendo la poca, ¡no!, la poquísima dignidad que me quedaba.

Hice el saludo al sol con las piernas y todo mi cuerpo al desnudo, salvo que aquella vez el saludo no estaba dedicado al astro rey, sino a aquellos cuatro chicos.

Ellos hicieron un amago para ayudarme a levantarme, pero yo los detuve.

—¡No os acerquéis! —grité, súper cortada—. ¡Ya me pongo en pie yo solita!

Estaba tan avergonzada, que me tentó empujarlos y salir corriendo, pero aquel arrebato solo empeoraría las cosas. Así que opté por lo más sensato; ¡atacarlos a ellos!

—Si las duchas son unisex, ¿por qué no está cada uno en su departamento? —pregunté ofendida.

—¿Unisex? —repitió uno con ironía.

—No son unisex, ¡estas son las duchas de los chicos! —aclaró uno riéndose—. Las de las chicas están en la otra punta del tren, para evitar estas confusiones.

¡Mierda! ¿Cómo podía ser tan torpe? Aunque una duda me asaltó.

—¿Dónde lo pone? En la puerta no indica nada —insistí.

—En tu habitación tienes un plano del tren, allí está toda la información de cada uno de los vagones —respondió el hombre.

Era lo peor. Lo reconozco. No habíamos leído el plano e íbamos a lo loco. Tragué saliva, les pedí disculpas e intenté que mi salida fuese lo más digna posible. Me tapé el chichi con una mano y las tetas con la otra. Al dejarlos atrás, moví la mano del *potorro* al trasero, para que no lo pudiesen ver. ¡Como si no lo hubiesen visto ya!, porque yo me harté de ver rabos.

Cuando estaba a punto de echarme a reír por todo lo que acababa de pasar, ¡choqué con otro hombre! Nuestros cuerpos desnudos se golpearon, provocando que diese un pasito hacia atrás. ¡No! ¿Por qué? ¡Era Nacho! Él y yo estábamos desnudos, unos delante del otro.

¡Joder!, ¡estaba buenísimo! Sus abdominales se marcaban, sus piernas eran fuertes y fibradas, no tenía vello en el cuerpo y su pene, ¡no estaba nada mal! Me tentó pedirle que se diera la vuelta para echar un vistazo a su trasero. Sin embargo, cómo imaginaréis, estaba tan en shock, por poco me da un infarto al contemplarlo en pelotas y él a mí. Me llevé con rapidez la mano al *toto* para cubrirlo e impedir que siguiese mirando. Aunque él no apartaba la mirada de mi cuerpo.

—¡No sabía que eran las duchas de los tíos! —me defendí.

—¿Elisa?, ¿es… estás… desnu…? —tartamudeaba.

No sonreía, como siempre. Su cara era un poema. Tragó saliva y se tapó sus partes. Creo que estaba más nervioso que yo, ¡qué ya es decir!

Entonces, ¡otra vez se me cayó al suelo el puto bote de gel! Los dos lo miramos como si fuese una bomba a punto de explotar.

—¡Quédatelo! —chillé—. Ya no lo necesito.

Salí corriendo tan rápido que casi me da una taquicardia. Me encerré en el vestuario. Cogí la toalla, me cubrí el cuerpo y solté un suspiro enorme.

Desde ese momento tenía otro problema; ¿cómo borraba de mi mente la imagen de Nacho desnudo? Mucho me temía que eso iba a ser imposible.

De repente, alguien llamó a la puerta.

—Elisa, soy Nacho. ¿Puedes abrir?

20
¡CALOR!

Mi corazón se aceleró. ¡Nacho estaba llamando a la puerta del vestuario en el que me había atrincherado! ¿Qué quería? ¿Hacerme el amor con locura? ¿Insultarme por todo lo que había pasado? ¿Verme desnuda otra vez? ¡Ay, ay, ay! Sentía que estaba al borde del colapso mental. Intenté tranquilizarme. Respiré profundo antes de contestar.

—¿Qué quieres? Ya te he comentado que me he confundido de duchas —le expliqué de nuevo.

—Si estás visible, abre la puerta, por favor —me pidió.

Me levanté, enrosqué la toalla a mi cuerpo y, antes de abrir, solté un gran suspiro.

¡Madre mía del amor hermoso! Él también llevaba una toalla abrazando su cadera y dejando su toso al aire. Bueno, el torso, los pectorales y los brazos… ¡Casi hiperventilo de la impresión! Quería abrazarle, sentir su piel con la mía y gritarle que mis 12 *points*, ¡eran para él! Ese hombre era un jodido monumento andante.

Estiré la espalda para venirme arriba y hacerme la interesante. Así era yo; después de haber hecho un gran ridículo, aún me creía lo suficientemente sexi para resultarle atractiva. ¡Bien por mí!

—Dime —contesté al verle.

—Esto es tuyo. —Me dio el bote de gel.

—Gracias, Nacho.

Lo cogí y me dispuse a encerrarme de nuevo. Sin embargo, él sujetó la puerta con la mano. ¡Ay, la leche! ¿Qué pasaba?, ¿qué quería? Si pretendía desnudarme y hacerme suya en ese instante, ¡tenía vía libre!

—¡Espera! —exclamó.

—¿Qué? —pregunté acalorada.

No sabía por qué, pero no podía dejar de fantasear con la idea de él y yo follando en aquel vestuario. Eso no era propio en mí. Yo era más mental, menos instintiva, pero tuve que morderme los labios para contener mi deseo hacia él. Aunque quizás haberlo visto totalmente desnudo hacía unos segundos, ayudaba a que mis hormonas estuviesen revolucionadas. Y tenerlo justo delante con solo una toalla en la cintura, ¡era de lo más sugerente!

—Tenemos que solucionar esto —dijo.

«¿La tensión sexual que me asfixia ahora mismo?», quise preguntarle. Sin embargo, me contuve en mi respuesta.

—¿A qué te refieres?

—¡Joder! Al mal rollo que hay entre tú y yo, ¡me caes bien! Esta mañana cuando te has disculpado, me he sentido fatal al ser tan frio. Aunque tampoco me ha gustado que me comparases con tu ex —se sinceró.

Yo agradecí sus palabras y que fuese tan comprensivo. Pero no podía parar de mirar a su entrepierna, que parecía que cada vez era más prominente. ¡No me reconocía! «Aparta la mirada de su pene, so cerda», me ordené mentalmente. «El chico se está volviendo a abrir y tú solo eres capaz de prestar atención a su rabo. ¡Para!» Me sorprendí por mi comportamiento tan fogoso.

—Me parece bien —respondí, desviando la mirada de su paquete y clavando mis ojos en los suyos—. ¡Aquí hace calor!, ¿verdad? —Me abaniqué con la mano.

De verdad, ¡no sabía qué me estaba pasando! Estaba nerviosa, cachonda y avergonzada al mismo tiempo. ¿Existe una palabra que describiese ese estado de ánimo? ¿Gilipollez? Quizás me había vuelto gilipollas con todo lo que me había pasado en los tres últimos días.

—Yo estoy genial —aseguró—. Voy a darme una ducha y si quieres cenamos juntos.

«No quiero cenar contigo, ¡quiero ducharme contigo!», por poco le grito. Entonces, me vino la cordura otra vez. ¿Qué cojones estaba haciendo? No conocía a Nacho de nada y acababa de romper con Iván, ¿en serio quería tirarle los tejos a alguien que apenas sabía nada de él? Mi cuerpo se destensó al llegar a aquella conclusión. Cogí aire y volví a mi lado más racional.

—Me encantaría, Nacho, pero voy a cenar con mi amiga, su amante y la novia del amante, que ahora también es amante de mi amiga —contesté entre risas.

—¿Qué?

—Lo que oyes; resulta que ahora se lo montan los tres —aseguré, poniendo los ojos en blanco.

Entonces, se me ocurrió una idea. Fabiola había improvisado e invitado a la cena a quien le dio la gana, ¿no? ¡Pues yo también iba a hacerlo!

—Nacho, ¿te apetece apuntarte a la disparata cena?

21
POLIAMOR

—¡Soy poliamorosa! —confesó Silvia, la novia de Javier y, también, amante de Fabi.

Después del erótico encuentro con Nacho en las duchas, quedamos en que nos veríamos pasada media hora en el restaurante del tren. Yo fui a mi habitación para terminar de arreglarme. Como imaginaréis no me sentía muy cómoda en el vestuario masculino, así que me vestí deprisa y decidí que acabaría de rematar mi look en otro lugar menos hostil. ¡Ya había tenido suficientes emociones fuertes al ver a tanto tío desnudo!

Una vez en mi habitación, me ajusté el vestido blanco, que tan bien me quedaba. Luego me puse unas sandalias a juego y un collar del mismo color. Sí, chicas; estaba en Cannes, pero me creía la reina de Ibiza, ¡mi *look* era el típico de la isla!, solo me faltaban un gran sombrero de paja y unas gafas de sol. Sin embargo, como no íbamos a bajar del tren, decidí no ponerme nada más. El pelo lo dejé suelto, me encantaba como me quedaba así, aunque me diese mucho calor. Antes de salir, me miré en la pantalla del teléfono y me vi realmente guapa. Sentí una descarga de energía positiva recorriendo mi cuerpo. Después, bloqué el móvil, ¡estaba lista para ir a cena! Pero me sentí un poco triste. Vino a mi mente el recuerdo de cuando me arreglaba e Iván me decía lo impresionante que estaba.

Me quedé mirando al infinito durante unos segundos, instalada en el pasado, viviendo en ese momento fugaz que tal vez no volvería a suceder nunca más.

—¡Pues él se lo pierde! —exclamé, reafirmando mi ego.

Ya estaba harta de llorar por él. Aceptaba que esos recuerdos me visitaran por sorpresa, ¡era normal! Todo estaba súper reciente. Sin embargo, me negaba a dejarme arrastrar por la pena y la nostalgia que me provocaba un capullo egoísta que seguramente no perdía ni un segundo de su tiempo en pensar en mí.

Gané seguridad. ¡Mucha! A veces me sorprendía de cómo era capaz de venirme arriba por mí misma. ¿De dónde sacaba tanta fuerza? Creo que era del amor propio. De adolescente sufrí el rechazo de mucha gente del instituto por ser la niña rarita de la clase. Pero gracias a que tengo unos padres maravillosos, que siempre me apoyaron, y que Fabiola es una amiga insuperable, pude comprender que yo valía muchísimo y que la gente que se metía conmigo era la rara. Porque «lo normal es respetar a cada uno como es y no humillarlo porque sea diferente a ti», ese era el lema de mi padre. Me lo dijo tantas veces que nunca me sentí mal. Gracias a ellos me acepté desde bien joven y mi amor propio se fortaleció con el paso de los años. Además, iba y voy a terapia cuatro veces al año con una psicóloga estupenda. No es que me sienta mal, pero os aseguro que las visitas rutinarias a un profesional de la salud mental son un gran hábito.

Continúo, ¡qué me voy por las ramas! En cuanto salí de la habitación, me dirigí al restaurante. Allí me encontré con Nacho, que estaba esperándome en la puerta. Lo primero que pensé es que había sido increíblemente rápido en ducharse y arreglarse. Aunque yo también me demoré más de la cuenta en acicalarme. Lo segundo que vino a mi mente fue «¡Está guapísimo el cabrón! La camisa azul le sienta genial y el vaquero le hace un culo tremendo».

Él me saludó mientras mostraba una gran sonrisa antes de darme dos besos, uno en cada mejilla. Esos besos me quemaron. Sus labios parecían de fuego. En ese instante entendí que entre Nacho y yo existía una conexión más fuerte que una bonita amistad, ¿hacia dónde nos llevaría?

Después, nos acercamos a la mesa en la que estaban Fabiola, Javier y Silvia. Nos sentamos,

hicimos las presentaciones pertinentes y pedimos la cena al camarero. La conversación era amena, divertida y de lo más sugerente. Entonces, Silvia nos confesó su orientación en las relaciones amorosas.

—¿Qué significa exactamente que eres poliamorosa? —Se interesó Nacho.

Silvia sonrió.

—Estoy enamorada de mi chico. —Pasó la mano por la espalda de Javier—. Sin embargo, eso no significa que tenga que privarme de disfrutar del sexo con otras personas.

—Entonces, no estás muy enamorada, ¿no? —solté sin pensar.

—¡Qué aburridos sois los tradicionales! —bufó entre risas—. Le quiero con locura, ¡le amo! Llevamos seis años juntos y nuestra vida en común es maravillosa. Pero la llama de la pasión ya no es la misma de antes. Así que, ¿por qué no podemos echarle más leña al fuego? —Levantó el entrecejo con picardía—. Abrir nuestra relación a nuevas experiencias, a sexo salvaje con otras personas o a incluir a alguien más en nuestra intimidad como una tercera integrante de nuestra pareja… es algo maravilloso.

No comprendía nada. ¿Eso era amor? Estaba súper confundida.

—A ver si me aclaro porque soy un poco tradicional —ironicé ante su comentario—. ¿Quieres a Javier, pero no te importa que se folle a otras mujeres o que tú te zumbes a otros tíos?

—No es incompatible —aseguró—. Yo no me imagino mi vida sin él, ¡me daría pánico no formar parte de su día a día! Pero, ¿por qué tenemos que hacer todo juntos? Hago deporte sin él, voy a trabajar sin él. Nado, corro, veo series sin él. ¿Por qué no voy a poder tener sexo sin él? Otra cosa es que se enamore de una mujer que no sea yo y decida apartarme de su camino, ¡eso sí que me disgustaría! Sin embargo, si se acuesta con otra mujer y disfruta, ¡eso que se lleva! Y si después practica conmigo todo lo que ha aprendido en su aventurilla, ¡pues genial!

Yo estaba alucinando con la respuesta de Silvia. A ver si tenía razón y yo era demasiado tradicional como para comprender su punto de vista.

—No te puedes ni imaginar lo mucho que ha ganado en la cama desde que se acuesta con Fabiola —continuó con su explicación—. Además, el muy torpe ya me ponía los cuernos y pensaba que yo no me enteraba. ¡Qué ingenuo! Pero si tengo que ser sincera, yo también necesitaba algo más en nuestra relación. Me sentía frustrada y estancada, aunque no había dejado de querer a Javier. Entonces, ¿por qué no íbamos a probar el poliamor? Los dos nos queremos y dejamos que nos quieran más personas.

—¡A mí me parece fantástico! —añadió Fabi.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Nacho a Javier.

El *macho alfa* del trío aún no se había pronunciado.

—No sé… yo soy más tradicional…

—¡No te jode! Tú eres de que tu novia te sea fiel, mientras eres incapaz de guardar tu pajarito —espeté por inercia.

Silvia se echó a reír.

—¡Exacto! Para que se lo pase bien él solo, prefiero divertirme yo también —añadió ella—. Nos queremos, queremos estar juntos, pero sentimos la necesidad de acostarnos con más personas. ¡Esa es nuestra relación! Yo ya lo he aceptado, ahora le falta a él.

—Creo que también lo he aceptado, cariño —se defendió Javier—. De lo contrario no hubiese hecho el trío con Fabiola.

—¡Claro, guapete! Con ella es muy fácil que te parezca bien, ya veremos cómo te tomas que me acueste con otro hombre —expuso Silvia.

Antes de continuar, os cuento cómo era Silvia. Era una mujer muy atractiva. Metro ochenta

de altura, como mínimo. Tenía unas piernas largas, preciosas. Su piel era blanca, su cabello rubio y lo llevaba rizado. Destacaban sus ojos verdes y trabajaba como monitora en un gym, ¡así que imaginaos el cuerpazo que tenía! Aquella mujer era un bombón. Y lo que más me estaba gustando de ella era su personalidad arrolladora y su valentía. Joder, Silvia me caía genial.

—¿Te hace feliz ese estilo de relación? —pregunté porque estaba empezando a comprender su filosofía sentimental.

—Cariño. —Me miró a los ojos con seguridad—. ¡Me hace súper feliz! Después de tanto tiempo atrapada en una relación con Javier, que me producía claustrofobia, y del estrepitoso fracaso de mis anteriores relaciones sentimentales, he comprendido lo que me pasaba. ¿Sabéis cuándo lo comprendí? Cuando pillé a mi novio besándose en la calle con Fabiola. No sentí celos, ¡sentí morbo! Y entonces lo comprendí, ¡soy poliamorosa! Quiero a Javier, pero no quiero limitarme en mis relaciones sexuales y sentimentales.

—Pues ese hallazgo tan importante para tu felicidad, ¡hay que celebrarlo! —exclamó Nacho.

Me encantó que fuese tan comprensivo y tolerante con Silvia. Así que decidí apoyarle en su festejo.

—¡Desde luego! Hay mucha gente que tarda años en saber qué es lo que quiere en la vida y mucha gente que sabe lo que quiere, pero no se atreve a lanzarse a por ello. Silvia eres súper valiente —señalé con alegría.

Fabiola se puso de pie y comenzó a aplaudir. Todos estábamos muy contentos por la revelación de Silvia, salvo una persona que parecía preocupado, Javier. ¡Qué fuerte! Ahora que su novia también iba a hacer lo que le diese la gana respecto al sexo, con el pequeño matiz de que todo iba a ser consentido por parte de ambos, ya no estaba tan contento. Menudo egoísta; él sí que podía tirarse a quién se le antojara, pero Silvia no. ¡Ahora le tocaba aguantarse si no quería perder a una mujer tan interesante y genuina como lo era su novia! «JÓ-DE-TE» pensé. Aunque, si queréis que os diga la verdad, no comprendía su malestar. Él iba a poder seguir acostándose con quién se le antojara y ella parecía súper enamorada de Javier. La situación era la misma, ¿no? ¡Ah, ya! Lo que no le gustaba era compartir a su novia. Pues más le valía que no fuese tonto, porque seguro que esa pedazo de mujer estaba en el punto de mira de muchos chicos y chicas. Y, no sabía muy bien por qué estaba enamorada de Javi. Ya podía cuidarla si no quería perderla.

—Nunca he probado el poliamor —confesó Nacho—. Creo que no encajo en ese tipo de relaciones porque ya me complico la vida saliendo con solo una mujer, ¡así que imaginaos con más! —bromeó.

—Opino lo mismo —le di la razón.

Apoyé la mano en la pierna de Nacho. Noté un pequeño chispazo, que me alteró por completo. Sin embargo, no aparté la mano. Decidí mantener el contacto. Él me miró con cariño y sonrió. Me gustó su reacción. Me gustaba mucho su compañía.

—Al contrario, chicos. En una relación abierta todo es más sencillo porque te abres a más personas y experimentas más sensaciones. Todo fluye mejor —aseguró Silvia—. Aunque he de respetar a la gente que es monógama o más tradicional, al igual que yo pido que me respeten a mí.

—Oye, chica. ¡Me caes fenomenal! —Abracé a Silvia—. Haces que todo sea súper fácil y, además, eres muy respetuosa con todos. ¡Estás siendo un gran descubrimiento!

—¡Dímelo a mí! —exclamó Fabi.

—Javier, ¡eres el tío más afortunado del mundo al compartir relación con Silvia y Fabiola!

—aseguró Nacho.

No echamos a reír. Servimos un poco de vino en nuestras copas y disfrutamos de las delicias que habíamos pedido para cenar. De primero, crema de marisco. De segundo, entrecot con patatas fritas y de postre… De postre nada, ¡estaba llena! No podía comer más.

Cuando estábamos tomando los cafés, Silvia lanzó una pregunta que me dejó descolocada:

—¿Vosotros estáis juntos? —Nos señaló a Nacho y a mí.

Me puse nerviosa. Me atraganté con el cortado que estaba bebiendo y no sé por qué solté una enorme carcajada. A los pocos segundos conseguí calmarme. Sin embargo, no pude decir nada.

—Nos hemos visto desnudos —bromeó Nacho—. Eso ya es algo, ¿no?

—¿Os habéis visto en pelotas? —preguntó Fabiola intrigada—. ¿Cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo?

—En el vagón de las duchas que me indicaste, que resulta que es para caballeros —le reproché—. El de mujeres está justo en la otra punta. ¡Me has enviado a ducharme al de chicos!

—¡No jodas! —soltó mi amiga—. Anoche, cuando me duché, no había nadie. No tenía ni idea de que fuese el de hombres.

—Lo pone en un plano o algo así que hay en cada habitación —expliqué—. Yo, ignorante de mí, me he duchado allí y al salir me he topado con un montón de hombres con el rabo al aire. He de añadir, aunque es evidente, ¡que yo estaba desnuda!

Todos se partieron de la risa.

—¡Eres única metiéndote en este tipo de líos! —aseguró Fabi.

—Ha sido por tu culpa. —La señalé mientras me reía. En ese momento la anécdota me resultó de lo más graciosa. Sin embargo, fue bastante traumático vivirlo—. Y después, me choqué con Nacho, que también estaba con el pajarito al aire, y por eso nos hemos visto desnudos.

—¿Y cómo lo tiene de grande? —guaseó Silvia.

—¿Qué pasó después? —Quiso saber Fabiola.

—Lo del tamaño os lo cuento después, cuando no esté Nacho delante —bromeé—. Y lo que pasó después fue que yo me asusté porque estaba abrumada de ver tanto rabo suelo y me encerré en el vestuario. Una vez con las toallas cubriendo nuestros cuerpos, quedamos para cenar.

—Oye, pues si hay tanta diversión en esas duchas, ¡luego hacemos una visita! —le propuso Silvia a Fabiola.

—¡Me parece genial! —aseguró mi amiga.

¡Vaya par! Todo apuntaba a que iban a crear una relación maravillosa. Lo que no estaba muy segura era de qué… ¿amistad?, ¿amor?, ¿placer? Aunque tampoco me importaba mientras fuesen felices.

De repente, mi pulso se aceleró. Alguien estaba acariciando mi pierna por debajo de la mesa. Tragué saliva y sentí un *gustirrinín* inmenso cuando Nacho me sonrió.

¡Él era el que me estaba metiendo mano!

22
SON INSISTENTES

Me estremecí al notar su mano acariciando mi pierna. ¡Uf!, fue suave e intenso al mismo tiempo. No me hubiese importado que deslizara sus dedos por otras partes de mi cuerpo. Nacho conseguía que olvidara mi pasado, mi formalidad y hasta mis propias reglas. Esas que me había marcado para no emocionarme demasiado cuando conocía a alguien me llamara la atención.

—No habéis respondido —señaló Silvia, devolviéndome a la realidad—. ¿Estáis juntos o no?

Entonces levanté un poco la pierna para que Nacho dejara de tocarme. No quería que nadie se diese cuenta de nuestro gesto *eroticofestivo*.

—Me acaban de romper el corazón, así que no estoy preparada para enamorarme de nuevo —mentí.

—¿Quién ha hablado de amor? —preguntó ella entre risas—. Me refiero a si os habéis liado.

—No, aún no —contesté.

—¿Aún? —repitió mi amiga sorprendida.

¡Mierda! Acababa de dejar en evidencia que tenía ganas de probar los labios de Nacho. Tenía que rectificar corriendo para que nadie sospechara de mis deseos más ocultos. ¿Por qué? No lo sabía, pero necesitaba corregir aquel desliz.

—Es una forma de expresarme —bufé—. Como nos hemos visto desnudos, por eso he dicho «aún» —reí nerviosa.

¡Ay, qué mal mentía! La excusa era pobre y sin sentido, pero mi agilidad mental no daba para más. Así que, para rematar la faena, me encogí de hombros mientras sonreía avergonzada.

—Es una forma de expresar que te mueres de ganas por comerle la boca. —Fabiola me dejó en evidencia. ¡Me hubiese encantado abofetearla delante de todos!, pero me contuve.

—No es cierto, ¿cómo voy a querer hacer eso? —Lo habéis adivinado, ¡comenzaba a ponerme histérica! Si seguían insistiendo en que me gustaba Nacho, pronto me vendría abajo y confesaría que me atraía tanto como el helado en un día triste.

—Oye, ¿tanto asco te doy? —se defendió Nacho entre risas.

—No, no… pero te veo más como un amigo —volví a mentir.

Silvia soltó un suspiro de lo más exagerado.

—Es una pena que no hayáis dado ese paso «aún». Hacéis una pareja estupenda —confesó ella—. Espero que antes de que acabe este viaje folléis en algún vagón del tren.

—Antes me gustaría saber algo más de Elisa… Como, por ejemplo, cómo se apellida o en qué era trabaja —ironizó Nacho, criticando las prisas desmesuradas en las relaciones actuales.

—Su apellido es Navarro y trabaja como profesora online, ¡ya podéis acostaros! —añadió Fabiola, partiéndose de la risa.

Lancé una mirada asesina a mi amiga. En parte me gustó su atrevimiento, ¡me estaba poniendo las cosas fáciles con Nacho! Sin embargo, tenía que aparentar una actitud fría y hacerme la interesante. ¡Ay!, me dio rabia ser tan formal. ¿Por qué en muchas ocasiones mostrábamos una imagen que no correspondía a la realidad? ¿Por el qué dirán? ¿Por resultar más «normales» dentro de una sociedad que marca las pautas en todo? Ya estaba harta de que me dijeran cómo tenía que vestir, actuar y comportarme para ser «normal». A todos nos tenían que

gustar las mismas series, leer los mismos libros, seguir a las mismas *influencers* o comprar las mismas marcas para creernos que estábamos más aceptadas por la sociedad. ¡Menuda locura! Cada una es de su padre y de su madre y, por lo tanto, ¡los gustos son diferentes! Y tienen que ser respetados, ¿no? Pues yo era de ese tipo de personas que seguía un poco el rollo a los demás y mantenía la compostura para no ir a contracorriente y dar la nota.

Aunque lo que era más surrealista es que estaba ocultando mis sentimientos para sentirme más «normal». Era evidente que Nacho me gustaba. Sin embargo, no era capaz de reconocerlo en público porque eso no era lo que se esperaba de alguien a la que acababan de dejar. Lo lógico es que llorara por sentirme abandonada y no abriese las puertas al amor, ¿no? Aunque una cosa os diré; el amor no entiende de lógica ni de reglas.

Pero había un pequeño detalle que no podía obviar; no estaba segura de lo que sentía por Nacho. Apenas lo conocía. Sabía que me revolucionaba cuando lo tenía cerca, que me hacía sentir genial y que necesitaba conocerlo más. Sin embargo, no podía asegurar nada más. Entonces, ¿iba a exponerme por algo que no sabía hacía dónde iba?

—¡No vamos a follar! —exclamé.

—¿«Aún» no? —preguntó mi amiga, haciéndome la burla.

—Ni aún, ni nunca —respondí nerviosa, sin saber muy bien lo que decía.

—¿Nunca? —Nacho parecía sorprendido.

—¡Uy, nena! Tú estás pilladísima por este monumento de hombre —aseguró Silvia.

Tragué saliva. Empezaba a sentirme muy incómoda. ¿Qué podía hacer? ¿Marearme?, ¿desmayarme por la presión del momento? O, ¿confesaba que me gustaba?

Entonces Nacho salió en mi defensa.

—Creo que Elisa ya ha tenido suficiente interrogatorio por vuestra parte —señaló en un tono amable—. No me parece que sea buena idea agobiarla a responder con quién se va a acostar después de su ruptura amorosa.

¡Era un amor de hombre! Me entraron ganas de abrazarlo por ser tan comprensivo y rescatarme de una situación tan molesta para mí.

Le mostré una gran sonrisa como muestra de agradecimiento.

—Gracias —susurré—. Estas dos brujas son tan para cual. Si las dejas continuar, son capaces de liarme con todos los chicos del tren —bromeé para quitar importancia al tema.

—Y con las chicas también. —Silvia me siguió el juego.

—Entonces, para que me aclare con mi nueva situación sentimental —intervino Javi, que solo pensaba en su problema—. Si me apetece, ¿puedo acostarme con Elisa?

¡Bravo! Este tío era gilipollas a un nivel alarmante. ¿Cómo podía ser tan simple? Además, no le importó demostrar que nuestra conversación le resultaba poco o nada interesante, ¡él seguía dándole vueltas a lo de antes!

—Ni loca me acostaría contigo, ¡antes me lo monto con Silvia! —respondí con ironía.

—¡Ay, yo encantada, cariño! —contestó ella entre risas.

—Javi, puedes acostarte con quién te dé la gana siempre que lo hagas con protección, que no se lo ocultes a tu novia y que no rompas tu vínculo con ella —le aclaró Fabiola.

—¿De verdad? —insistió.

—Cariño, luego te lo vuelvo a explicar —bromeó Silvia.

Nos echamos a reír todos menos Javier.

La velada transcurrió de una forma agradable; continuamos con las risas, las confesiones y nos unimos como grupo. Sobre la una de la madrugada, Silvia, Fabi y Javier se despidieron de nosotros para ir a su habitación a «perder la cabeza entre las sábanas», tal y como aseguró mi

amiga.

Nacho y yo decidimos compartir un cubata más mientras conversábamos tranquilamente.

Él se puso de pie y me cogió de la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté sorprendida.

—Levanta —me ordenó con dulzura—. Quiero llevarte a un lugar increíble.

23
FIRMAMENTO

¿Cuántos vagones había en ese tren? ¡Ese era precioso! Eran las dos y cuarto de la madrugada y acabábamos de llegar a Cannes. El tren pasaría la noche y el día siguiente en la estación. Sin embargo, no estábamos a cubierto, sino en un andén al aire libre.

Yo aún no podía creer lo maravilloso que era ese lugar. Nacho me había llevado al vagón mirador, que hasta ese instante desconocía su existencia. Tenía que mirar el plano del tren para saber cuántos vagones más ignoraba. En fin, os prometo que era fascinante. El vagón constaba de asientos reclinados a lo largo de la estancia y un impresionante techo acristalado para contemplar el firmamento y las estrellas. ¡Era una fantasía!

Nacho y yo estábamos tumbados en los asientos, uno al lado del otro, sin poder apartar la vista del cielo oscuro y estrellado. Fue un momento único, que jamás podría olvidar. Además, su presencia me reconfortaba, su olor encendía mis sentidos y nuestra conversación era muy interesante.

—¿Así que eres profe? —Se interesó.

—Sí. Doy clases en una plataforma *online* de nutrición y alimentación saludable —le expliqué—. También imparto cursos presenciales en Madrid.

—¡Qué interesante! —celebró Nacho—. Cómo comemos es súper importante.

—Es fundamental para nuestro bienestar físico y mental. Aunque he de confesarte que estos días me estoy saltando todas las normas nutricionales y estoy comiendo y bebiendo de todo —aseguré no muy orgullosa de mi actitud.

—¡Chica, estás de vacaciones y *postruptura* amorosa! No te tortures —bromeó.

Solté una carcajada ante su comentario.

—Tienes razón. En este viaje me merezco muchas alegrías para el cuerpo.

¡Supe cómo había sonado aquella frase al escucharla en voz alta! Sin embargo, no me importó. Tal vez la ausencia de las dos féminas traviesas de Fabiola y Silvia, me ayudó a tranquilizarme ante Nacho.

—¿Y tú a qué te dedicas? —disparé con curiosidad.

—Soy abogado medioambiental —respondió.

—Oye, no está nada mal —intenté que no se diese cuenta de que no sabía muy bien en qué consistía su trabajo.

—No sabes a qué me dedico, ¿verdad? —intuyó.

—¿Salvas bosques y selvas? —Entrecerré los ojos.

Nacho soltó una gran carcajada.

—¡Cuánto mal ha hecho el cine en mi profesión! Nos ven como activistas que nos encadenamos a árboles para salvarlos de la tala —rio—. Aunque no te voy a engañar, en mi adolescencia me até a varios árboles junto a varios amigos para protestar por la deforestación masiva.

¡Joder!, ¡qué tío tan valiente! ¿Acaso era perfecto el muy cabrón? Yo en mi adolescencia solo pensaba en maquillarme, salir con mis amigas de fiesta y no regresar muy pedo a casa para que mis padres no me castigaran.

—Gestiono asuntos legales relacionados con la protección del medio ambiente. Lo que más hago es asesorar jurídicamente a empresas en materia de Derecho Ambiental. Así evitan multas y

protegemos al medio ambiente —explicó.

—¿Eres vegano? —pregunté por inercia.

—No, he cenado entrecot, ¿no lo recuerdas?

No sabía muy bien por qué, pero al relacionarlo con el cuidado del medio ambiente y al ser una experta en nutrición, deduje que su alimentación era vegana. Sin embargo, obvié que había comido carne hacía unas horas. Mis neuronas solían fallar cuando estaba al lado de alguien que me gustaba. ¡¿Qué le iba a hacer?! Seguro que a vosotras os pasa lo mismo.

—Es verdad —respondí—. Pensé que estabas a favor de la comida sin nada animal.

—Lo he intentado varias veces —aseguró.

¡Lo sabía! ¿Veis cómo no estaba tan confundida?

—Sin embargo, no soy constante porque estoy acostumbrado a comer fruta, verdura, frutos secos, pero también pescado, huevos y carne —añadió—. ¿Y tú?

—Sigo la dieta mediterránea casi al cien por cien —le expliqué—. Eso significa que como de todo.

Nos echamos a reír sin saber muy bien el porqué. Quizás fue debido a la complicidad que se estaba creando entre nosotros.

Nos miramos a los ojos. ¡Fue intenso y, al mismo tiempo, relajante! Estaba disfrutando muchísimo de su compañía. Esperaba que él, también. Después, fijé mis ojos en las estrellas.

—¿En qué piensas? —disparó.

En lo caprichosa que era la vida. En cómo había cambiado todo mi destino por culpa de una llamada cobarde. En que era la primera vez en mucho tiempo, que todo se escapaba de mi control. No sabía qué iba a hacer mañana… Y, aun así, dentro de esa angustia, me sentía bien.

—En que a veces nos complicamos la existencia de forma gratuita —contesté con los ojos vidriosos.

—¿A qué te refieres?

—Estoy en un tren de ensueño, visitando ciudades preciosas, comiendo de lujo, conociendo a gente increíble, como a Silvia, a Lorena o a ti, y he sido incapaz de ver el lado bueno de todo esto.

—Es injusto que te recrimines tu actitud —me cortó—. Acabas de vivir una ruptura, que tienes que procesar y asimilar. Creo que estás bastante bien y te estás esforzando para no caer en la queja y en el lamento.

Me gustó su comprensión y, en parte, tenía razón. Sin embargo, no quería desaprovechar aquel maravilloso viaje, que tantas cosas podía enseñarme. Podía empaparme de otras culturas, abrir la mente al visitar ciudades nuevas, aprender de la gastronomía local para mejorar en mi profesión… ¿Iba a rechazar todo eso por quedarme instalada en el pasado, llorando por un amor que quizás no volvería nunca? ¡No! Ni hablar. ¡Joder! Me encantaba cuando el lado más racional de mi mente se despertaba para ayudarme a ser consciente de lo afortunada que era, pese a que no saliesen las cosas como yo había planeado.

¿Había imaginado mi futuro con Iván?, ¡claro! Pero eso ya no era una posibilidad. ¡Él me echó de su lado! Entonces, ¿por qué tenía guardarle luto? ¿Por masoquismo? Sabía que en esas ocasiones era recomendable sanar las heridas. No obstante, ¿tenía que hacerlo llorando o podía recomponerme disfrutando de la vida? ¡Elegí la segunda opción!

—Es cierto. La vida te pone oportunidades maravillosas cuando menos te lo esperas —aseguré.

Sentí un chispazo cuando nuestras miradas se encontraron. Un calor extremo abrazó mi cuerpo cuando acortamos el espacio entre nuestras bocas.

—Esas oportunidades hay que aprovecharlas cuando se dan, ¿no crees? —susurró.

Nuestros cuerpos se atraían como imanes. Mi instinto me reclamaba que lo besara, que fundiera mis labios con los suyos y saciara, de una vez, mi sed de él.

—Ya no sé ni en lo que creo… he decidido dejarme llevar.

24
BORRACHERA

Ahora me encantaría deciros que Nacho y yo nos besamos, abrazamos y nos dejamos llevar por la pasión. Que no pudimos contener nuestro instinto más salvaje y que fuimos a su habitación, ¡no!, mejor al vestuario morboso donde lo encontré medio desnudo, y que hicimos el amor como animales.

¡Eso es lo que me hubiese gustado contaros! Sin embargo, no pasó nada de eso. Cuando estábamos a punto de besarnos, uno de los azafatos del tren entró en el vagón chillando: «¡¿alguien de los que está aquí es el novio o el hermano de una chica que se llama Lorena!?». En ese instante supe que el momento de intimidad se había evaporado.

Nacho se levantó de un salto, seguro que estaba asustado porque yo me preocupé muchísimo. Se levantó y se acercó al chico que lo llamaba.

—Soy yo. Yo soy su her… su novio. ¿Qué pasa?, ¿Lorena está bien? —preguntó.

—Acompáñeme, por favor —le pidió el azafato.

Yo me levanté a toda velocidad y los seguí por los vagones.

—¿Qué sucede? —insistí.

—Lorena está en la cafetería. Ha bebido muchísimo y está montando un show de órdago —explicó el joven mientras caminaba cada vez más rápido—. Es muy tarde y está molestando a todo el mundo. Además, nos da miedo que, con el pollo que está montando, despierte a los demás pasajeros.

—Joder —susurró Nacho con cierta preocupación.

—Le hemos preguntado cómo se llamaba y quién era su acompañante. Ha respondido que se llama Lorena y que viajaba con su hermano-novio o algo así. ¡Pobrecita, va tan borracha que no sabe lo que dice! —supuso el chaval.

—Eso es —apuntó Nacho. Le siguió el rollo al azafato para que no descubriesen que eran hermanos.

—Está como loca. Asegura que no sé quién le ha mandado un mensaje y que quiere matarlo —continuó el joven. Nos detuvimos delante de la puerta de la cafetería y, antes de entrar, añadió —: En todos los meses que llevo trabajando aquí, y va camino de un año, no había visto a nadie tan agresivo.

«No será para tanto», pensé. Sin embargo, cuando accedimos a la cafetería, ¡casi me dio un soponcio al ver la que había montado Lorena! Estaba subida encima de una mesa, chillando a todo volumen: «¡Lo mato!, ¿ahora me hace esto? Yo lo mato».

Me llevé la mano al pecho al ver que había tirado sillas, vajilla y manteles al suelo. ¡La chica estaba fuera de sí!

—¡Joder! ¿Qué le ha pasado?, ¿cuánto ha bebido? —pregunté.

—Lo que os he comentado ahora; ha dicho que alguien le ha mandado un mensaje y ha estallado. Lo de las copas lo desconozco. Solo sé que yo le he servido dos cubatas, pero creo que ya iba algo ciega —aclaró el azafato.

—¿Y para qué le pones más alcohol si creías que iba borracha? —le increpé.

—Yo estoy aquí para hacer lo que me piden los clientes —se excusó. Entonces se giró hacía Nacho—. ¿La conoce?, ¿es su pareja?

—Me temo que sí que la conozco y sé perfectamente lo que le pasa —aseguró mientras

miraba a su hermana con los ojos vidriosos—. No puedo dejarla sola.

—¿Crees que Héctor le ha enviado un mensaje? —le pregunté en voz baja.

—Seguro. Es el único capaz de volverla así de loca —contestó.

A continuación, se acercó hasta donde estaba Lorena e intentó tranquilizarla.

—Lorena, cariño, ¿estás bien? —Extendió el brazo para coger de la mano a su hermana y ayudarla a que bajara de la mesa—. Ven, cálmate, vamos a la habitación y me cuentas qué ha pasado, ¿vale?

Su hermana se derrumbó y saltó para abrazarlo.

—Nacho, ¡Héctor es un cabrón! —sollozó ella.

—Lo sé. Ahora me lo explicas, ¿ok? —Nacho se mostró cariñoso con Lorena. Me encantó su actitud. En lugar de reprocharle su mal beber, quiso brindarle su apoyo—. Has montado una buena aquí. Me gustaría que, antes de marcharnos, te disculparas con los trabajadores y los pasajeros.

Todos miraban a Nacho y a Lorena estupefactos. No daban crédito de lo buen domador de fieras que era el abogado. Lorena se limpió las lágrimas con los puños antes de hablar.

—Estaba esperando una llamada para un trabajo que le apasionaba y le han enviado un mensaje diciéndole que no estaba seleccionada —mintió él.

—¡Me he pasado un poco! ¿Podéis disculparme? —añadió ella—. Aunque la vida sea una puta mierda y las personas que más quiero no dejen de putearme, ¡vosotros no tenéis la culpa de nada!

Entonces, corrí hacía ellos para impedir que Lorena continuase hablando y se fuese de la lengua.

—Hola, Elisa… *hip*… ¿ya os habláis mi *hermano-lover* y tú? —preguntó.

¡Joder! El aliento le apestaba a ron. Asentí y la cogí de la cintura.

—Sí, ya nos hablamos —susurré—. Vamos a llevarte a la habitación y descansas un poco.

Mientras salíamos de la cafetería, Lorena se puso a cantar *Te felicito* de Shakira. Nacho se disculpó otra vez antes de marcharnos.

—La canción se la dedico a Héctor, ¿cantas conmigo? —me dijo Lorena.

—Es que no me la sé —mentí, pero no tenía ganas de improvisar un karaoke.

—Mientes fatal, Eliiiiiiisa. Al igual que disimulas, *¡hip!*, súper mal que mi hermano te gusta —añadió, dejándome helada.

Oye, ¡sí que estaba intensita la tía! Tardamos dos minutos en llegar a la habitación de ellos, que se me hicieron eternos. Nacho acostó a su hermana en la litera de abajo y después se acercó a mí, que estaba en la puerta.

—¿Necesitas más ayuda? —Me interesé.

—No, gracias —contestó al mismo tiempo que me cogía de la mano—. Voy a quedarme con ella. Averiguaré qué le ha pasado e intentaré que se duerma.

—Todo apunta a que ha recibido un mensaje de su exprometido, ¿no?

—Eso parece —supuso.

—Si necesitáis algo más me avisas, ¿vale? —Me ofrecí.

—Claro. Ahora en un rato de busco en Instagram, ¡ya sé tu nombre y tu apellido! —bromeó —. Y estamos en contacto.

—¡Genial! Bueno… yo me voy. Mañana nos vemos.

—Ha sido una noche maravillosa —añadió—. Aunque mi hermana nos la haya arruinado un poco.

—Pobreta, tienen el corazón roto, la entiendo. No comparto sus formas —reí—, pero la

comprendo.

—Gracias, Elisa. Buenas noches.

—Buenas noches.

Salí de la habitación. Nos despedimos sin un beso, sin una caricia, sin la promesa de retomar nuestro momento íntimo. Aunque en realidad era mejor así. Me abrí a la incertidumbre, porque Nacho me estaba sorprendiendo más de lo que lo había hecho cualquier hombre. Y eso era brutal.

25
MENSAJES QUE NO DEJAN DORMIR

Cuando llevaba un buen rato durmiendo, me despertaron varios mensajes que recibí. ¿Sería Nacho el que me escribía? Me ilusioné al creer en esa idea. Sin embargo, cuando comprobé quién era el remitente, mi emoción se vino abajo.

Aunque creo que lo que más me disgustó fue el contenido de los mensajes, que descubrir que Iván eran quien me escribía.

He dudado en responderte o no. Has sido muy borde, ¿no crees? No me merezco que me digas que me meta por el culo tus cosas. O que me eches en cara que soy un egoísta.

Respiré hondo para leer los siguientes mensajes.

¿De verdad piensas eso de mí? ¿Acaso crees que esta decisión es fácil para mí?

¿Por qué hacía eso?, ¿por qué? ¿Pretendía volverme loca?

Leí el siguiente y último de sus mensajes.

¿Dices en serio que no te escriba más? ¡Joder, Eli! Pensaba que eras más madura.

Quise llorar. Os lo prometo. No entendía nada. Me tentó llamarle y pedirle cientos de explicaciones. Necesitaba saber qué era lo que estaba pasando. Sin embargo, al leer de nuevo los tres mensajes de WhatsApp, me di cuenta de que Iván estaba quitándose de encima toda la responsabilidad de sus actos y, para variar, me acusaba a mí de ser la mala de la historia. ¡Típico en él!

¡No! Ya no caía en su juego. Estaba tomando distancia para observar mejor su forma de actuar y, ya de paso, aprender a no caer en sus provocaciones. Ese carbón me iba a joder la noche, porque sabía que con aquella ansiedad que me había provocado él, iba a ser incapaz de pegar ojo. No obstante, me negaba a darle el gusto de responderle con una disculpa por mi parte. ¡Eso era lo que buscaba! Pero no lo iba a conseguir.

Bloqueé la pantalla del teléfono. Suspiré malhumorada antes de sentarme sobre la cama y mirar por la ventana.

—Y, ¿ahora qué hago? —susurré.

Fabi estaba con sus amantes durmiendo o follando, ¿quién sabía? Eran las cuatro de la madrugada y no tenía nada qué hacer. ¿Leía un rato? Había traído el lector electrónico de libros con un montón de *ebooks* romanticones para distraerme. O, quizás, podía darme un baño en la mini piscina. Seguro que a esa hora no había nadie.

Entonces recibí otro mensaje.

Puse los ojos en blanco. No tenía ganas de volver a disgustarme con las quejas de Iván. Aun así, desbloqueé la pantalla para averiguar qué narices quería. Y, ¡zas!, el mensaje no era de mi ex. Nacho acababa de escribirme en Instagram por privado. Lo leí:

Elisa, ¡me encanta tu perfil! Y tú también me gustas mucho. Eres una mujer increíble. Esta noche ha sido muy especial para mí. Repetimos cuando quieras.

Sus palabras me aceleraron el corazón, ¡pero para bien! Eso era lo que necesitaba en mi vida; alguien que me valorara y viese lo bueno que había en mí.

¡Claro que quería repetir! Se lo hice saber en mi respuesta. Después, me tumbé sobre la cama y me dormí mientras veía sus fotos, *reels* y publicaciones.

Ese fue el momento en el que comencé a colocar a Iván en el lugar que le correspondía; en el pasado.

26

¿ERES AMIGA DE LA BORRACHA?

A la mañana siguiente estaba en la cafetería del tren, desayunado. Decidí disfrutar de un delicioso café con leche acompañado de un cruasán de mantequilla con aguacate y fresas. ¡Una delicia mañanera que me animó muchísimo! No sé si os pasará a vosotras, pero a mí un buen plato de comida o una tapa, podía alegrarme cualquier amargura. Con una croqueta todo se ve mucho mejor, ¿no?

Sonreí por inercia al mirar por la ventanilla y recordar el momento tan mágico que viví junto a Nacho mientras contemplábamos las estrellas. Después contuve el aliento al pensar en que casi nos besamos. Si no llega a interrumpirnos el joven azafato, ¿quién sabe lo que hubiese pasado? Tal vez, Nacho y yo hubiésemos desayunado juntos, ¡pero en mi habitación!, ¡o en la suya!

Me puse muy contenta. Sentía que le gustaba a un hombre amable, sexi, conversador y súper atractivo. Me sentí deseada por él y eso era muy estimulante. Envié a tomar por saco a Iván y a sus incesantes mensajes hirientes. ¡Ya no iba a prestarles atención! Me negaba a seguir enganchada a su droga de dolor y tristeza. Iba a vivir el presente, ¡sin pensar en nada más! Iván había tomado la decisión de pensar en él sin contar conmigo, ¿no? Pues yo no sería tan tonta de pasarme todo el día llorando por él.

Estaba en un viaje maravilloso y tenía la firme intención de disfrutarlo a tope.

Di un bocado al crujiente cruasán antes de soltar un gemido de placer. ¡Qué cosa tan deliciosa, por favor! Me tentó coger tres o cuatros más y echármelos al bolso para devorarlos más tarde. Sin embargo, una camarera fastidió mi robo al sentarse a mi lado.

—Usted es amiga de la mujer que montó anoche el numerito, ¿verdad? —me preguntó.

No saludó ni me preguntó si podía acompañarme durante mi desayuno. Directamente se sentó y formuló su cuestión. Me desagradó un poco su osadía.

—Buenos días —la saludé con cara de sorpresa—. ¿Pasa algo?

—No… —la joven se echó a reír—. Disculpa mi atrevimiento. Es que como anoche vi que la mujer estaba tan alterada, quería saber cómo se encontraba hoy.

Entonces me destensé, la camarera estaba preocupada por el estado de Lorena, solo era eso. Solté otra carcajada.

—Sí que la conozco. No somos amigas íntimas, pero sé quién es —le expliqué—. Anoche, cuando la dejamos en la habitación aún estaba un poco… perjudicada. Aunque creo que habrá dormido genial y hoy, además de resacosa, estará más tranquila —supuse.

—Me asusté mucho al verla tan alterada. Mis jefes quieren hablar con la pareja para saber qué pasó y asegurarse que no se volverá a repetir su violento comportamiento o…

¡Ay, la leche! ¿Por qué hizo esa pausa tan dramática? Su silencio duró tanto que me vi obligada a preguntar:

—¿O qué? —Levanté las cejas.

—O los expulsarán del tren. Son muy autoritarios con ese tipo de actitudes. Normalmente, dan un aviso y si la persona sigue con sus borracheras o molestando al resto de los pasajeros, ¡la echan! —aclaró la joven.

¡Joder! Por un instante me imaginé cómo sería el viaje sin Nacho y me resultó menos emocionante. Tampoco quería que se fuese Lorena, pero, para ser sincera, Nacho era el que

provocaba las mariposillas en mi estómago.

—No creo que se vuelva a repetir —me apresuré a decir—. Ella está pasando por un mal momento, pero su her… su novio sabe cómo ayudarla. ¡Podéis estar tranquilos!

La camarera se levantó con la intención de seguir trabajando.

—¿Quieres otro café? —preguntó mientras miraba por la ventana.

—Claro. ¡Me apetece un montón! —aseguré.

—Genial, ahora te lo traigo. ¡Hace un día fabuloso! —exclamó.

—Sí, ¡hoy voy a ir a la playa! —celebré.

Llevaba un buen rato despierta y había investigado en internet cuál podría ser un buen plan en Cannes. El buscador me recomendó que pasara la mañana en la playa, que saboreara la maravillosa oferta gastronómica en uno de sus fascinantes restaurantes y que pasara la tarde yéndome de compras. ¡Buen plan! Eso era lo que iba a hacer. Baño, sol, comer y fundirme la tarjeta de crédito.

—¡Jo!, ¡qué guay! —exclamó la joven—. Yo curro hasta las once y después engancho a las ocho de la tarde. Pensaba ir a la playa, pero estoy harta de hacer planes sola —sollozó.

Sonreí al verla tan apenada. No porque me alegrara su tristeza, ¡no seáis mal pensadas!, sino por lo que iba a proponerle.

—¿Cómo te llamas? —Quise saber.

—Estefi —respondió.

—Encantada, Estefi. Yo soy Elisa —me presenté.

—Un placer.

—Voy a ir a la Playa Bijou. Voy a llevarme cinco, ¡no!, ocho cruasanes de mantequilla en el bolso. Si no dices nada, te espero allí y pasamos la mañana juntas —le propuse entre risas—. ¿Te apetece?

—¿En serio, tía?

—Claro —aseguré.

—¡Qué guay! La gente suele pasar de mí porque todos están ocupados con sus parejas y nunca quedo con nadie. Cuando mis compis libran las mismas horas que yo, sí que quedo con ellos. Sin embargo, ¡nunca he hecho planes con ninguna pasajera! —Se llevo el dedo a la boca en plan pensativa—. No sé si se me permite quedar con pasajeros.

—No le des tantas vueltas a las cosas. —Lo sé, yo no era la persona más indicada para regalarle ese consejo—. ¿Te apetece?

—Sí, claro.

—Pues nos vemos cuando salgas de currar, ¿ok? —. Le apunté mi número de teléfono en una servilleta y se lo di—. Me llamas y te digo dónde estoy.

—¡Jo!, ¡qué contenta estoy! He hecho este viaje un montón de veces y me aburro al hacer siempre lo mismo. Oye, ¿y tu novio no se molestará si me apunto a vuestros planes?

—No tengo novio. —Abofeteé el aire con la mano—. He venido con mi novia, pero somos muy independientes. Ella no vendrá.

—¡Perfecto! No suele ser lo normal; aquí todos son súper empalagosos, romanticones y no se hacen nada solos ni locos —matizó.

Tal vez como no iba con mi pareja, sino con mi mejor amiga, yo no actuaba de esa forma. Así que me pareció estupendo hacer una nueva amiga para exprimir aún más ese viaje.

—Antes de marcharte, voy a buscar al almacén más cruasanes, patés, queso y una botella de vino y nos tomamos todo en la playa —me avisó Estefi.

¡Ay, esa chica empezaba a caerme genial!

27
ARENA

La playa Bijou era pequeña, con el agua cristalina e ideal para pasar el día con la familia por la tranquilidad del mar. Ya me había dado un par de chapuzones, que disfruté como una niña, y estaba tomando el sol mientras me zampaba uno de los cruasanes que me había dado Estefi.

Me coloqué las gafas de sol, dejé mi cuerpo descansar sobre la toalla y solté un gemido de placer. ¡Estaba en la Gloria!, ¡qué maravilla de lugar!, ¡cuánta paz!, ¡qué relax!… ¡Zaaaaaaaaaaaaaaaaas! De repente, me comí un cubo de juguete con un montón de arena.

Me levanté de un salto. ¿Qué había pasado? Entonces se acercó un hombre, hablando en francés para coger el cubo y pedirme disculpas. O eso creí porque no me enteraba de nada. Al lado del tipo, apareció un crío con pintas de cabrón absoluto que sonreía con picardía. ¡Ese niñato fue el responsable de que en mi boca hubiese medio kilo de arena! El pequeño abrazaba a su padre por la pierna. O el que pensaba que era su padre, porque os prometo que no entendía nada de lo que me decía aquel hombre.

—No pasa nada —dije malhumorada—. Que no vuelva a repetirse y listo.

El hombre seguía hablando y hablando. Creo que hasta me hizo una reverencia.

«Por favor, iros ya a tomar por el culo» pensé. No comprendía que aquel tío se enrollara tanto en una disculpa.

—En serio, ¡ya está olvidado! —¿Cómo le explicaba al francés que me daba igual lo que hubiese hecho su hijo? Yo lo único que quería es que me dejaran tranquila. ¿Tal vez en inglés? —. ¡*Don´t worry*!

¡Bravo! Solo me faltó añadir «be happy».

—¡No te entiendo! Lo siento, ¡no sé qué me estás intentando decir! Perdono a tu hijo. No pasa nada. Vete con tu mujer, con tu marido o con quien estés, ¡pero vete!

El hombre se me acercó un poco más y dijo:

—¿Española? Yo no hablar mucho bien español. Sorry… Mi hijo es *espiègle*.

—¿Tu hijo es un espagueti? —¡Lo sé! Mi agilidad mental fue nula. Estaba muy nerviosa.

—¡No! Mi hijo es *espiègle* —repitió. Entonces comprendió que por mucho que lo repitiese no iba a entenderlo. Hizo como si pensaba—. ¿Cómo se dice?… Mi hijo es… travieso…

—¡Ok, ok! —Me importaba una mierda lo que fuese su hijo. Me estaban agobiando—. No pasa nada, ¿me entiendes? No estoy enfadada. *I am Happy*. ¿Os largáis ya, por favor?

Yo no sabía si era por culpa de tomar tanto sol y me estaba dando una insolación, pero me sentía muy incómoda con ellos. Tal vez abordaron mi momento zen para conseguir desesperarme y necesitaba que se marcharan para recuperar la paz de nuevo. ¡Eso era! Los vi como una amenaza a mi tranquilidad porque el niño me había alterado con el golpe que me propinó. ¡O, quizás, la leche que me dio me había dejado tonta porque me estaba expresando fatal!

—Todo aclarado —concluí.

Ingenua de mí al creer que ya había pasado lo peor y que el papá se iba a largar con su renacuajo. El hombre estiró el cuello para ver lo que pasaba detrás de mí y abrió los ojos como platos. Su expresión era de preocupación extrema. ¡Casi me meo al verlo! Pensé que detrás de mí había un tsunami o una estampida de toros propia de San Fermín.

—¡Noooooooooooooooooooooo, Laurence! ¡Noooooooooooooooooooo! —chilló el hombre, dejándome sorda. Ese hombre tenía el timbre de voz más agudo que la cabra de los

memes de Instagram.

El tipo corrió detrás de mí. Seguía gritando como un mandril mientras yo me debía entre girarme o no. ¿Qué había hecho el niño de las pelotas?

Cogí aire antes de darme la vuelta y ¡Ahhhhhhhhhhhhh! Casi me da un soponcio.

—¡Hijo de puta! —exclamé llevándome las manos a la boca.

El muy cabrón había vaciado del cubo con la arena dentro de mi capazo. ¡A tomar por saco los cruasanes, el queso y todo lo que había allí!

El padre lanzó un grito contundente al niño. Seguramente lo estaba abroncando. Entonces, el pequeño, que le echaba unos nueve años como mucho, comenzó a llorar. ¿Ahora lloraba? La que quería romper en mil lágrimas era yo, ¡no el renacuajo! Aunque cuando más aluciné fue con el comportamiento del padre. Porque cuando vio a su hijo llorar, cambió su gesto serio por uno más acobardado. El niño se echó a correr y el padre le siguió mientras, aparentemente, le pedía disculpas por haberle gritado. Ese pequeño era un genio de la manipulación; en lugar de comerse una buena bronca y ser castigado por su actitud irresponsable, consiguió que su padre corriese detrás de él mientras le pedía perdón.

Yo me quedé anonadada por lo que acababa de suceder y sin saber muy bien qué hacer. ¿Corría detrás del enano, lo agarraba del brazo, lo llevaba al mar y le hacía unas cuantas aguadillas? ¡Eso me pedía el cuerpo! Entonces, miré el capazo, que rebosaba de arena desde el interior, y solté una carcajada. Me reía por no llorar.

—Lo que te acaba de pasar es la demostración de que todos los hombres son unos cabrones ya desde niños —bromeó Estefi, que me asustó al no verla venir.

—Eso parece… El crío me ha llenado el capazo de arena.

—Vamos a sacudirlo y te invito a un vinito fresco en una terraza.

Genial. Las cosas comenzaban a mejorar.

Aunque ese día iban a cambiar muchas, ¡muchas cosas!

28
VALIENTE

—¡A los críos de hoy en día los educan para que sean bobos! —exclamó Estefi.

Me sorprendió su afirmación porque ella aún era una cría, le echaría unos diecinueve años. Era muy joven. Con su alegato se refería al enano cabrón que vació su cubo con arena en mi capazo y que la diferencia de edad entre ambos era más que evidente. Sin embargo, me chocó escuchar su discurso porque la veía físicamente muy adolescente para la madurez que aparentaba. Además, no le faltaba razón. Muchos padres educaban a sus hijos para que fuesen tontos.

—Te lo digo en serio, tía. No les enseñan a que se esfuercen por lo que quieren, ¡les regalan todo! Con la excusa de que «a ellos no les falte lo que no tenía yo» —imitó la voz de los padres consentidores—, se refugian para no castigar a sus hijos si se portan mal, no enseñarles que tienen que respetar a los demás o a tener paciencia —explicó—. No soy partidaria de dar cachetes a los críos, esa educación no me va. Sin embargo, tienen que saber que no pueden hacer siempre lo que les dé la gana y que hay que respetar a los demás.

¡Bravo! Asentí orgullosa de las palabras de mi nueva amiga. ¡Sí! Ya era mi amiga. Aquella chica, que acababa de conocer, me rescató cuando más desesperada estaba porque un niñato consentido me jodió el capazo, y me llevó hasta una terracita ideal del paseo marítimo para tomar vino y queso con salsa de arándanos. Además, antes me había regalado un montón de cruasanes. ¡Eso es sinónimo de ser una gran amiga!

—Coincido contigo. Yo odio a los moscosos maleducados. Pero, ¡a los que no soporto son a los padres irresponsables que les consienten todo! —apunté antes de dar un sorbo a la copa—. ¿Por qué tenemos que aguantar los demás las diabluras de sus hijos?

—¡Por eso trabajo en el tren del amor! —aseguró—. Porque solo admiten parejas enamoradas sin niños, ¡es un relax saber que no habrá nenes dando por saco!

Me sentí como una bruja malvada al increpar a los padres y a los niños molestos. No os confundáis, me encantan los niños. Pero solo los hijos de mis amigas y mi sobrina. ¡Esos son encantadores!, ¡al resto que los aguanten sus padres!

—Oye, eres muy joven para tu madurez y para currar en el tren, ¿no? —le pregunté.

Ella se estiró orgullosa. Algo me hacía sospechar que le gustaba que la gente valorara lo madura que era para su edad.

—Eso suelen decir. ¿Sabes qué? Mi madurez y mi curro son fruto de la necesidad —confesó—. No lo digo desde el victimismo, ¿ok? Es la realidad. El ambiente en mi casa era muy tóxico. Mi padre es súper machista, detesto cómo trata a mi madre. Aunque lo que menos me gusta es que ella consienta sus desprecios y siempre perdone sus faltas de respeto. Llevo viviendo esa situación desde que tengo uso de razón.

Cogí de la mano a Estefi para mostrarle mi apoyo. Se me encogió un poquito el corazón al escuchar su historia. Por suerte, mis padres son estupendos. Siempre se han mostrado compresivos, compenetrados y enamorados. De hecho, ¡creo en el amor por ellos! Porque a pesar de sus discusiones, broncas o de estar días sin hablarse, después siempre han dialogado y ha ganado el cariño que sienten el uno por el otro.

—Lo siento. Tuvo que ser muy duro —intenté ser comprensiva.

—Mucho. Fue una pesadilla. Quise ayudar a mi madre para que saliese de esa situación que

tanto la amarga, pero fue imposible. Es cierto que nunca la maltrató físicamente, si no lo habría denunciado. El muy cabrón la tortura psicológicamente y la tiene de sirvienta. No le permite trabajar, casi no sale con amigas, ¡ahora le ha prohibido hablar conmigo! Aunque nos llamamos a escondidas.

—¡Joder!, ¡vaya cerdo! —espeté.

—A mi padre le jodió mucho que un día, que estaba insultando a mi madre porque la sopa estaba fría, la defendiese. Le solté: «¡caliéntatela tú en el microondas! No es tan complicado y deja de tratarla como si fuese tu esclava. Aunque quizás seas tan gilipollas que no sepas ni utilizar el microondas». Se enfadó muchísimo, estalló en insultos y yo le paré los pies. Le dije que no iba a aguantar su actitud miserable y que me iba de casa. Así que, como había trabajado en varios bares de camarera, busqué curro. En internet vi que necesitaban a alguien para la cafetería del tren, me inscribí y llevo más de medio años trabajando aquí.

—¡Eres súper valiente! —la felicité—. Tan joven y tan luchadora, Estefi. Admiro a la gente como tú. Oye, ¿tu madre está bien? —Me interesé.

—Sí, está como siempre. Cuando hablamos por teléfono, que es cuando mi padre está currando o en el bar poniéndose ciego, intento convencerla de que lo deje y se venga conmigo. Mi jefe me ha dicho que, si ella quiere, la contratan como cocinera. Saben que tiene muy buena mano en la cocina porque, cuando me ha preparado algo de comer, les he dado a probar y les encanta. Sin embargo, ella me cambia de tema cada vez que lo saco —sollozó—. ¡No puedo hacer nada más, Eli! Al principio me daba mucho mal por dejarla con el cabrón de mi padre. Ahora entiendo que es su decisión y he de respetarla, aunque no la comparta.

Sentí una ternura especial por aquella chica que estaba justo delante de mí, que tuvo que madurar a pasos agigantados para que la vida no la arrollara. Apreté mi mano a la suya para que sintiese mi cariño.

—Sigue insistiendo para que tu madre lo deje, ¿ok? —la animé.

—Cada vez que hablamos, se lo digo —aclaró con cierta pena—. Pero ignora mi petición.

Entonces, un hombre nos interrumpió abruptamente. ¡No, no! Era el padre francés de la playa. Me reconoció y comenzó a hablar sin parar. ¡Joder, no entendía nada!

—¿Quién es este tío? —preguntó Estefi.

—El papa del niño repelente —le expliqué.

—Es cierto. Lo he visto de lejos, pero no lo reconocía —añadió.

El tipo seguía hablando mientras me miraba a los ojos. ¡Yo no sabía que mierdas quería decirme!

—¡Ay, me está agobiando mucho! No entiendo el francés —suspiré.

—Dice que lo siente mucho y que quiere compensarte que su hijo te haya estropeado el bolso y la mañana en la playa —tradujo mi nueva amiga.

La miré con sorpresa.

—¿Sabes francés? —pregunté.

—En este tren he tenido que aprender un poco de francés e italiano. Muchos de los pasajeros son de Francia e Italia. No solo viajan españoles —especificó orgullosa.

Entonces, ella conversó durante unos segundos con el padre del crío, hasta que abrió los ojos como platos y sonrió emocionada. ¡Ay, la leche! ¿Qué pasaba?

—¿Qué? —Quería saber sobre qué estaban hablando.

—¡Joder, Elisa! Resulta que este hombre está forradísimo. Le he explicado que eres una pasajera del tren del amor, que estás aquí solo unas horas. Ha dicho que quiere compensarte la travesura de su hijo. Así que te ofrece comprarte un nuevo capazo y pagarte una comida en un

buen restaurante, un paseo en su yate esta tarde…

—Dile que no hace falta —alegué—, que ya está olvidado el asunto.

—También asegura que tiene mano con el restaurante de la Torre Eiffel y que puede reservarte una cena para dos con todo pagado para dentro de dos noches —añadió Estefi.

Mi corazón se aceleró. ¿Cenar en la Torre Eiffel? ¡Eso era una fantasía!

—¿Esa noche estamos allí? —Quise asegurarme.

—Claro. Salimos esta tarde a última hora hacía París y pasamos tres días allí.

Por poco me dio un infarto de la emoción. ¡Qué plan tan romántico y único! Creo que sentí un micro orgasmo al imaginarme cenando en un lugar tan fabuloso.

—¡Dile que lo de la cena en la Torre!, ¡dile que lo de la cena en la Torre! —exclamé.

Estefi le indicó al millonario mi petición. Hablaron unos minutos más y después se marchó. Le dijo que iba a gestionar todo, nos dejó una tarjeta con su número de teléfono para llamarle más tarde y que nos concretaría los pasos a seguir. ¡Fue genial!

—¡Tía, qué fuerte! —chilló mi amiga—. ¡Vas a cenar con tu novia en la Torre Eiffel!

¿Con mi novia? Ni loca me llevaba a Fabi a esa cena, ¡ella ya estaba disfrutando de lo lindo del viaje y del amor! Ahora me tocaba a mí. Le confesé a Estefi que estaba emocionada con la idea y después le envié un mensaje por Insta a Nacho.

¿Te apetece cenar en la Torre Eiffel?

Estefi y yo brindamos con vino para celebrar la propuesta del papá irresponsable.

—Creo que he cambiado de opinión —bromeé—, ¡adoro a los críos consentidos con padres millonarios!

Nos echamos a reír.

Entonces, llamaron a mi amiga al teléfono. Ella asintió varias veces antes de decir «ok, ahora voy» y colgar. Me miró al mismo tiempo que sonreía.

—Me tengo que ir, Eli. Un compi se encuentra indispuesto y tengo que ir a cubrirlo. Me sabe fatal dejarte aquí —explicó.

—No pasa nada, Estefi. Lo comprendo. Si quieres cuando acabes, como tienes mi número, me llamas y quedamos, ¿ok?

—¡Perfecto, tía!

Estefi me dio dos besos antes de marcharse.

¡Qué bien me había caído! Siempre me ha gustado conocer gente, empaparme de sus experiencias y crear vínculos afectivos. ¡Soy una persona muy sociable! Además, aquella chica era realmente increíble; luchadora, divertida y bastante noble.

Decidí seguir disfrutando del vino y el queso en aquella terraza. Aunque, iba a sacarle más partido al momento. Abrí Instagram para repasar de nuevo las fotos de Nacho. ¡Ay, no os había comentado lo guapo que salía en los *Reels* y publicaciones! Sobre todo, en una foto, que me encandiló. Estaba en una cafetería tomando una birra y llevaba un jersey ajustado, que le quedaba genial. Sus ojos color miel eran imponentes y su sonrisa era capaz de enamorar cualquier mortal. Suspiré al verla otra vez.

De repente, recibí un mensaje de él. ¡El corazón me vibró con fuerza!

Lo leí:

¿Qué dices?, ¿cenar en la Torre Eiffel? Eso debe de ser carísimo, aunque muy romántico.
Pero si es contigo, ceno donde quieras.

¡Ay, qué cursi que era el canalla! Me encantó su mensaje. Sonreí como una niña ilusionada. Jolín, ¡por fin un tío me trataba con respeto y cariño! No digo que Iván no lo hiciese al principio de nuestra relación. Sin embargo, con el tiempo se volvió muy frio, hasta el punto de dejarme por un puto mensaje de WhatsApp.

Tuve la necesidad de ver a Nacho en ese instante. No me lo pensé dos veces y escribí:

Si quieres averiguar qué estoy tramando, te espero en una terracita preciosa en el paseo de la Playa Bijou.

No tardó en responder:

¡Voy para allá!

Suspiré, me alegré muchísimo al saber que iba a venir y decidí que iba a dejarme llevar, con todas las consecuencias.

29
OPINIONES

Me encontraba mirando al mar. El cielo estaba azul, la arena de la orilla era blanca y estaba calentita. Mis pies se refrescaban cuando el agua transparente del Mediterráneo bañaba mi piel con el suave vaivén de las olas.

Estaba genial. La gente disfrutaba del día de playa en pleno verano. Los niños corrían, las parejas se abrazaban tumbadas en la arena, grupos de amigos chapoteaban en el agua.

Yo sentía una paz especial. Era difícil de explicar. Por un instante desconecté de todo. No había problemas ni prisas. Solo estaba yo viviendo ese momento tan placentero y gratificante. Sintiendo la agradable brisa marina en mi cuerpo, dejándome abrazar por el olor a sal. Nada me molestaba. Todo estaba bien.

Derramé una lágrima ante tanta tranquilidad y felicidad. Hacía unos minutos que había salido de la terraza del paseo marítimo para disfrutar de un agradable paseo por la playa mientras esperaba a que llegara Nacho. Le mandé un mensaje, informándole de mi nueva ubicación. Estaba feliz. Os lo prometo. No tenía dudas ni miedos, ¡viví el momento presente! ¡Ay, la leche! ¿Estaba madurando? No lo sabía. Simplemente me limité a conectar con lo que me rodeaba, a formar parte del mundo y bailar con él.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Nacho.

Reconocí su voz detrás de mí y sonreí. ¡Él me alegraba el alma! Ya lo sé, ¡estaba intensita! Era la magia de vivir un momento zen, ¡todo se volvía mucho más intenso!

—Al contrario, lo mejoras… —respondí.

¡Qué cursi sonó! Pero no me avergoncé. Con él me sentía tan a gusto que no me daba miedo mostrarme tal cual era; con mis virtudes y mis defectos. Aunque una cosa os diré; ser tierna o sensible no es ningún defecto, ¡es una cualidad buenísima! Y al que no le guste, ¡qué se vaya a tomar viento fresco!

—Eso me gusta —aseguró, acercándose más a mí.

Me di la vuelta para comprobar lo guapo que estaba. Llevaba una camiseta azul y un bañador a juego, que le llegaba hasta la mitad del muslo. ¡Estaba súper sexi! Me mordí el labio de puro gusto.

—Estaba en un momento de relax, conectando conmigo misma —confesé.

—Son muy importantes —añadió. Dio otro pasito hacia adelante—. Nos ayudan a saber qué es lo que queremos en nuestra vida.

Me emocioné al imaginar una vida a su lado. ¡Qué cosas tiene el amor! Alguien al que apenas conoces puede ilusionarte al pensar en construir un futuro con él. No sabía si era amor, atracción o química, pero tampoco me importaba ya. Solo sabía que él me hacía bien y eso era brutal.

—Cada vez lo tengo más claro, Nacho. Después de unos días de nubarrones oscuros, comienzo a ver el sol —le expliqué.

—Me alegra mucho escucharte decir eso, ¿qué es lo que quieres? —insistió.

—Cenar contigo en el monumento más famoso de París —contesté divertida.

Ok. Nuestros cuerpos estaban pegados. Sin apenas darme cuenta nos habíamos atraído como imanes. Entonces, él me rodeó con sus brazos.

—¿Cómo?, ¿sabes lo que cuesta cenar allí? Y eso si encontramos un hueco, porque seguro

que está todo lleno para las próximas semanas.

—No sabes lo sorprendente que puedo llegar a ser —bromeé.

—Me tienes intrigadísmo, Elisa. Apenas te conozco y siento la necesidad de saber todo de ti —aseguró, acercando su boca a mis labios—. Y al mismo tiempo, tengo la sensación de que nos leemos el uno al otro sin hablar. Como si estuviésemos predestinados a encontrarnos.

«¡Por favor!, ¡que no destruya este momento tan precioso un crío, pegándonos un pelotazo! O, que no se nos cague una gaviota», imploré al universo. Estábamos a punto de fundirnos en un beso, ¡nuestro primer beso!, porque tenía pensado que después viniesen muchos más y quería que fuese perfecto. Por lo visto, él también y fue Nacho el que interrumpió nuestro idilio.

—Me gustaría decirte algo que es importante —susurró.

«¿Ahora?, ¡bésame y deja las confesiones para luego!», pensé. Sin embargo, no quise parecer desesperada e insensible y acepté su petición de charlar. Fuimos hasta mi toalla y nos sentamos.

Yo estaba confusa; ¿por qué no me besó?, ¿se había arrepentido?, ¿qué quería decirme?

—Me gustaría pedirte perdón por mi actitud en Montpellier —se sinceró—. Tú te disculpaste y yo fui desconsiderado contigo.

—No pasa nada, Nacho —respondí—. Entiendo que estuvieses disgustado. Nuestra broma fue en el momento equivocado.

—Así es. Yo me sentí muy vulnerable con vuestro jueguecito. Acababa de abrir mis sentimientos contigo. Era un tema muy delicado porque aún me cuesta admitir que pasen de mí por no ser un capullo. —Dejó soltar un suspiro—. ¡Es que no logro comprender por qué hay gente que prefieren tener al lado a alguien que les meta caña! ¿Acaso no es mejor compartir tu vida con una persona que te respete y te haga el camino más fácil? Elisa, aclárame un par cosas; ¿cuándo hemos pasado de moda los tíos nobles y cariñosos?, ¿tan aburridos somos?

Comprendí su dolor al momento. ¡Conecté con él! A mí me había pasado cientos de veces, ¡habían abusado de mi confianza por buena! No me iba a poner de santa porque tampoco lo era. Sin embargo, en el pasado muchos tíos me habían engañado, faltado el respeto o ignorado porque yo fui buena con ellos. Aunque tenía que admitir que casi todos esos hombres habían sido unos capullos integrales. Es decir, me había pillado de los malotes porque siempre me resultaron más sexis y tentadores. Justo esa era la queja de Nacho, ¡que los cabrones son más atractivos!, y los chicos más cariñosos pueden resultar empalagosos o poco llamativos.

Sin embargo, yo había aprendido la lección. Los tipos chulos y prepotentes eran muy divertidos para un rato, pero con el tiempo te volvían loca porque solo podían pensar en tres cosas; en ellos mismos, en su polla y otra vez en ellos mismos. Me despedí de ese tipo de relaciones tan tóxicas. Valoraba mucho más que me comprendiesen, escucharan y trataran con cariño.

Nacho era un hombre increíble y, por culpa de ese complejo que lo volvía inseguro, dudaba de su valía.

—No te tortures más, Nacho. ¡Cada uno es cómo es! A muchas tías les resultarás un pelmazo aburrido y relamido —argumenté con buena intención—. Pero eso solo significa una cosa; que no tienes que compartir tu vida con esas personas. Grábate esto bien en esa cabecita que tienes; ¡tú no eres lo que la gente piense de ti! Eres lo que tú piensas de ti. ¿Te han acusado de aburrido, soso o mega tierno? ¡Da igual! Son solo opiniones de personas que no te conocen de nada. No es la realidad. ¿Tú te ves así?

Nacho frunció el ceño mientras me miraba fijamente a los ojos.

—¡En absoluto! Yo soy cariñoso, risueño y divertido. ¡Así me veo! —afirmó.

—Así eres. Yo te veo así —añadí con sinceridad.

Él se inclinó hacia mí para que yo me recostara sobre la toalla, pero interpuse el dedo índice entre nuestras bocas y no me tumbé.

—Ahora me toca a mí disculparme, ¿ok? Te pido perdón por haberte gastado la broma en un momento tan inoportuno. Fue idea de tu hermana y a mí me resultó divertida. Sin embargo, desconocía que tú fueses a contarme algo tan íntimo y me arrepentí de la bromita en cuanto vi a Lorena aparecer.

—Lo sé. Me lo dijo Lore. Y, además, ya te habías disculpado, Elisa.

—Pero quería hacerlo bien —le expliqué.

—Yo también quiero hacer algo desde hace tiempo —susurró.

Sabía lo que era, pero…

—¿El qué?

Sonrió con picardía. Contuve el aliento. A continuación, dejó caer con suavidad su peso sobre mi cuerpo, obligándome a tumbarme sobre la toalla. Acercó su boca a la mía. Sentí sed de él. Mis labios estaban preparados para colisionar con los suyos. Mi piel vibraba de emoción. Se detuvo unos segundos para mirarme a los ojos. Mi corazón se aceleró, así que no pude esperar más o me daría un paro cardiaco. Fundí mi boca con la suya provocando un estallido en mi estómago. Volé, ¡volé tan alto que sentí un vértigo desconocido! Nadie me había besado así. ¡Fue casi mágico!, que digo «casi», ¡fue increíblemente mágico!

Soltó un gemido de placer, que solo consiguió excitarme más.

—¿Vamos a mi habitación? —propuso.

—¡Vamos!

Ya no había vuelta atrás, ¡pronto sería mi adicción!

30
ROMPER EL VÍNCULO

Iba cogida de la mano de Nacho, corriendo por los pasillos de los vagones del tren. Teníamos prisa por llegar a su habitación para desnudarnos, besarnos, acariciarnos y hacernos el amor lentamente. Yo no solía ser tan impulsiva, os lo he dicho un montón de veces, ¿verdad? Sin embargo, con él me apetecía soltarme, experimentar e improvisar. ¡Bendita improvisación!

Me resultó divertido porque parecíamos dos adolescentes correteando por el interior del tren. Estaba tan excitada como nerviosa. Por una parte, tenía unas ganas infinitas de devorarlo, probar sus labios otra vez y fundirnos en uno. Por otra, me moría de miedo si, al desnudarme delante de él, dejaba de gustarle o me rechazaba. Deseché esa idea de mi cabeza, ¡no iba a estropear un momento tan único por culpa de los complejos! Yo era una mujer increíble, ¡no había nada más que hablar! Bien por mí y por mi arranque de seguridad en un instante tan necesario. Hacer el amor con un hombre que te gusta siempre impone, así que necesitaba toda la fuerza y el convencimiento del mundo. «¡Yo soy maravillosa!», me repetí mentalmente un montón de veces mientras nos dirigíamos a su habitación.

Nacho se detuvo delante de la puerta, sacándome de mi ensimismamiento. Choqué con él y aprovechó para abrazarme. Después sonrió con generosidad.

—Estoy como loco por hacerte el amor —susurró, poniéndome a cien.

¡Adiós a los complejos, a las dudas y los temores! Aquel dios griego ardía en deseos por cabalgarme y colmarme de placer. ¿Qué inseguridad podía quedar después de semejante afirmación? Yo os la diré; ¡ninguna! Quise gritarle que me follara ahí mismo, pero guardé la compostura.

—Y yo —respondí con voz sugerente—. ¡Vas a gozar tanto que te vas a marear!

¿En serio dije eso? ¿Por qué? No podía haber soltado «estoy impaciente» o «hazme tuya ya». ¡No!, yo era así de bruta. ¡Ser sutil no era lo mío!

Nacho intentó contener una carcajada, que dejó libre al momento.

—Nunca nadie me ha prometido tanto placer —rio.

—Para todo hay una primera vez, ¿no? —Intenté excusarme para no parecer avergonzada.

—Hasta para marearse follando —bromeó, sacándome la lengua.

Entonces, la que se echó a reír fui yo. Me encantaba como convertía cualquier tropiezo en algo divertido, restándole importancia.

—Oye, nunca se sabe —ironicé.

Pasó sus manos por mi espalda para pegarme a él. Noté su miembro duro contra mi sexo. Su bañador y mi falda poco tenían que hacer contra semejante armamento. Suspiré por inercia antes de que me sorprendiese con un beso. Introdujo su lengua en mi boca, colmándome de placer. Disfruté su arrebato pasional. Si eso me estaba gustando, ¡seguro que quedaba fascinada cuando hiciésemos el amor!

Sacó la tarjeta de su habitación del bolsillo y, de espaldas, la pasó por el lector de la puerta para que ésta se abriese.

La sorpresa fue inmensa cuando entramos y pillamos a Lorena ¡follando con un chico! Joder, su amante era el joven azafato que anoche nos vino a buscar para avisarnos de que estaba borracha.

—¡Aaaaaaaaaaaaah! —solté un grito al encontrárnoslos en la cama a cuatro patas.

—¡Joder!, ¿qué mierdas hacéis aquí? —preguntó ella escandalizada—. ¿No estabais en la playa? ¿Por qué habéis llegado tan pronto?

Los dos se taparon con las sábanas para cubrir sus cuerpos desnudos. El chaval se puso súper nervioso porque pensaba que Nacho era el novio de Lorena. Se puso de pie y comenzó a dar vueltas en la habitación. Como solo se cubrió la parte de delante de su cuerpo, le veíamos le culo todo el rato.

—¡Esto no es lo que parece! —repetía el joven—. ¡No lo es! No es lo que parece.

—¡Cálmate, Ramón! —le ordenó Lorena—. No pasa nada.

—Claro que no pasa nada —aseguró el azafato, que cada vez estaba más nervioso—. Porque esto no es lo que parece. Estábamos… ¡haciendo la cama! Sí, sí… eso. Haciendo la cama.

Me llevé la mano a la boca para evitar partirme de la risa. ¡Vaya excusa más pobre! Me dio pena el chaval. Sin embargo, sus movimientos y nerviosismo eran hipnóticos.

—¿Desnudos? —preguntó Nacho entre risas.

—Es que hace mucho calor —respondió él—. Hemos empezado a sudar y ha sido mejor quitarse la ropa. —Entonces, se dio cuenta que sus mentiras no colaban y se puso serio—. ¡Por favor, no digáis nada a mis jefes o me echarán! —nos pidió.

Nacho cerró la puerta de la habitación. El chico se asustó un poco. Seguramente pensó que le iba a propinar una paliza por haberse tirado a su novia.

—Ramón, ¡tranquilo! —exclamó Lorena—. Él no es mi novio, ¡es mi hermano! No tengo pareja, así que nadie va a decir nada a tus jefes, ¿ok?

—¿No es tu novio? Entonces, si sois hermanos, ¡no podéis estar en tren! —se escandalizó —. Estáis incumpliendo las reglas del viaje.

—Pero tú no vas a decir nada a no ser que quieras que nos chivemos a tus superiores de que te has acostado con una pasajera —le interrumpí—. Supongo que tú también has incumplido las reglas del viaje, ¿no? La única diferencia es que el riesgo que corremos nosotros si se enteran de que son hermanos es que nos dejen en esta maravillosa ciudad en la costa mediterránea y el riesgo que corres tú, si se enteran de tu aventura con Lorena, es que te despidan.

Nacho me miró orgulloso de mi agilidad mental. Me derretí cuando me dedicó su sonrisa.

El azafato se quedó callado durante unos segundos. Después cogió su ropa interior y comenzó a vestirse.

—Aquí no ha pasado nada —insistió—. Y vosotros, que yo sepa, sois pareja. —Se refirió a Nacho y Lorena.

—¡Perfecto! —exclamé.

—Además, si quieres, luego podemos continuar con lo que estábamos haciendo —le propuso Lorena a su nuevo amante.

El chaval se puso rojo como un tomate.

—Por mí genial —aseguró—. Seremos discretos.

—¡Fabuloso! Ahora ya está todo aclarado —celebró Lorena.

El chico se marchó en cuanto se vistió. Sin embargo, Nacho volvió a cerrar la puerta cuando nos quedamos los tres solos en la habitación.

—¡Todavía no está todo aclarado!, ¿cómo se te ocurre acostarte con un trabajador del tren?, ¿estás loca? —le increpó a su hermana.

—¡No me llames así!, ¡es una falta de respeto hacia las personas con problemas mentales! —espetó ella mientras se vestía.

—Disculpa —susurró él avergonzado ante el chantaje moral de su familiar.

Nacho era un buenazas, pero tenía que aprender a marcar sus límites y a hacerse respetar. Esa vez iba a echarle un cable.

—¡No le pidas perdón! —exclamé—. Ella ha sido la irresponsable al follarse a un empleado del tren y poner en riesgo vuestra estancia aquí.

—¿Perdona? —preguntó Lorena anonadada por mi actitud—. Eres mi amiga, ¡tienes que defenderme a mí!

—Lo siento, Lore. Me caes genial. Sin embargo, esta vez te has pasado de la raya y lo que es peor, podías haber fastidiado a tu hermano si os llegan a pillar y expulsar del tren —le hice saber—. Y lo que es más fuerte, cuando te has sentido mal porque Nacho te estaba abroncando con toda la razón del mundo, le has hecho chantaje emocional para desacreditarlo.

—Eres una zorra muy lista… —murmuró ella—. ¡Me caes genial!

Lorena estaba como las cabras. Era impulsiva, emocional y alocada. Sin embargo, tenía un gran corazón y, según ella, un buen motivo para actuar de ese modo.

—¿Cómo se te ocurre follarte a ese chaval? —insistí.

—Es mayor de edad. —Levantó las manos como muestra de inocencia.

—No nos referimos a la edad, Lore —aclaró su hermano—. Si no a que trabaja aquí.

Lorena soltó un gran suspiro antes de dejarse caer en la cama. Emitió un gemido de protesta antes de levantarse y mostrarnos sus ojos vidriosos. Me asusté un poco al verla tan triste. ¿Qué le pasaba?

Me senté a su lado, pasé el brazo por encima de su hombro y le di un beso en la mejilla. Así era ella; tan pronto tenías ganas de estrangularla por ser tan inconsciente, como de abrazarla por mostrarse tan vulnerable.

—¿Qué te sucede? —le pregunté con ternura.

—Anoche… —Se limpió las lágrimas, que resbalan por su cara, con el puño—. Anoche me escribió Héctor. Me dijo que estaba arrepentido de haberme plantado en la iglesia y que quería recuperarme.

—¡Eso es maravilloso! —celebré.

—¡No! En absoluto es maravilloso. Ya no confío en él. Además, si ha sido tan chulo como para plantarme en el altar y destrozarme el corazón sin justificarse, que mantenga su chulería para dejarme en paz cuando me eche de menos —confesó ella rota de dolor.

Me dejó anonadada con su reflexión. Lorena ya no quería volver con Héctor, ya no se fiaba de su ex. Quizás otra persona hubiese visto el intento de volver con ella como un estupendo gesto de reconciliación. Sin embargo, Lore lo interpretó como un acto egoísta por parte de su exnovio.

—El muy capullo, como no obtuvo respuesta por mi parte, comenzó a llamarme sin parar. Y, como no descolgué, me envió un último mensaje asegurando que sabía que estaba en el tren y que iba a ir a París para recuperarme —explicó.

Nacho se agachó para colocarse cara a cara con su hermana.

—¿Quieres volver con él? —le preguntó.

—Yo le quiero, aún le quiero —contestó llorando—. Sin embargo, no puedo confiar en él. Me abandonó el día más importante de nuestras vidas, ¿quién me asegura que no lo volverá a hacer en el futuro?, ¿quién me dice que no me dejará tirada cuando más lo necesite?, ¿qué no desaparecerá si surge cualquier problema? Rompo mi vínculo con él por amor propio, pero también por protección. Si ya me ha fallado una vez, seguro que lo hace más veces —reflexionó.

El argumento era de peso. No se dejó llevar por las emociones, ¡fue práctica!

—¡Es un cabrón! Le odio. ¿Ahora quiere volver? El daño que hizo es irreparable, ¿en serio quiere reconquistarme? ¡Y una mierda! —Nos miró a su hermano y a mí con intensidad—.

¿Sabéis por qué me he acostado con el azafato?

No tenía ni idea, así que negué con la cabeza. Nacho, sin embargo, asintió. Conocía muy bien a su hermana.

—Para asegurarte de que no volverías con Héctor —contestó él.

¿Cómo? No entendía nada.

—Así es —aseguró ella—. Sé que si me acuesto con otro hombre cerraré la puerta a Héctor porque habré pasado página. Mi vínculo afectivo se cerrará si comienzo otro nuevo, aunque sea sexual.

No pude evitar pensar en qué diferentes eran las relaciones sentimentales dependiendo de la persona. Por ejemplo, Silvia, la novia de Javier y nueva amante de Fabiola, podía abrir nuevos vínculos afectivos sin necesidad de cortar los demás que tuviese, por eso se declaraba poliamorosa. Sin embargo, Lorena, que era monógama, tenía que cerrar un vínculo para comenzar uno nuevo. O, como hizo en aquella ocasión, comenzar una relación nueva, aunque solo fuese sexual, para dejar en el pasado la relación con su ex. ¡Y luego dicen que el amor no es complicado!

—¿Y ha funcionado? —formulé la pregunta clave.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Ya estaba convencida de que, aunque siguiese amando a Héctor, no lo quería en mi vida. Ahora, después de acostarme con Ramón, he comprobado que forma parte de mi pasado. De lo contrario, no podría habérsela chupado al azafato.

—¡Lore, no seas tan específica! —le reprochó su hermano, poniendo una muesca de asco.

—¿Qué pasa? —Ella se encogió de hombros—. También me he acostado con Ramón porque está buenísimo, ¡no solo para olvidar a Héctor y asegurarme que no volveré con él!

—¿Cómo sabes que no te echarás atrás y lo pensarás mejor? —Quise saber—. No te estoy juzgando. Tampoco lo vería mal, tienes derecho a cambiar de opinión si descubres que quieres seguir con Héctor.

Lorena soltó una gran carcajada.

—Mi ex es súper celoso. Cuando sepa que me he acostado con otro tío, que seré yo la que se lo diga nada más verlo, lo primero que hará será darle una paliza a Ramón y luego me dejará tranquila para siempre. No soportará la idea de que otro hombre me haya tocado —explicó orgullosa de su plan—. Y os digo una cosa; con lo bien que folla el joven azafato, pienso acostarme con él unas cuantas veces antes de llegar a París.

Me quedé sin habla ante su explicación. Lorena era un libro abierto, pero uno para adultos.

—Genial, hermanita. Ya nos has contado mucho más de lo que queríamos saber —ironizó Nacho—. ¡Vístete y vamos a dar un paseo por la playa!

Nacho me cogió del brazo y me sacó con delicadeza de la habitación.

—Siento lo que ha pasado, estaba deseando hacer el amor contigo —susurró.

—No pasa nada. Tú no tienes la culpa —intenté tranquilizarlo.

—Ahora voy a dar un paseo con Lorena para que se relaje, ¿quieres venir? —propuso.

No me veía con fuerzas. Llevaba un día bastante potente, necesitaba descansar.

—Voy a darme una ducha y me tumbaré un poco. Espero no confundirme de duchas, otra vez —bromeé.

Nacho soltó una risotada alegre, que me encendió el corazón. ¡Caray! Ese pinchazo en el estómago tenía que significar algo, ¿no?

—Ok, ¿nos vemos luego? —preguntó.

—Claro, ¡quedamos más tarde!

Adoraba su interés y lo bien que me hacía sentir. Esperaba que yo le provocara el mismo

efecto porque era maravilloso.

Acercó su boca a mi oído y soltó:

—Descansa, Eli, porque esta noche vas a necesitar toda tu energía.

¡Calor, fuego, lava! Un puto volcán estalló en mi pecho al escuchar su provocadora advertencia.

Como imaginaréis, ¡ya tenía ganas de que fuese de noche!

31
NACHO NO ES IVÁN

Os confieso algo; ¡la mini piscina del tren era de tamaño reducido! Para que os hagáis una idea, sería del tamaño de tres bañeras. Sin embargo, ¡se estaba súper a gusto! No había nadie en la sauna, ni en el gym, ni, tampoco, en la piscina. Era normal, el resto de los pasajeros preferían disfrutar de Cannes ya que, en unas horas partiríamos hacia París.

¡París!, ¡qué fuerte! ¡Al día siguiente iba a estar en París! Solté un gritito de alegría al imaginarme entre las calles parisinas, comprando cruasanes, baguettes, queso, embutidos y un montón de productos franceses… Me emocioné al saber que visitaría el Louvre, los jardines de Versalles, el Moulin Rouge y, el corazón se me disparó, al fantasear con la cena en la Torre Eiffel. Si hubiese sido más grande la piscina en la que me estaba bañando en esos momentos, me habría marcado un bailecito de natación sincronizada de lo contenta que estaba. ¡Por fin la vida me mostraba su lado más amable!

Sumergí la cabeza en el agua para evitar escuchar cualquier ruido y así llenarme de paz. Había quedado con Fabiola en unos cinco minutos. No nos habíamos visto en todo el día, así que le mandé un mensaje para saber si seguía viva o había desfallecido a base de polvos. Mi amiga me respondió que estaba bien y después nos citamos para vernos en la piscina del tren.

Aquel viaje me estaba transformando, siempre había sido una mujer bastante dependiente. No solo estaba a la espera de lo que quería hacer mi pareja para adaptarme a sus planes, sino que también lo estaba de los antojos de mis amigos y conocidos. Me gustaba sentirme parte del grupo, de la sociedad y para encajar o sentirme aceptada me ponía a su disposición. No era una loca de la aceptación social. Si no podía quedar con los demás porque tenía curro o algún compromiso, me disculpaba y me negaba. Sin embargo, el resto del tiempo, he de reconocer que era bastante complaciente y dependiente de los demás. Pero algo maravilloso estaba sucediendo en ese viaje; por alguna extraña razón, estaba disfrutando mucho del tiempo que compartía conmigo misma. Es más, lo gozaba tanto que comenzaba a necesitar esos momentos de soledad casi a diario. Como hacía un momento, cuando Nacho me propuso ir a la playa con su hermana y preferí regalarme un baño con mi única compañía. La Elisa de hacía unos días habría antepuesto el plan de Nacho a sus propias necesidades. Así que me sentí tremendamente orgullosa de haberme escuchado y expresar lo que realmente quería hacer; no ir a la playa para darme un chapuzón, si se podía llamar así en esa piscina tan pequeña.

De repente apareció Fabiola dando saltitos de alegría.

—¡Ay, Eli!, ¡qué ganas tenía de verte! —saludó feliz.

—Y yo —ironicé—, si seguimos así no te reconoceré porque estás desaparecida en todo momento.

Mi amiga se metió en la piscina con la elegancia de una modelo.

—¡Hija!, ¡qué exagerada eres! Cenamos juntas anoche —rechistó mientras me salpicaba con la mano—. ¡Esto es diminuto! Aunque tampoco se puede pedir más, ¿no?

Ignoré su comentario sobre la mini piscina para continuar con mi ataque.

—Me prometiste que pasaríamos tiempo juntas —le recriminé.

Tampoco es que estuviese dolida, pero me apetecía tocarle las narices.

—Ahora estamos juntas, ¿no? —se defendió—. Además, no te quejes que tú estás muy ocupada con Nacho.

Entonces sonreí al escuchar su nombre. Mi amiga, que me conocía perfectamente, se percató de mi gesto y lanzó un sonoro chillido.

—¡Qué fuerte, tía!, ¿habéis follado? —preguntó emocionada.

—No, pero nos hemos besado —confesé ilusionada.

El estómago me vibró al recordar el apasionado beso en la playa. Mi pulso se disparó y sentí la necesidad de repetir aquel acto de deseo con Nacho.

—¡No me lo puedo creer! ¿Has dado ese paso? Un beso para ti es mucho, ¡eso significa que ya has olvidado a Iván! —celebró.

Fabiola dio por hecho muchas cosas. Era cierto que liarme con Nacho fue un gran paso para mí. Era muy mental, pensaba mucho todo lo que hacía. Así que dar rienda suelta a mi pasión, ¡fue algo importante! Sin embargo, no había desterrado a mi ex de mi mente. ¡Eso tardaría en suceder!

—No corras, Fabi. Mi ruptura está súper reciente, pero tengo que darte la razón en que, por primera vez en mucho tiempo, he escuchado a mi instinto y le he hecho caso.

—¿Dónde ha sido?, ¿cómo?, ¿qué tal besa ese guaperas? —Mi amiga quería todos los detalles.

Un torbellino de sensaciones me azotó, ¡todas eran maravillosas! Hacía mucho tiempo que no se me erizaba la piel de pura felicidad.

—Nos besamos en la playa, tumbados sobre la arena. ¡Fue mágico, impresionante y jodidamente adictivo! El tío besa genial… ¡me gusta mucho, Fabiola! —confesé entre ilusionada y atemorizada—. Me da pavor empezar a sentir cosas por Nacho y que él se canse de mí y me ignore.

Normal que tuviese ese miedo, ¿no? Era lo que me había pasado con Iván. ¿Quién podía asegurarme que, después de unos días juntos, no se aburriría de mí y desaparecería?

—Nacho no es así —aseguró mi amiga, haciendo un ademán con la mano.

—No lo conoces de nada —rebatí.

—Ok. Entonces, quédate en la habitación durante todo el viaje y deja pasar la increíble oportunidad de conocer a un tío guapo, sexi y simpático que, además, está pilladísimo por ti —contestó mi amiga—. ¿Vas a dejar que un montón de inseguridades te jodan algo que puede ser maravilloso? Nacho no es Iván. Sé que lo que te ha hecho ese capullo aún te escuece, pero no permitas que su traición te fastidie el futuro. No compares; cada uno es como es.

Cuando Fabiola se ponía profunda, regalaba buenos consejos. Abracé a mi amiga como muestra de agradecimiento por animarme a seguir adelante con Nacho.

—Tienes razón, Fabi. La vida me está brindando una oportunidad fabulosa para ser feliz, ¡tengo que aprovecharla! —exclamé.

—Como mínimo, fóllatelo —soltó. ¡Esa era mi amiga! Ya decía yo que estaba demasiado zen para su forma de ser—. Y después ya decidirás qué haces.

No echamos a reír ante su comentario. Me encantaba su descaro porque siempre me provocaba una sonrisa. En realidad, a veces su atrevimiento también me cabreaba, sobre todo cuando me involucraba a mí en una de sus locuras. Pero, en ese instante, su desfachatez fue tremendamente divertida.

—¿Y tú que tal con la parejita feliz? —Me interesé.

—Creo que me cae mejor Silvia que Javi, ¿qué te parece? —reflexionó.

—Normal. La tía es la caña y él… ¡él es Javi! —Sobraban los calificativos.

—¡Juntos somos la bomba! El sexo es acojonante y nuestras charlas también son interesantes —explicó—. Me siento genial con ellos.

—¿No se te hace raro? —insistí.

—He hecho un montón de tríos —matizó—. Nunca con mi amante y su novia, eso es lo excepcional en este caso. Sin embargo, he de señalar que todo es súper natural entre nosotros. Javi es el más cortado pero, cuando la cosa se anima, rinde como el que más. ¡Anoche me corrí seis veces!

Casi me atraganto con mi propia saliva al escuchar su confesión. ¿Por qué la gente no tenía ningún pudor en airear su vida sexual? Con Fabiola estaba acostumbrada, somos amigas, pero Lorena tampoco tuvo ningún pudor a la hora de hablar de sexo. De todas formas, podían ponerse en mi lugar y pensar que llevaba meses, ¡meses!, sin tener contacto físico con un hombre. Desde la última vez que quedé con Iván y eso había sido hacía mucho. Comenzaba a sentir envidia por la ajetreada vida sexual de los demás. Además, nuestro polvo anulado me dejó con muchas ganas de hacer el amor con Nacho.

—¡Deja algún orgasmo para las demás! —bromeé.

—Ni loca, ¡todos para mí!

Volvimos a estallar en carcajadas. ¡No había nada mejor en el mundo que compartir las penas y las alegrías con una buena amiga! Mi nivel de felicidad aumentó con Fabiola.

—¿Esta noche vuelves a quedar con ellos? —disparé.

—Sí, pero antes tengo una sorpresa para ti —contestó con cara de pícara.

¡Miedo me daba! Sus sorpresas no siempre eran plato de mi gusto.

¿Qué estaba tramando?

32
RECONOZCO

Estábamos súper borrachas, ¡sorpresa! Esa era la sorpresa de Fabi; una tarde noche de chicas, copas, risas y confesiones. Después del baño en la mini piscina, fuimos a nuestra habitación, nos arreglamos, maquillamos y, en menos de una hora, estábamos listas para «¡correrno la mayor fiesta del verano!», tal y como aseguró Fabi.

Nos dirigimos a la cafetería, nos sentamos a la barra y pedimos dos mojitos. Casi nos los tomamos de trago, ¡teníamos mucha sed! Así que pedimos otros dos. Os recuerdo que todas las bebidas estaban incluidas en el precio del billete. Si seguíamos ese ritmo de beber, ¡con nosotras perderían dinero!

—Reconozco… *hip*… que este viajecito en tren… ¡ha sido una gran… *hipdea*! —apunté medio pedo.

El alcohol comenzaba a causar efecto en mi cuerpo debido al ron del combinado y a que tenía la tripa vacía.

—¡Lo sabía! —exclamó mi amiga, levantando los brazos al aire—. ¡Sabía… *hip*… que me darías la razón! —Ella también iba chispilla.

—Al principio me asusté… *hip*… quería estrangularte por haber sido tan zorra —confesé.

—Oye, ¡sin faltar! —saltó a la defensiva.

—Lo digo por astuta; las zorras son animales muy listos —maticé con la clásica elegancia de borracha efusiva y que todo le parece fantástico.

—¡Ah! Entonces… *hip*… lo retiro —añadió Fabi.

—Solo pensaba en Iván, en Iván y en porqué mierdas me había pedido un tiempo —reflexioné—. Ahora, solo puedo pensar en tirarme a Nacho —dije entre risas.

—Y en descubrir cómo es su rabo —señaló Fabiola.

Como veis; nuestra conversación era transcendental y poco superficial. Ya me gustaría oíros a vosotras cuando estéis ciegas de mojitos.

—¡No! Ya se lo vi en la ducha y lo tenía muy bien.

Comencé a separar las manos para que mi amiga se hiciese una idea del tamaño del miembro viril de Nacho. Aunque debido a mi estado, quizás exageré un poco.

—¡Joder, Eli!, ¿tan grande la tiene?, ¿del tamaño de una boa? —se sorprendió.

Las dos estallamos en risas. Estábamos llorando de felicidad; de esa que no se mide ni calcula. De esa que solo te la produce una gran amiga, una hermana.

Entonces se nos acercó una pareja; eran una chica y un chico de unos veinte años.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntas? —preguntó la joven.

Seguramente pensábamos que éramos pareja. ¡Allí todos estaban enamorados!

—¡Una eternidad! —contestó Fabiola—. Nos conocemos desde adolescentes.

—Y nos enamoramos —añadí para evitar que nos pillaran en nuestra farsa.

—Pues llevaréis como veinte años o más juntas y ¡estáis súper contentas! Tenéis mucha complicidad, ¡qué envidia! ¿Cuál es el secreto de vuestra relación? —El chaval intentó ser agradable, pero no midió sus palabras.

Fabi se puso de pie y adoptó un gesto exagerado de ofendida.

—¿Veintitantos años juntas o más? Niño, ¿cuántos años nos echas? —rechistó mi amiga.

El joven se puso un poco nervioso al comprobar que Fabiola estaba molesta por culpa de su

apreciación.

—No sé… ¿Cincuenta? ¡No!, ¿cuarenta y dos? —respondió con timidez.

A Fabiola se le bajó le pedo de golpe con la respuesta del chico.

—¿Cómo? Tengo treinta y un años, guapito —espetó mi amiga—. ¿Quieres saber cuál es el secreto de tener una buena relación? —¡Ay, mi madre! Ya no había quién la detuviese—. ¡Mantener la boca cerrada… *hip*… y no ser tan descarado!

El chico se puso colorado. Sin embargo, su novia no dudó en defenderlo.

—Oye, tampoco ha dicho nada para que te pongas así —rechistó la joven.

—El día que te comente que tienes una cana o una arruga, ¡ya verás como también te cabreas, guapa! Así que agradéceme que le dé clases de educación al chaval —contestó Fabiola.

—Pero… él solo ha dicho que…

—¡Me ha echado veinte años más de los que tengo!, ¡¿te parece poco?! —exclamó.

Yo observaba la escena como si no fuese conmigo, como si contemplara una obra de teatro que tan pronto iba del drama a la comedia.

—¡Vámonos! Está señora está fatal —bufó la chica.

—¡Señorita! —la corrigió mi amiga—. Soy señorita.

Vi con tanta energía a mi amiga que, por un momento, pensé que se ponía a cantar y a bailar el *Señorita* de Abraham Mateo. Sin embargo, los ánimos de Fabiola se templaron cuando la pareja desapareció de la cafetería.

—Serán atrevidos —se quejó.

—Estás como las cabras —me eché a reír—. El chico solo quería ser amable y casi le pegas.

—¡Qué sea amable con su padre! A mí que me deje tranquila —apuntó—. ¿En serio parece que tengo cincuenta años?

—¡Ni de broma! Estás estupenda… *hip*… —la animé.

En realidad, no parecíamos que tuviésemos más edad de la nuestra. Simplemente, aquel chico era un poco gilipollas. No había que darle más importancia al asunto.

Pedimos otra ronda de mojitos, por si llevábamos pocas.

—Reconozco que tu sorpresa ha sido un poco cutre —reí.

—Hoy… *hip*… estás reconociendo muchas cosas —bromeó—. Y ahora, matiza «cutre».

—Joder, ¡me has traído a beber mojitos!, ¿qué clase de sorpresa es esa?

—Eli, ¡estamos en un tren!, ¿qué quieres hacer? —Se encogió de hombros.

—Reconozzzzzco… *hip*… que llevas razón —apunté.

—Otra vez has vuelto a reconocer algo.

Nos echamos a reír como si hubiese contado un gran chiste. ¡Ay, el alcohol y lo tontas que nos vuelve! A veces me recuerda al efecto que causa el amor; te envalentona, te agilipolla y todo te parece divertidísimo. Sin embargo, cuando llega la mañana siguiente, depende de lo que hayas hecho, ¡te puedes arrepentir para siempre! Por no hablar de la resaca… Entonces, pensé en si me arrepentiría en el futuro de dar un paso más en mi relación con Nacho. ¡Bueno! Di otro sorbo al mojito y la duda se evaporó. Tenía que dejar de darle tantas vueltas a las cosas.

—Tengo hambre, tía —me informó Fabi.

—Joooo… *hip*… yo también —aseguré.

—Tengo antojo de dulce —matizó.

—¿Dulce? —Sonreí—. Conozco a alguien que puede darnos cientos de cruasanes.

—¡¿Quién?! —preguntó mi amiga con cierto desespero.

Creo que al mirarme, me imaginaba a mí con forma de cruasán y se relamió dispuesta a darme un buen bocado esperando que estuviese rellena de mantequilla.

—Una amiga que me he echado, ¡es súper maja! Se llama Estefi y es camarera —aclaré.

—Joder, ¡si es… *hip*… camarera, estará currando y no se enrollará! —protestó.

—Vamos a verla y lo intentamos, ¿no? —insistí.

Y ahora vino el clásico arrebato de amiga borracha.

—¡Vale! —respondió Fabi. Después me miró a los ojos y ladeó la cara—. Te quiero, tía.

Yo también ladeé la cara.

—Yo también te quiero, cariño.

Media hora más tarde, Fabi, Estefi y yo estábamos en uno de los almacenes de la cocina del tren, sentadas en el suelo, bebiendo mojitos y comiendo cruasanes como si no hubiese un mañana.

—¡Te he dicho que… *hip*… Estefi es genial! —exclamé.

—¿No te pueden echar por asaltar el almacén y beber aquí? —preguntó Fabiola.

—¡Qué va! Tengo a un compi vigilando por si viene alguno de los jefes, aunque esos no curran por la noche. Seguro que están durmiendo o cenando… —explicó Estefi—. Además, siempre montamos algún sarao por aquí para que el trabajo sea más llevadero y nos cubrimos entre compis. Hoy me ha tocado pasármelo bien a mí. Anoche, por ejemplo, Patri y Julián, dos compañeros, se liaron en este almacén y el resto los cubrimos.

—¡Viva el trabajo duro! —bromeó Fabi.

Estefi cogió de mis manos el vaso de mojito y dio otro trago.

—¡Está fuerte! —exclamó la camarera.

—Le he añadido un poco de ginebra por si perdía fuerza mientras veníamos aquí. —Me encogí de hombros.

En realidad, cuando salimos de la cafetería, como mi vaso estaba medio vacío, agarré la primera botella que había en la barra y la vacié en mi mojito.

—¡Joder!, ¡qué mezcla tan rara, tía! —protestó Fabi—. ¿Ron y ginebra?

Mi amiga llevaba su vaso y no había probado del mío. Entonces, se lo quitó a Estefi y dio un gran trago.

—¡La leche! Está súper fuerte…*hip*…, pero me gusta —añadió—. Le doy un sobresaliente.

Otra vez nos echamos a reír. Nuestro nivel de estupidez iba en aumento a niveles insospechados.

—Termino de currar en quince minutos —apuntó Estefi—. Voy a cambiarme y nos vamos de fiesta.

—¿A la cafetería? —propuse.

—No. Yo no puedo estar allí bebiendo. Mis jefes me prohíben que socialice y salga de fiesta con los clientes. Además, no pueden verme borracha en el tren —explicó la camarera.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Quiso saber Fabi.

—Nos vamos a una fiesta clandestina —respondió.

La cosa mejoraba por momentos. Íbamos a asistir a un evento para muy poca gente y todo apunaba a que sería genial. Sin saber por qué, me vino a la mente una persona.

—Oye, ¿puedo llamar a una amiga para que venga? —pregunté.

—¡Claro! Cuantos más seamos, ¡mejor!

33
IMPLICARME

Una hora más tarde, Fabi, Estefi, Lorena y yo estábamos en un vagón donde los trabajadores del tren se desfasaban y se lo pasaban pipa. Sonaba música, las luces de neón adornaban la estancia, la gente bailaba, bebía y algunos se enrollaban con otros. ¡Era un fiestón! Yo era incapaz de parar de beber mojito con ginebra y de zampar cruasanes.

Las cuatro estábamos sentadas en un sofá comodísimo y charlando.

—Eso es una pasada, tías —apuntó Lorena—. ¡Gracias por haberme invitado!

—Oye, y tu hermano, ¿no le has dicho que venga? —preguntó Fabiola.

¡¡Joder!! Me había olvidado de Nacho. Estaba tan a gusto con mis amigas, que se me habían pasado las horas sin acordarme de él.

—Me habéis comentado que viniese sola, así que no le he dicho nada —respondió ella.

—¿Cómo está?, ¿dónde?, ¿te ha preguntado por mí? —solté.

Lorena se echó a reír antes de responder:

—Está bien. Se encuentra en nuestra habitación y no, no me ha preguntado por ti. ¿Por qué iba a hacerlo? No sabe que íbamos a quedar.

—¡Déjala, va súper pedo y no sabe lo que dice! Ahora se ha acordado de tu hermano y se siente mal por haberlo ignorado —añadió Fabiola.

Me puse roja como un tomate. Todo lo que había dicho mi amiga era verdad. Aun así, quise defenderme, pero Lorena me cortó.

—Está muy pillado por ti —aseguró.

—¿Tú crees? —pregunté por inercia.

—Lo conozco muy bien y sé que le gustas mucho. —La chica no se cortaba al exponer los sentimientos de su hermano—. Le da miedo porque le han hecho daño en el pasado. Pero contigo lo veo diferente, ¡está muy guay! —Entonces, Lorena me miró fijamente—. Espero que no le hagas daño. Nacho es un poco cursi, pero es muy buen tío.

Sentí un pinchazo en el estómago que me incomodó. Nacho me gustaba, estaba sintiendo cosas por él. Sin embargo, no sabía hasta qué punto podría implicarme con él. Acababa de salir de una relación intensa y desconocía si estaba preparada para estar en otra. Aunque él me volvía loca. ¡Ay, loca me iba a volver mi indecisión!

—¡Lo que faltaba!, ¡qué la líes más! —bromeó Fabi para echarme un cable—. Tu hermanito que no vaya tan rápido a la hora de sentir y que los dos disfruten de este viaje.

—¡Eso! —exclamó Estefi—. ¡Este viaje es para disfrutar!

Lorena cogió mi vaso y dio un trago.

—¡Ah!, ¿qué mierda es esta? —protestó.

—Mojito con ginebra —le expliqué mientras sonreía.

—¿Cómo se te ocurre… ? Espera… ¡joder, pasados unos segundos, está bueno! —celebró Lorena antes de dar otro trago.

Yo seguía pensando en Nacho y necesitaba liberar el malestar. Me acerqué un poco más a Lorena y susurré:

—No tengo intención de jugar con Nacho.

Ella me miró con cariño.

—Lo sé, tía. Eres buena persona. Disfruta y olvida lo que he dicho, ¿ok? —contestó.

Pero no podía borrarlo de mi mente. Me sentí responsable de su felicidad y de su sufrimiento. Tal vez el alcohol exagerara las cosas, pero necesitaba decirle a Nacho lo que acababa de confesarle a su hermana.

Entonces, Fabi llamó nuestra atención dando unas sonoras palmadas y colocándose delante de nosotras.

—¡Tengo que compartir algo con vosotras que es muy importante! —exclamó.

La miramos con expectación. ¿Qué era eso tan vital que tenía que contarnos?

—Nadie come mejor el coño que una mujer, ¡os lo aseguro! Los tíos no tienen ni idea de comernos la pepita —alegó orgullosa—. Llevo varias noches disfrutando de un fabuloso sexo oral por parte una mujer y ¡es acojonante!

—No sabía que fueses lesbiana, Fabiola —añadió Lorena.

—No lo soy —respondió.

—¿Bi? —insistió.

—No.

—¿Entonces?

—¡Qué manía con poner etiquetas a todo! —bufó mi amiga entre risas—. Soy amante del buen sexo, ¿te sirve eso?

Lorena asintió, satisfecha de la respuesta de mi amiga.

—Yo ya lo sabía —soltó Estefi—. Yo también soy amante del buen sexo. Y conozco a tíos que lo comen también brutal.

Nos echamos a reír. A mí la conversación cada vez me parecía más surrealista y poco interesante. Ninguna mujer me iba a comer el coño, al menos esa noche, y sentía la necesidad de ver a Nacho. ¡Tenía que verlo!

Puse una mala excusa para levantarme y salir de allí. Le dije que iba a por más mojito a la cafetería, pero no funcionó porque Fabiola dijo «Eli va a buscar a Nacho». No me importó que me delatara. Solo quería volver a verlo.

Me notaba torpe e, incluso, mareada mientras caminaba por los pasillos del tren. Mi corazón latía con fuerza, mi pulso se disparó y creí que estaba al borde de un infarto por culpa de tanta emoción.

Cogí aliento al llegar a la puerta de su habitación. Llamé con la mano. Escuché cómo Nacho preguntaba: «¿quién es?», desde dentro. Respondí: «¡yo!», casi temblando. Oí cómo se levantaba y se acercaba a la puerta.

Cuando abrió, casi me mareo de la impresión al verlo solo con un pantaloncito corto ajustado.

—Eli, ¿qué haces aquí?, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí… *hip*… necesito hablar contigo, ¡es importante! —aseguré.

—Pasa.

34
EN SU HABITACIÓN

Una vez dentro, Nacho se sentó sobre su cama. Después me miró extrañado antes de sonreír. ¡Su sonrisa era impresionante! Me tranquilizaba y a la vez me ponía nerviosa.

—Pensaba que ya no querías saber nada de mí. —Se echó a reír.

—¿Por qué? —pregunté. Aunque conocía su respuesta.

—Te he escrito varios mensajes y no has respondido. Además, no sé nada de ti desde hace horas.

Os prometo que no sonó a reproche. Solo estaba sorprendido.

—Es que… *hip*… mi amiga Fabiola me ha liado, ¡se ha empeñado en darme una sorpresa! Y toooooooooodas sus sorpresas incluyen alcohol. —Levanté los brazos como gesto de inocencia. Solo me faltó añadir: «yo no quería, pero mi amiga me obligó a beberme los cinco o seis mojitos que llevo en el cuerpo». Después me senté a su lado—. No suelo beber y lo poco que he tomado se me ha subido a la cabeza. —¡Vaya excusa de mierda!—. Solo estoy así por la falta de costumbre.

Nacho soltó una gran carcajada. A mí me resultó divertido y le acompañé en su risa.

—Qué guapo eres —susurré sin pensar.

¡No!, ¿por qué? ¿Cómo fui capaz de soltar semejante cumplido sin que antes me piropeara él a mí? Me avergoncé al momento. Aunque después pensé que esa idea rancia de tener que piropearme el chico antes, no iba conmigo. Y volví a clavar mis ojos en los suyos.

—Gracias —respondió feliz—. No esperaba tu cumplido, pero lo acepto de buena gana.

—Tú también puedes piropearme a mí… *hip* —contesté.

¡Mierda! Eso sí que rozó el patetismo, ¿no creéis?

—Yo lo hago encantado, porque me pareces la mujer más interesante, atractiva y divertida que conozco —añadió, dejándome sin habla.

—Suelo causar ese efecto —bromeé para no caer rendida a sus brazos.

¡Ese hombre comenzaba a gustarme muchísimo! ¿Me dejaba llevar por mi instinto y hacíamos el amor ahí mismo o le hacía caso a mi lado más sosegado y me iba de allí corriendo? ¡Sorpresa! Seguro que pensabais que ya había decidido qué hacer con Nacho. Que ya estaba súper segura de liarme con él y entregarme al placer, es lo que os había dicho antes, ¿verdad? Pues no, ¡yo era así! Otra vez volvía a la incertidumbre y al no saber qué hacer. Iván se asomaba desde el pasado para joderme el presente y los miedos me azotaban de nuevo. Aunque he de reconocer que mis temores con Nacho eran menos intensos. No sabía por qué, pero con él notaba que me lanzaba con red. ¡Era una sensación maravillosa! Como cuando alguien te gusta y sabes que eres correspondida. Aunque no estés segura del todo, intuyes que él también siente algo fuerte por ti. ¡Pues así me sentía con Nacho! Ilusionada y deseada.

Nacho volvió a reír ante mi respuesta. A continuación, deslizó su mano por mi cuello, cortando mi respiración al mirarme intensamente.

—¿Has venido a piropearme o quieres decirme algo? Supongo que será importante porque te has presentado a las dos de la madrugada sin avisar.

Entonces recordé el motivo de mi visita y me tensé por completo.

—Sí, claro. Necesito comentarte algo. —Me separé un poco de él porque no era fácil lo que tenía que decirle y me sentía incómoda. La distancia me iba a ayudar… y el alcohol también—.

¡No quiero jugar contigo! —solté sin anestesia.

—¿A qué? —Frunció el ceño. El pobre no entendía nada.

—Tu hermana ha dicho que te estabas pillando y tú a mí también… *hip*… me gustas. Pero acabo de salir de una relación, bueno en realidad no sé muy bien en qué punto estoy con mi ex… solo que nos hemos dado un tiempo. —Ya empezaba a divagar. «¡Céntrate, Eli y ve al grano!», me ordené mentalmente—. Me gustas, me siento cómoda contigo y me pones un montón, pero no sé hasta dónde podré llegar y no quiero hacerte ilusiones o jugar contigo.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —insistió él.

—Lorena ha asegurado que estás coladísimo por mí y ahora que lo sé, no quiero jugar con tus sentimientos —repetí mis intenciones una vez más.

—Mi hermana es muy bocazas, ¿no crees? —reflexionó él.

—Es que estábamos todas borrachas en el vagón clandestino. —¡Perfecto!, ya había bautizado al vagón de los trabajadores, yo era así—. Bueno, tu hermana no iba muy pedo aún. Fabi le preguntó por ti y no sé cómo ella nos contó que estabas loco por mí.

—¿A quién? —Quiso saber él.

Sabía que tenía que haberme callado hacía un buen rato ya. Sin embargo, mi incontinencia verbal estaba en su máximo esplendor.

—A todas las que estábamos allí; Fabi, Estefi… *hip*… yo… Creo que no había nadie más. ¡Ah, sí! También estaba tu hermana.

—¡La mato! ¿Cómo se le ocurre contaros algo tan íntimo? —preguntó ofendido.

—¡Uy, guapito! Nosotras somos así; nos lo contamos todos. ¡Somos amigas! —respondí orgullosa.

—Acabas de conocer a mi hermana hace un par de días y ¿ya sois amigas?

Con su pregunta desmontó mi argumento. Pero entonces caí en algo.

—Tú y yo nos conocemos desde hace ese tiempo y somos más que amigos, ¿no? —rebatí.

¡Bien por mis neuronas!, que al parecer trabajan genial bañadas en ron.

Nacho suspiró molesto, sabía que llevaba razón, pero no le hizo gracia que su hermana fuese aireando sus sentimientos a los cuatro vientos. Y menos a mí.

—Me gustas mucho. Creo que no es ningún secreto ni te lo he ocultado, ¿no? —aseguró.

—Y tú a mí. En tan solo unos días estoy sintiendo cosas por ti que jamás he sentido por nadie —confesé—. Pero no sé hasta dónde puedo llegar y no quiero hacerte daño.

—Eli, no te he pedido nada. Solo quiero dejarme llevar porque, lleguemos a dónde lleguemos, sé que valdrá la pena —contestó y me enamoré un poquito más de él.

Mi corazón se aceleró al escuchar sus palabras. Nadie había sido tan honesto y valiente conmigo. Noté un pinchazo en el estómago, no os asustéis; no eran nauseas por todo lo que había bebido, era algo especial. Quizás, ¿amor? No me asusté, es más, ¡me ilusioné! Era la primera vez que sentía amor y no me acobardaba, al contrario, me sentí fuerte.

—Joder, Nacho. Lo que has dicho es precioso —susurré feliz.

—Es lo que siento. Me gustas, me encantas, me pones a cien y no pienso desaprovechar la oportunidad de conocerte mejor. Si luego no funciona o somos incompatibles, ¡por lo menos nos habremos dado una oportunidad!, ¿no crees?

Sin pensármelo dos veces, le besé. Sentí la necesidad de desnudarme y hacer el amor con él. Nacho no solo encendía mi corazón, sino también mi cuerpo. Aquel hombre incendiaba mis sentidos y desataba mi lado más sensual. Llevé la mano hasta su entrepierna para hacerle saber mis intenciones. Entonces, él me detuvo, cortándome el rollo de una forma brutal. ¿Qué pasaba? Lo miré entrañada.

—Vas muy pedo, Eli —susurró.

—¿Y?

—Prefiero que la primera vez que hagamos el amor estés en plenas facultades, ¿no crees?

No. Claro que no. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Llevaba un tiempo fantaseando con cabalgar encima de él. Así que la respuesta era un gran «¡No!». Sin embargo, comprendí su postura e intenté no parecer muy desesperada. Os confieso una cosa, aunque me jodiese su negativa, también agradecí su gesto.

—¿Seguro? —pregunté.

—Seguro. Tengo muchas ganas de follarte —confesó. Se le notaba porque estaba empalmado—. Pero quiero que estemos bien los dos. Seguro que disfrutaremos mucho más.

—Borracha he disfrutado de buenos orgasmos. —¡A tomar por saco mi intención de no parecer desesperada!

Nacho se echó a reír antes de regalarme un beso cargado de cariño. Ese beso fue la señal de que no íbamos a follar, me resultó demasiado tierno.

Entonces, alguien llamó a la puerta. Preguntamos quién era, pero Lorena abrió la puerta. A continuación, entraron Fabi, Estefi y Silvia. ¡Ya estaba todo el aquelarre de brujas reunido!

—¡Sabía que estaba aquí! —exclamó Fabiola.

La miré con indiferencia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Nacho mientras se ponía una camiseta.

—Hermanito, tenemos una duda descomunal y hemos venido a resolverla porque tú eres muy inteligente… *hip* —anunció Lorena, que ya iba un poco chispilla.

—¿Cuál?

Todas aplaudieron súper borrachas como si Lorena fuese a formular una gran incógnita para la humanidad.

—Las habitaciones de los trenes, ¿cómo se llaman?, ¿camarones? —disparó, dejándome alucinada del nivel de ridiculez de la cuestión.

—¿Perdona? —soltó Nacho sin dar crédito.

Las chicas comenzaron a reír.

—Yo he dicho que se llaman camarotes, ¿a que sí? —apuntó Fabiola.

—No sé cómo se llaman —respondió Nacho muy confundido.

Yo como aún iba pedo, me resultó muy divertido. Después del shock inicial empecé a ver la pregunta como un gran enigma para el ser humano. Entonces caí en algo.

—Chicas, Estefi. —la señalé con la mano—, lo tiene que saber, ¡ella trabaja aquí!

¡Genial! Ya estábamos todas gilipollas.

—Yo sé de cócteles. De diseños de tren no tengo ni idea. —La camarera se encogió de hombros.

—A mí, camarote me suena raro, ¿no? No sé eso es para los barcos o yates —reflexioné.

—Chicas, ¡¿qué importa cómo se llame a las habitaciones de los trenes?! —Nacho estaba escandalizado—. Pasan de las dos de la madrugada y habéis venido hasta aquí para molestarme con esa chorrada.

—¡Uy, qué tiquismiquis! —Bufó Fabi—. Seguro que cuando ha venido Eli no se ha ofendido tanto —bromeó.

¡Otra vez todas a reír! Mientras el pobre Nacho estaba superado por la situación.

—¿Le preguntamos al capitán? —propuso Silvia, que después me enteré de que la habían llamado para que se apuntara a la fiesta cuando yo fui a buscar a Nacho.

—No se llama capitán, se llama maquinista —matizó Estefi—. Y es muy majo, ¡vamos a

preguntárselo!

—No. Tú trabajas aquí, si te ve pedo te despedirá —le informé.

—¡Pues se lo preguntáis vosotras! —propuso la camarera—. Os digo donde está, me escondo mientras… *hip*… le hacéis la consulta y luego me lo contáis.

—¡Ya estamos tardando! —exclamó Fabiola.

El disparate cada vez era mayor. Nosotras estábamos decididas en buscar al maquinista para que resolviese nuestra duda, cuando, por suerte, Nacho nos detuvo.

—Chicas, ¡dejaros de chorradas! No molestéis a nadie y buscad la respuesta en Google, ¡cómo hace todo el mundo! —añadió Nacho.

Nosotras nos miramos sorprendidas ante la obviedad y volvimos a reír.

—Mi hermano es el más listo —celebró Lorena.

—Eres un genio —señaló Silvia.

Saqué el móvil y lo busqué. Después leí la respuesta:

—Se llaman compartimentos con literas o camas —expliqué.

—¿En serio? —protestó Estefi.

—A mí no me gusta ese nombre —aseguró Fabiola—. Yo les llamaré camarotes.

—A mí tampoco me mola. «Te espero esta noche en mi compartimento con cama» —dijo Silvia—. ¡Suena fatal! Prefiero llamarle habitación o dormitorio.

—O nido de amor —apuntó Estefi.

—O picadero —señaló Fabiola.

Estallamos en risas. En esa ocasión, se sumó Nacho también. Seguro que pensó que, si no podía con el enemigo, lo mejor era aliarse a él.

Nos quedamos en su compartimento con cama, habitación, nido de amor o picadero, como queráis llamarlo, durante toda la noche. Estuvimos contando chistes, confesiones y riéndonos hasta las tantas.

Lo mejor de todo fue… que me quedé dormida entre los brazos de Nacho. ¿Sería la primera de muchas veces? No lo sabía, lo único que podía asegurar fue que me encantó dormir con él. Fue genial.

35
¿AÚN ME QUERÍA?

Los primeros rayos del sol se colaron por la ventana de la habitación de Nacho. Me despertaron al detenerse justo en mi cara, ¡un despertador natural muy eficaz! Me incorporé sobre la cama, estiré mi cuerpo y lancé un gran bostezo. ¡La reina estaba levantada! Aunque me asusté al ver toda la fauna que me rodeaba; Fabi, Lorena, Estefi y Silvia también estaban durmiendo en la misma habitación. Unas sobre la cama y otras en el suelo. Eché un vistazo para asegurarme de una cosa; ¡Nacho no estaba! Seguro que había salido huyendo de nosotras, ¡yo también lo habría hecho!

Decidí salir de allí por varios motivos; los ronquidos de Lorena eran mayúsculos, el olor a leopardo era bastante intenso y necesitaba llenar mi tripa de comida. ¡Estaba hambrienta!

Aunque lo que más me apetecía era averiguar dónde estaba Nacho. Así que fui hasta mi habitación para arreglarme un poco. Me peiné a toda velocidad, me puse una camiseta limpia y me eché encima medio bote de colonia. ¡Ya parecía alguien medio presentable! Salí de la habitación con la intención de acudir a la cafetería del tren cuando «¡Oh, la, la!», miré por una de las ventanas del pasillo y vi que estábamos en París.

Mi corazón dio un vuelvo al saber que ya habíamos llegado a la ciudad del amor. Por la ventana podía ver la Torre Eiffel de fondo, entre los edificios de la ciudad. Quise chillar de felicidad. Un torrente de alegría me invadió de arriba abajo y comencé a dar saltitos de emoción.

¡Estaba en París! No era la primera vez que visitaba la capital francesa, pero mi cena con Nacho y la idea de pasear junto a él por las románticas calles de París, me aceleraban el corazón.

Entonces, recibí un mensaje en el móvil. Supuse que era Nacho para preguntarme si quería desayunar con él un delicioso cruasán de mantequilla y un café con leche.

Desbloqueé el móvil y casi me da un infarto al leer el mensaje de Iván.

> Buenos días, Elisa. No sé nada de ti desde hace un día. ¿Estás bien? Quiero hablar contigo. Es importante.

Me quedé sin respiración. ¿Sobre qué quería hablar conmigo? ¿Otra vez pretendía machacarme? No le respondí, pero recibí otro mensaje:

> Quizás me equivoqué al pedirte que nos diésemos un tiempo.

Las dudas me azotaron con mucha fuerza. ¿Aún me quería?, ¿estaba pidiéndome volver?, ¿y yo qué quería hacer?, ¿se había propuesto joderme?, ¿le contestaba?, ¿le llamaba?

Una lágrima resbaló por mi mejilla. ¿Por qué estaba haciéndome eso? Tan pronto me decía que necesitaba tiempo, como que quizás fue un error tomarnos ese tiempo. ¿Ya no lo tenía tan claro? Necesitaba salir de dudas. Tenía que responder. No pensaba huir.

De repente, sonó mi teléfono. Iván me estaba llamando.

Descolgué.

—¿Diga?

36
OÍR SU VOZ

La garganta estaba seca, mi pulso se disparó y por un momento olvidé el sonido de su voz hasta que:

—Buenos días, Elisa. ¿Cómo estás? —preguntó desde el otro lado de la línea.

En ese instante me sentí a su lado, como si no hubiese pasado el tiempo desde la última vez que estuvimos juntos. Recordé la peli que vimos tumbados en el sofá de su casa; él me abrazaba mientras yo apoyaba la cabeza en su pecho. Volví a traer a mi mente su desenfadada risa cuando algo le hacía gracia, como cuando se me manchaba el labio al beber leche y me decía que tenía bigote. Volvieron a resonar en mi cabeza sus gemidos cuando hacíamos el amor. Me estremecí al escuchar su voz porque un pasado no muy lejano se hizo presente otra vez, quisiera o no.

—Imagínate cómo estoy —bufé—. ¡Fatal! Hace unos días, sin darme ninguna explicación, me apartaste de tu vida. ¡Me pediste que no diésemos un tiempo! Estoy muy mal, Iván. Y ahora, cuando me voy haciendo a la idea de que no estamos juntos, me dices que te equivocaste en tu decisión.

Comencé a llorar. No sabía si estaba feliz por su rectificación o cabreada por sus idas y venidas sentimentales.

—Metí la pata, lo reconozco —aseguró—. Puede que me precipitara al pedirte un tiempo.

—No, Iván. ¿Sabes cuándo metiste la pata?

—¿Cuándo?

—Al no contar conmigo. Al tomar tú solo la decisión de romper —confesé triste, pero segura. Su comportamiento me había lastimado, aunque las heridas comenzaban a sanar—. Puedo comprender que te hayas desenamorado, que ya no quieras estar conmigo… Me duele, pero lo entiendo si es así. Sin embargo, que te negaras a hablar o ignorarás mis sentimientos, ¡ese fue el gran error!

Hubo un silencio antes de que él respondiera. Lo escuchaba respirar desde el altavoz de mi teléfono… lo noté nervioso.

—Soy un idiota. No hago nada bien.

Jugó su papel de víctima. ¡Se le daba de maravilla! Asumía su error, pero con cierto derrotismo. Sabía que siempre le funcionaba ese truco conmigo, porque yo me compadecía de él y así Iván siempre se salía con la suya.

Sin embargo, en ese instante todo era diferente. Su frialdad mostrada los días anteriores y la distancia me ayudaron a darme cuenta de sus jugadas. De esa forma pude defenderme y no caer en su trampa.

—En absoluto eres idiota, Iván. Y sabes perfectamente que haces muchas cosas bien —argumenté—. Sueles pensar muy bien tus pasos y, si hace unos días pretendías cortar nuestra relación, era porque estabas convencido. Así que me lo comunicaste con una dosis extra de crueldad, cortaste el contacto e incluso, tenías tanta prisa por echarme de tu vida, que me propusiste enviarme mis cosas por mensajero. Ahora me sorprende que me vengas con esta llamada reconciliadora y tú yendo de víctima. ¿Sabes lo mal que he estado estos días? ¡Me dejaste, me pediste un tiempo y no me diste ni una sola explicación! No me merecía eso de tu parte.

Las manos me temblaban, no por inseguridad sino de rabia al recordar su crueldad.

—Lo siento, Eli. No sé qué mierdas me pasó —se lamentó.

—Ni yo, Iván. No te reconocía.

—¡Ven a Oporto y lo solucionamos! —me propuso, dejándome helada—. O voy yo a Madrid.

—¡No! —chillé—. Estoy de viaje. Ahora soy yo la que necesita pensar y tiempo.

—¿Dónde estás?, ¿con quién te has ido? —preguntó nervioso.

—No te importa.

—¿Qué te pasa, Elisa? —disparó. Esta era su segunda parte de plan; hacerme sentir culpable de algo que no era responsabilidad mía—. ¿Por qué me haces esto?

—No te estoy haciendo nada. Te recuerdo que fuiste tú el que pidió un tiempo. Yo he intentado salir a flote como podía. Aunque te confieso que la vida es sabia y pone en tu camino a gente maravillosa para recordarte lo mucho que vales —confesé feliz al pensar en Fabi, Lorena, Estefi y en Nacho.

—¿De qué estás hablando? ¿Te has mentido en alguna secta o algo así? —Quiso saber.

El pobre no se enteraba de nada. Siempre fue incapaz de ver más allá de su propio círculo. Cuando estaba con él no pude darme cuenta de cómo era. Sin embargo, con el tiempo y la distancia aprecié su verdadera forma de ser; egoísta y narcisista.

—Voy a colgar, Iván. Pensaba que ibas a llamar para darme alguna explicación de tu actitud, pero he comprobado que te falta valor para hacerlo —respondí con contundencia—. Necesito tiempo para pensar en lo que quiero y en lo que no. Por favor, no me llames más.

—¿En serio?, ¿cuelgas ya? ¿Qué te pasa? —repitió sorprendido porque no caí rendida a sus pies como siempre hacía—. ¿Ya no sientes nada por mí?, ¿ya me has olvidado?

Un torrente de mala uva me recorrió de arriba abajo por ser tan irrespetuoso y manipulador.

—No te he olvidado, Nacho —solté sin pensar.

Me quedé flipando al darme cuenta de lo que acababa de decir. Mi subconsciente me traicionó y le cambié el nombre. Deseé que no se hubiese percatado, pero era poco probable.

—¿Quién es Nacho? —preguntó ofendido.

¿Veis? Era poco probable. Suspiré agobiada.

—Un amigo —aseguré. Tampoco mentí, por ahora éramos amigos—. Aunque tampoco te importa, ya no estamos juntos.

—No quieres saber nada de mí por él, ¿verdad? Por el gilipollas de Nacho —espetó furioso.

¡Lo que falta! ¿Yo me iba a tragar ese discurso acusador para hacerme sentir fatal y él aliviar el peso de sus decisiones? ¡No! La mala de la peli no era yo. Quizás él tampoco, pero os aseguro que ni de broma era yo.

—¡Se acabó! —exclamé—. No aguanto más tus faltas de respeto, Iván. No quiero saber nada de ti porque me has hecho daño, porque me has dejado sin darme una explicación y porque eres un puto egoísta de mierda. Nunca, ¡nunca!, te haces responsable de tus actos y siempre cargas contra mí. Me he hartado. Tampoco he dicho que no quiera saber nada de ti, solo que necesito tiempo para pensar qué es lo que quiero. Aunque con tu actitud de Neanderthal me estás poniendo las cosas muy sencillas para tomar una decisión respecto a lo nuestro —aclaré cabreada.

—No sé qué haré si me dejas… —susurró.

Esa vez su papel de víctima me llegó al corazón. Me causó pena, ternura y despertó la

nostalgia de nuestros días felices juntos. Tragué saliva para asimilar sus palabras. Mis ojos se volvieron vidriosos de nuevo. Estaba tan confundida que no sabía qué hacer.

Entonces, Iván soltó un gemido de sorpresa.

—Tengo otra llamada, ¡te dejo! —anunció sin decir nada más.

Yo me quedé tan sorprendida por su actitud que fui incapaz de creer que hubiese colgado. ¿Estaba tan dolido que no quería que escuchara cómo lloraba? Aunque eso no me encajaba porque el llanto era una de sus armas más poderosas para que yo cediese ante sus exigencias. ¿Le llamaron de verdad?, ¿quién? No tenía ni idea de lo que acababa de suceder.

Miré la pantalla del teléfono anonadada para cerciorarme de que la llamada había finalizado. Sin saber por qué comencé a llorar con más intensidad. Entonces llegué a una conclusión, que intentaría recordarla con el tiempo; aquella relación no me hacía ningún bien. Fijaos cómo me desequilibró hablar con Iván esa mañana. Yo estaba feliz por estar en París y él consiguió arruinarme el momento. Además, sin importarle cómo estaba, colgó.

—Eli, ¿estás bien? —preguntó una voz femenina, que reconocí al momento.

Me di la vuelta para sonreír con timidez al mismo tiempo que negaba con la cabeza a Estefi, que estaba en medio del pasillo. Ella me abrazó con cariño.

—Vamos a por un café y me cuentas qué ha pasado.

37
GENTE VITAMINA

Estábamos en la terraza de una cafetería preciosa, situada muy cerca de la estación. Estefi y yo fuimos a desayunar mientras yo le contaba lo que había sucedido con Iván.

—¿Te ha colgado sin más? —preguntó mi amiga sorprendida—. Ese tío es gilipollas, Elisa.

—No sé a qué está jugando. Me deja, me pide volver y después me cuelga abruptamente. ¡No entiendo nada! —me lamenté.

Estefi apoyó las palmas de la mano con fuerza sobre la mesa.

—¡No hay nada que entender! ¿Por qué nos empeñamos en intentar descifrar el manual de instrucciones de los hombres? —reflexionó molesta—. Siempre vienen en un idioma que no sabemos leer, están caducados y ¡qué narices!, prefiero que lean mi manual de instrucciones que intentar averiguar cómo son los tíos. Estoy hasta el coño de pasarlo fatal por amor —puntualizó —. Soy una chica joven, sexi, atrevida, divertida e inteligente… la persona que esté a mi lado que me quiera como soy. No voy a cambiar por nadie ni por gustar a nadie. Solo cambiaré para acercarme a mi mejor versión, ¡pero porque a mí me da la gana! No porque me lo imponga un tío o la sociedad.

¡Caray! Estefi estaba cabreada con los hombres y con el mundo. Comprendí su enfado porque su historia personal era dura. Aun así, quise animarla.

—Tienes razón, cariño. Yo también estoy cansada de intentar adivinar los pensamientos o deseos de los demás para complacerles. Creo que la sociedad nos ha hecho un poco sumisas y está súper bien visto que atendamos las necesidades de los demás y olvidemos las nuestras —maticé.

—¡Exacto!

Cogí a mi amiga de la mano.

—No obstante, tampoco podemos catalogar a todo el mundo de esa forma. Estoy dolida con Iván por lo poco generoso, sentimentalmente hablando, que es conmigo. Es egoísta, narcisista y un capullo monumental. Sin embargo, no me voy a dar por vencida. No todos los chicos son así; Nacho es un hombre increíble y no voy a permitir, por mucho que me cueste, que mi experiencia con Iván fastidie mi relación con Nacho.

Me enorgullecí de mi reflexión. ¡Ese viaje me estaba transformando! Ya no era la chica frágil que se aferraba al pasado, aunque fuese un error. Esos días me habían servido para pensar, para saber lo que quería, para aprender a respetarme y escucharme. ¿Por qué no lo había hecho antes? Porque la velocidad del día a día no nos permite pensar ni escucharnos. Nos levantamos y ya vamos acelerados; desayuno, correr para ir a currar, trabajar todo el día, realizar algo de deporte, quedar con alguna amiga o familiar, cenar y a la cama. Y pocas veces dejamos espacio para nosotras; ¿cuándo nos paramos a atender nuestras necesidades?, ¿cuándo nos damos un capricho?, ¿cuándo nos dedicamos un poco de tiempo para nosotras?

Ese viaje me estaba permitiendo disfrutar de tiempo para mí, para escucharme y para saber qué quería en mi vida. Por ese motivo estaba siendo tan transformador.

—¡Que se vaya a freír churros tu ex y sus actos narcisistas de mierda! —masculló Estefi mientras levantaba la taza de café con la mano.

—O que me deje en paz una larga temporada —añadí.

Las dos nos echamos a reír. Era increíble darse cuenta de cómo una amiga te ayudaba a pasar de estar mal y llorando a sentirte mejor y reír sin parar. Eso era lo que quería; gente vitamina que sumaba alegrías.

—¿Cómo estás?, ¿has hablado con tu madre? —me interesé.

Estefi negó con la cabeza antes de dar un sorbo a su bebida.

—Disculpa, tal vez no te apetezca hablar del tema —supuse.

—No. Ya sabes que no tengo problemas en hablar. ¡Ayer te demostré que soy un libro abierto! —rio—. Quiero llamarla más tarde. No sé si lo haré luego o mañana. Aunque a veces me faltan fuerzas porque es muy cabezota y no me hace caso.

—Sé comprensiva con ella —le aconsejé—. Además, si tu madre es la mitad de inteligente que tú, seguro que no tarda en darse cuenta de que tu padre es un imbécil.

—¡Uy, Elisa! Llevan mucho tiempo juntos… mi madre está ciega porque cualquier persona medio normal vería que mi padre es un cerdo —apuntó ella.

Estefi soltó un suspiro, dejando claro que la situación le preocupaba mucho. Después, cambió su gesto serio para mostrar una preciosa sonrisa.

—¡Anoche lo pasé genial! —exclamó feliz—. Necesitaba una juerga así desde hacía tiempo. ¡Gracias por llamarme!

—¡Me caes súper bien! —confesé—. Además, eres nuestra proveedora privada de cruasanes, ¿cómo no te íbamos a llamar? —bromeé.

—Todo el mundo me quiere por los bollos —siguió con la guasa.

—Y porque eres increíble. Los cruasanes están muy ricos, pero tú molas más —añadí.

—Oye, vas a hacer que suelte alguna lagrimilla con tanto piropo. —Me dio un manotazo en la pierna a modo de protesta—. No estoy acostumbrada a tratar con gente tan cursi.

—¿Me ves cursi? —pregunté.

—Te veo buena gente y eso está genial. Eres la única pasajera que se ha molestado en invitarme a la playa o a tomar algo. Aunque ahora ya sé que Fabiola no es tu novia si no tu amiga y tienes mucho tiempo libre. ¡Por eso me invitaste! —me acusó.

Era lógico que, con la movida de anoche, Estefi atara cabos. O quizás le dijimos la verdad en un momento de borrachera. Ya no me acordaba.

—Te invité porque me salió del chichi —reí.

—Entonces, Fabiola es tu amiga. Lorena y Nacho son hermanos, pero tú y él estáis liados. Silvia tiene novio y Fabiola se acuesta con la pareja. ¿Me dejo algo? —recapituló.

¡Joder!, para ir pedo tenía muy buena memoria.

—A Lorena la dejaron plantada el día de su boda y su ex quiere volver con ella. Sabe que está en París y va a venir a recuperarla. ¡Ah! Y Lorena se ha acostado con tu compi Ramón —señalé.

—¡No jodas! Esto está más interesante que una telenovela venezolana —susurró.

—Solo falta que nos actualices cómo está tu vida sentimental —le pedí.

—Yo soy un alma libre. No me ato ni loca. Gracias a las apps de ligoteo, tengo un rollo en cada ciudad que paramos —confesó orgullosa—. Cada vez que tengo ganas de fiesta, ¡quedo con uno y no me complico! Seguro que esta noche me cito con un parisino guapísimo para pasar una velada fabulosa.

—¡Esta noche lo vas a pasar de puta madre! —exclamé.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —pregunté.

—¿Qué tal con el guaperas, hermano de Lorena? —matizó.

—¡Me encanta, tía! Es atento, simpático, cariñoso, dulce y está buenísimo —apunté feliz —. Me hace sentir bien. Nos estamos conociendo poco a poco, pero al mismo tiempo vamos a toda velocidad. Nuestros cuerpos se reclaman y me muero de ganas por hacer el amor con él.

Me sorprendí al sincerarme con Estefi. Sabía que Nacho me gustaba, pero ignoraba que tanto.

—¿Aún no te lo has follado? —Se escandalizó.

—No hay prisa. Acabo de salir de una relación de más de tres años —me excusé.

—Y también acabas de confesar que te mueres de ganas por tirártelo.

Estallamos en risas. Yo solita me había delatado.

—Pues sí. Anoche era el momento ideal, pero…

—Nos presentamos y os cortamos el rollo —me interrumpió Estefi.

—No. Me dijo que como iba pedo, prefería esperar a que estuviese bien para hacer el amor —contesté.

Estefi se rascó la nuca.

—¡Qué raro! —soltó—. O es un tío encantador y respetuoso… o está fatal de la chota —bromeó—. Hoy en día, pocos hombres son tan caballerosos.

—Ves, como generalizar no está bien —la corregí.

—Lo que tú digas. Que sepas que todos los tíos con los que quedo solo piensan en abrirme de piernas.

—Porque quedas con ellos a través de aplicaciones donde solo se busca echar un polvo —señalé—. ¡Es normal que solo piensen en eso!

Estefi puso los ojos en blanco antes de soltar un suspiro.

—Me rindo, ¡no voy a generalizar nunca más! —bromeó—. ¿Contenta?

—Un poco —reí.

—¿Qué harás cuando acabe el viaje?, ¿seguirás quedando con él? —disparó.

Esa pregunta aún no me la había planteado en mi cabeza. No tenía ni idea de lo que haría después de esta aventura en tren.

—He comprobado que me va mucho mejor cuando vivo y disfruto del presente. Así que te responderé a esa pregunta más adelante porque ahora no lo sé. Nacho me gusta, me acelera el pulso y cada vez lo siento más próximo a mí —me sinceré—. Pero no sé qué pasará después de este viaje.

De repente, un mensaje me llegó. Imploré al universo que no fuese de Iván o de lo contrario lo bloquearía. Me alegré al comprobar que era de Nacho.

Buenos días, Elisa. ¿Te apetece dar un paseo por las calles de París?

¡Esos mensajes son los que necesitaba recibir! Los que me provocaban cosquillas en el estómago de pura felicidad y no los que me provocaban nauseas por ser irrespetuosos.

Me apetecía un montón ese paseo. Aunque sería después de disfrutar del desayuno y la compañía de Estefi. No iba a dejarla plantada para ir al encuentro de Nacho.

Ese viaje también me enseñó que cada persona es especial, que hay que priorizar a quién te trata con cariño y que jamás tenemos que descuidar a las amigas. Son quiénes te escuchan, consuelan y celebran tus éxitos.

38
TODO UN CABALLERO

Mi desayuno con Estefi fue estupendo. Nos reímos todo el rato y juntas nos desahogamos. Después de la intensa llamada de Iván, fue justo lo que necesitaba. Risas, bromas, confesiones y reafirmarme en mi idea de apartar al cretino de mi ex de mi vida durante un tiempo.

Más tarde había quedado con Nacho en el tren. Así que mi amiga y yo caminamos despreocupadas hasta llegar a la estación. Al llegar al andén, Nacho me esperaba apoyado en una de las puertas del tren con una gran sonrisa en la cara, de esas que te calientan cualquier día de invierno, y un ramo de flores.

El tío era un hortera, lo reconozco. ¡Hacía años que nadie me regalaba flores! ¿Eso aún se llevaba? Sin embargo, su gesto me encantó. Fue maravilloso cuando sus ojos se iluminaron al verme y se acercó a nosotras para darme el ramo.

—Buenos días, chicas —saludó—. ¡Son para ti!

El ramo era precioso; estaba compuesto de muchas flores de distintos colores y olía genial. Al cogerlo, él me dio un beso en la mejilla.

Estefi sonrió ante su gesto caballeroso, me cogió del brazo y susurró:

—Este tío es la leche. No lo dejes escapar.

Sentí un gustirrinín inigualable. ¡Por fin alguien me trataba como yo me merecía! Y, además, él me atraía sin remedio. ¿Habría alguna pega? «¡No!», me ordené mentalmente, «deja de buscar defectos en lugar de disfrutar».

—Gracias, Nacho. —Acerqué la nariz a las flores para volver a perderme entre su maravilloso aroma—. Son muy lindas.

—Como tú —respondió él, dejándome alucinada ante su descaro.

Estefi soltó una carcajada.

—¡Chicos, yo me voy! Esto se está poniendo demasiado intenso para mí —bromeó antes de irse.

Nacho y yo estallamos en risas. El comentario de mi amiga nos ayudó a relajar el ambiente. ¡Mejor, mejor! O volveríamos a dejarnos llevar por nuestros impulsos y el plan de pasear por París con él me apetecía muchísimo.

—¿Qué tienes pensado hacer? —pregunté.

—No sé… es la primera vez que estoy en París, ¿vamos a ver la Torre Eiffel? —propuso.

—¡No me lo puedo creer! Un romántico empalagoso como tú, ¿no ha estado nunca aquí? —bromeé.

—Ja, ja, ja. ¡Vaya fama me pones, Elisa! —bufó entre risas.

Levanté el ramo con la mano.

—Acabas de regalarme flores, así que un poco de razón tengo, ¿no?

—Un poco —cedió antes de darme un beso en la boca—. Pero sé que te gusta.

—Mucho… —pronuncié mientras saboreaba el beso que nos habíamos dado.

¡Todo de él me gustaba! Cada vez iba a ser más complicado protegerme ante una decepción si la cosa entre nosotros no iba bien. Cada vez sentía más. Sin embargo, no me importaba en absoluto. Sabía que pasara lo que pasara; merecería la pena el riesgo.

—¿Vamos a la Torre? —insistió.

—Es más bonita cuando no hay luz. Además, mañana cenaremos allí. ¿Qué te parece si

ahora te sorprendo yo a ti?

—¡Perfecto!

39
DEJAR LIBRE EL INSTINTO

Nacho estaba súper ilusionado, ¡como un niño el día de su cumpleaños! Sabía que mi plan le iba a gustar, pero ignoraba que se fuese a emocionar tanto.

—¡Esto es precioso! —sentenció rebosante de alegría—. Ha sido una idea estupenda.

¡Lo fue! Estábamos en un Bateaux Mouches, un precioso barco abierto que realizaba una excursión por el Sena para descubrir París desde un punto de vista espectacular. Ya la había hecho una vez, hacía unos años, y me pareció una maravilla. Así que decidí sorprender a Nacho con ese pequeño viajecito por el río de una hora y diez minutos de duración.

Estábamos fascinados observando todos los monumentos, edificios, parques y un montón de joyas arquitectónicas que estaban a las orillas del Sena. Además, el día era soleado y apetecía hacer turismo al aire libre.

Sentí un cosquilleo placentero ante la felicidad de mi acompañante. ¡Verlo feliz me hacía feliz!

—Me encanta que estés tan contento —respondí.

—El plan es una pasada, Eli. Y compartirlo contigo, ¡lo hace inolvidable!

¡Ay, ay, ay! Ya estaba con sus piropos, que cada vez me gustaban más. Nos sentamos al principio del barco. Estábamos en la parte de arriba. Había mucha gente, estaba casi lleno.

Nosotros disfrutábamos del paisaje mientras contemplábamos lo precioso que era todo. Fue entonces cuando caí en una cosa; nos habíamos cogido de la mano. Fue algo natural, espontáneo y sin forzar. Yo no era de las que se abrazaba con todo el mundo o mostraba gestos físicos de cariño. El contacto lo reservaba para gente muy cercana, así que aluciné cuando me di cuenta de que estábamos con las manos entrelazadas.

El guía turístico, que estaba casi al lado nuestro, hablaba por un micrófono y varios altavoces repartidos por el barco reproducían su voz para informarnos de los monumentos que se presentaban a lo largo del recorrido. Nos mostró Notre Dame, que me encantó ver la catedral. ¡Era impresionante desde fuera! Además, el hombre era muy gracioso y contaba chistes todo el rato.

Nosotros estábamos disfrutando mucho de la excursión. Nacho me miró a los ojos antes de sonreír.

—Gracias por esta pequeña sorpresa, ¡me gusta mucho! Siento que me conoces muy bien —aseguró.

—Creo que somos más compatibles de lo que nos imaginábamos —apunté, devolviéndole la sonrisa.

El guía turístico llamó nuestra atención con un sonido gracioso imitando a una sirena.

—¡¡Por favor!! Esto es muy importante —chilló—. Vamos a pasar por el puente del amor y es obligatorio que los amantes de cierren los ojos cuando lo atravesemos. Si te besa tu amor, significa que te quiere de verdad.

¡Caray! Me puse súper nerviosa. ¿Qué hacía?, ¿cerraba los ojos?, ¿él también los cerraría?, ¿lo besaba?, ¿esperaba a que lo hiciese él?

—¿Vamos a lío? —preguntó mostrando de nuevo su preciosa sonrisa.

Solté una risita espontánea. ¡Me encantó su inocencia! Seguro que él también estaba nervioso.

Comenzamos a pasar por debajo del puente, cerré los ojos mientras mis latidos iban a toda velocidad. Puse los labios en posición para recibir su beso, pero pensé: «¿por qué tengo que esperar a que me bese él?, ¿por qué no doy yo ese paso?». Me apetecía hacerlo, así que no iba a quedarme quieta, esperando algo que podía hacer yo misma.

Justo en ese instante, cuando yo comenzaba a acercarme hacia Nacho, nuestros labios colisionaron. ¡Nos besamos al mismo tiempo! Fue mágico. Sentí mariposas, helicópteros y hasta un tornado en mi interior. Abrimos las bocas para que nuestras lenguas se abrazaran y deleitarnos con nuestro apetecible sabor. Si eso no era amor, se le parecía mucho.

Nunca había ido tan rápido con alguien y al mismo tiempo sentir que pisaba sobre seguro. Era extraño. Era adictivo. Era… ¿irresponsable? Porque quizás esa sensación se seguridad era un simple espejismo impulsado por la atracción que sentía hacia Nacho. ¿Me estaba exponiendo demasiado? ¡Me importaba una leche! Si duraba dos días más nuestro idilio, pensaba aprovecharlos al máximo. Si duraba toda la vida, ¡sería la mujer más afortunada del mundo! Le daría gracias a Dios o al Universo, durante el resto de mis días. Sin embargo, en ese instante, me había propuesto disfrutar a tope de nuestro romance y después ya vería a dónde nos llevaba.

—¡Chicos!, ¡los de la primera fila! Ya podéis dejad de besaros. Hemos pasado el puente hace un rato. ¡Lo vais a alargar con el siguiente puente! —bromeó el guía turístico al comprobar que Nacho y yo continuábamos unidos.

Nos separamos un poco avergonzados porque todo el barco nos miraba, pero me recorría una sensación agradable por el cuerpo. Necesitaba besarlo otra vez. Cada minuto se me hacía más complicado no tocarlo, no olerlo o no abrazarlo.

Nacho me miró divertido antes de cogerme otra vez de la mano.

—Nos mira todo el mundo —susurró.

—¡Qué vergüenza! —bromeé.

—Si quieres nos tiramos por la borda para huir de sus miradas —me siguió el juego.

Solté una gran carcajada. ¡Lo que faltaba!, que nos tuviesen que rescatar del Sena. Porque estaba convencida que si nos tirábamos al rio, seguro que me daba un calambre y no podía nadar. O la corriente nos dominaba y tenían que venir a ayudarnos.

—Mejor nos hacemos los tontos y pasamos el mal trago como si nada —propuse.

—OK —rio—. O te como a besos y que miren lo que les dé la gana.

El calor invadió mi cuerpo. ¡A tomar por saco! Nadie nos conocía y París era la ciudad del amor, ¿no? Agarré a Nacho del cuello y volvimos a enredarnos en una espiral de besos apasionados. Me sentí como una adolescente que deja libre su instinto, sintiéndome vida y poderosa. ¡La magia volvió!

Después, comimos a la orilla del Sena. Y pasamos toda la tarde perdidos por las imponentes y maravillosas calles de París. Aquel día fue inolvidable, nos conocimos más. No parábamos de hablar ni de besarnos. Aquella tarde supimos que no había vuelta atrás; el amor había llamado a nuestra puerta y nosotros la habíamos abierto de par en par.

40
AHORA

Pasaban de las nueve de la noche, estábamos sentados en un banco en La Place du Tertre. El lugar era increíble, ¡uno de mis favoritos de la ciudad! En la plaza había terrazas, restaurantes y decenas de artistas exponiendo sus cuadros en caballetes o creando sus obras en directo. ¡Era impresionante! Tenía un aire bohemio que atrapaba a cualquier persona que pasease por allí.

Nosotros habíamos pasado la tarde viendo las obras, después cenamos en una de las monísimas terrazas y, para concluir nuestro día turístico, nos sentamos en un banco mientras nos conocíamos un poco más.

—¿Qué planes tienes después del viaje? —pregunté.

—Tengo dos semanas de vacaciones, así que tenía pensado ir a la playa. ¿Por qué? —Levantó el entrecejo mientras mostraba una sonrisa picarona—. ¿Me estás proponiendo algo?

Mi corazón dio un vuelco. No le estaba proponiendo nada. Sin embargo, la idea de pasar unos días en la costa con él me resultó muy tentadora.

—Me gusta lo de ir a la playa —murmuré—. Sol, relax, mar… No te lo preguntaba por nada en concreto, solo era curiosidad. Pero tu plan suena genial.

—Puedes apuntarte si quieres —me sugirió.

Entonces recordé el motivo de mi viaje en tren y esquivé la mirada. Me sentí mal sin saber por qué.

—¿Qué pasa? —Quiso saber—. Solo era una sugerencia, Eli. Si no te apetece, lo comprendo.

—No es eso…

Nacho ató cabos por mi actitud. Se imaginó que tenía algún plan esperándome al acabar el viaje.

—¿Qué vas a hacer tú después del tren de amor?

Solté un suspiro, que apenas liberó la tensión que sentía en ese instante.

—Iván vive en Oporto —revelé—, quería ir a verlo para arreglar lo nuestro. Esa era mi intención cuando subí al tren.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora todo ha cambiado —confesé emocionada—. Estos días me han servido para aclararme, para saber qué es lo que quiero. Es increíble comprobar lo que una aprende cuando se escucha a sí misma —reflexioné—. Lo que me hizo Iván fue muy doloroso, no puedo confiar en él. —Al escuchar mis palabras en voz alta, recordé el alegato de Lorena cuando se refería a su ex. La comprendí —. Además, tú has dado luz a un momento de mi vida lleno de nubes. Has hecho que crea en el amor cuando me habían destrozado el corazón.

—¿Soy el clavo que saca al otro clavo? —disparó.

—En absoluto. ¡Eres mucho más! El clavo de mi relación pasada sigue en mi piel; su cicatriz está ahí y la herida no ha sanado todavía. Es muy pronto. Entonces, apareciste tú con tu comprensión, con tu cariño, con tu adorable forma de ser, con esos ojos color miel, que me vuelven loca, con tu sonrisa traviesa, con tus piropos… —Comencé a derramar varias lágrimas al ser consciente de lo afortunada que era por tener en mi vida a Nacho—. Has cambiado mi vida. Me has hecho comprender que, si alguien me ama, tiene que ser como lo haces tú.

Los ojos de Nacho se volvieron vidriosos. Mostró una sonrisa inocente.

—¡Joder, Elisa! Vas a conseguir que me emocione. ¡Es precioso! Toda tú eres preciosa. Y recuerda que no te mereces menos, ¡el hombre que esté a tu lado tiene que quererte con toda su esencia!

—No estaba acostumbrada a eso. Siempre he sido yo la que he dado más en todas las relaciones, esperando que un día se equilibrara la balanza. Tenía la ridícula esperanza de que, con el tiempo, demostraría lo mucho que valgo y me querrían al cien por cien —aseguré—. No quiero ir de víctima porque me he sentido muy querida, en serio. Pero nadie me ha hecho sentir tan bien como tú.

—Escucharte decir eso me agranda el corazón, ¡me da la vida!

Nos fundimos en un beso romántico a la luz de la luna, que reinaba en el cielo de París. Sentí que el tiempo se detuvo, que ese instante estaba hecho solo para nosotros. Sentí que era una aprendiz del amor, que cada relación había dejado su cicatriz, pero de todas sacaba un aprendizaje para entender cómo quererme y cómo merecía que me quisiesen los demás. Y ya no estaba dispuesta a conformarme con menos.

Nacho me miró a los ojos y limpió mis lágrimas con sus pulgares.

—Estoy loco por ti, Elisa —susurró.

—Que nos internen a los dos, porque yo siento lo mismo —señalé—. Eres la locura más maravillosa que me ha pasado.

41
PLACER

Llegamos a mi habitación, compartimento con literas o nido de amor. Estaba tan nerviosa que no sabía ni cómo llamarlo. Aparté el ramo de flores, que Nacho me había regalado aquella mañana y dejé sobre la cama antes de marcharnos a pasar el día en París, y nos tumbamos mientras nos comíamos a besos.

Estábamos encendidos. Nuestros cuerpos pedían a gritos que nos fundiésemos en uno. Nos desnudamos con prisa, entre risas cómplices y con los nervios de dos amantes que iban a entregarse por primera vez.

Nacho me abrazó en la oscuridad de la noche, desnudo y muy excitado. Después comenzó a besar toda mi piel con suavidad; desde el ombligo, los pechos, el cuello y por detrás de las orejas para colmarme de placer.

Se colocó encima mía, su erección presionaba mi sexo, provocando que soltara un gemido de gusto. Me miró con picardía. Me mordí el labio, pidiendo que me penetrara. No podía esperar más. Necesitaba sentirlo dentro de mí.

Entonces, bajó hasta mi entrepierna para realizarme el sexo oral más placentero que jamás había disfrutado. Con cada lametazo de su lengua me estremecía, soltaba suspiros de felicidad y me retorcía de placer. A continuación, sacó un preservativo del pantalón, que estaba en el suelo, se lo puso y antes de penetrarme, me besó intensamente.

Solté un gemido eufórico al notar su embestida. ¡Qué placer! Él hizo lo mismo y su grito de gusto me encendió aún más. Las sacudidas fueron a más. Nacho era un animal follando; rudo, masculino y ardiente.

—¿Te gusta? —preguntó, acercando su boca a mi oído.

—Sí —susurré, desbordada por el éxtasis.

Cada vez se movía con más fuerza y rapidez. Era imposible contener el gusto, chillé de placer. Acaricié sus brazos, sus pectorales y su torso. Él besaba mi cuello al compás de sus sacudidas. El calor nos impregnaba, el sudor nos envolvía y Nacho solo pensaba en satisfacer mis placeres.

—Eres maravillosa —aseguró, mirándome a los ojos.

¡Él sí que era maravilloso! Me estaba regalando el mejor orgasmo de mi vida. Le besé con cariño. Nacho me mordió el labio con delicadeza. Después, deslizó sus manos hasta mi cara y aceleró su movimiento.

—Quiero mirarte a los ojos cuando nos corramos —confesó.

Me puse a cien ante su comentario. El placer iba a más con cada sacudida.

—Estoy a punto de correrme —anunció.

Yo también. No podía aguantar más. Nacho dio varias embestidas antes de gemir de gusto y llegar al clímax.

¡Los dos nos corrimos a la vez! Fue maravilloso, inolvidable e irrepetible. El mejor sexo de mi vida.

Cayó rendido a mi lado para recuperar las energías. Giró la cara y me miró con cariño. Los dos sonreímos. ¡Estábamos exhaustos! Sin embargo, nuestros cuerpos aún se atraían. Nacho acarició mi pelo.

—¡Brutal! —celebró—. Ha sido espectacular. ¿Has disfrutado?

—Aún me estoy recuperando —bromeé—. He disfrutado mucho.

Nos abrazamos sin importarnos el calor, el sudor o que apenas tuviésemos fuerzas porque acabábamos de gastar todas. Necesitábamos estar juntos. Lo que había pasado fue tan mágico que era vital grabarlo en nuestra piel con un abrazo.

A los pocos minutos nos quedamos dormidos. Fue el broche de oro para un día increíble. Fue la certeza de que estaba enamorada y no tenía ningún miedo.

42

LO QUE NO TE COMAS TÚ, ME LO COMO YO

Lo mejor del día siguiente no fue despertar al lado de Nacho ni ver su precioso cuerpo desnudo ni hacer el amor otra vez. Lo mejor fue el bufet libre de la cafetería cuando fuimos a desayunar. Llamadme glotona, pero a mí la comida me daba la vida y si era un bufet libre, ¡mucho mejor!

Además, necesitaba recuperar toda la energía que habíamos gastado por la noche y hacía unos minutos. Así que después de una ducha, fuimos a desayunar. No fue nada del otro mundo; me serví un poco de queso, mini salchichas, pan con tomate, tortilla de patata, un bol con fruta de temporada, dos cruasanes y una napolitana. Eso sí, el café lo pedí con sacarina para compensar la ingesta de calorías.

Nacho se quedó alucinado con mi desayuno y soltó una carcajada cuando regresó a la mesa con un zumo de naranja y una tostada con aceite y sal.

—¡Joder!, viendo tu menú tengo la sensación de que estoy desaprovechando el bufet —rio.

—No te preocupes, ¡lo que no te comas tú me lo como yo! —aseguré entre risas—. Aún estoy agotada del ejercicio que hemos realizado.

—Entonces come más porque pienso repetir muchas veces —me advirtió divertido.

Todo era una jodida fantasía; nos llevábamos genial, reíamos, compartíamos confidencias, el sexo era de otro planeta y nos compenetrábamos a tope. ¿Dónde estaba la pega?, ¿por qué una parte de mí buscaba a toda costa encontrar un fallo en nuestro idilio? Quizás las relaciones pasadas resonaban en mi memoria e intentaban ponerme en sobre aviso para protegerme de algo que… quizás no sucediese nunca. ¡No, no y no! El pasado está genial para aprender, para mejorar, para intentar no tropezar con la misma piedra de mierda. Sin embargo, el pasado no iba a ser la excusa para no disfrutar al cien por cien del momento, de las risas, del sexo… no iba ser un pretexto para sabotear algo tan maravilloso. ¿Podría mantener esa intención?, ¿sabría gestionar el miedo a que volviesen a hacerme daño?

Di un bocado a la tortilla de patata y me olvidé de todo. ¡Estaba deliciosa! Cerré los ojos y me limité a disfrutar de su sabor, a notar el toque salado y cremoso del aperitivo. ¡Eso era lo que iba a hacer! Centrarme en disfrutar del presente al igual que de la tortilla. Sin pensar en nada más.

—La comida te chifla, ¿verdad? —preguntó Nacho al verme saborear cada bocado.

—Si fueses cocinero, ¡te querría más! —aseguré.

¿Qué?, ¿qué había dicho?, ¡qué le quería! ¿Por qué? Me quedé muda, blanca y lela durante un momento. ¿Cómo salía de aquel instante tan incómodo? ¡Joder, le había confesado que le quería! «¡Calma, Eli! Igual no se ha dado cuenta», intenté tranquilizarme para mis adentros.

—¿Me querrías más?, ¿eso significa que me quieres?

¡Pues sí! Sí que se había percatado.

—Estoy tan eufórica que ya no sé ni lo que digo —me excusé.

Sabía que había sonado poco creíble, pero ¿qué más podía añadir?

—Yo también siento algo muy fuerte por ti —confesó, cogiéndome de la mano—. No sé cómo catalogarlo, ¿amor?, ¿cariño?…

Si era cariño, lo estrangulaba. Después de haberme lanzado a decirle que le quería, lo mínimo que podía hacer era corresponderme, ¿no? O me decía que él también me quería o le tiraba el zumo, el café y el bol de frutas a la cara, y me largaba de allí.

—Lo único que puedo asegurar es que eres la mujer más especial que jamás he conocido. En unos días has conseguido que no pueda dejar de pensar en ti, que quiera conocerte cada vez más y que mis latidos se aceleren cuando estás a mi lado —señaló mientras sonreía con ternura.

¡Ok!, esa respuesta también me servía para derretirme por completo. Sentí un chispazo en el estómago que me llenó de euforia. Tal y como me había propuesto hacía unos segundos, disfruté ese instante de alegría al máximo.

Me incliné para regalarle un beso cariñoso en la boca.

Nacho se echó a reír.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Te pones muy graciosa cuando estás nerviosa —confesó.

—¿Perdona?

—Ahora mismo ha sido súper gracioso ver cómo palidecías al decirme que me querías. —Estalló en risas.

—Tampoco lo he dicho —vacilé en plan simpático.

—Lo has insinuado —señaló—. Y cuando no he dicho nada, ¡te has puesto muy nerviosa! —me pinchó—. Casi me meo de la risa.

—Nacho, Nacho eres malo… —bromeé—. Disfrutas cuando lo paso mal, ¿no?

—Un poco… —susurró.

¡Perfecto! Ya estábamos enredados en las conversaciones gilipollas típicas de los enamorados. «Te quiero», «yo te quiero más» o «que travieso eres», «me excita verte así». Lo peor de todo es que lo estaba pasando genial con aquella charla insustancial.

De repente, escuchamos unos gritos en el pasillo. Se estaba formando un alboroto descomunal a pocos metros de donde estábamos.

—¡Héctor, vete a tomar por el culo!, ¡eres un cabrón! —chilló una voz femenina que no tardamos en reconocer. ¡Era Lorena!—. No tienes ningún derecho a presentarte aquí.

Nacho y yo nos miramos asustados. ¿Estaba el ex de Lorena en el tren?

Nos levantamos de un brinco y fuimos corriendo en dirección a los gritos. Nos hicimos paso entre la gente, que estaba mirando el numerito, y vimos a Lorena junto a un chico alto, musculado, con los brazos llenos de tatus, moreno y con el pelo corto. Supuse que ese tipo tan mazado era Héctor.

—¡Mierda! —soltó Nacho.

Por su comentario entendí que sí, ¡ese hombre era el ex de Lorena!, ¡y estaba en el tren! Se iba a liar parda.

Lorena lo empujó para apartarlo de su lado.

—¡Te quiero! —exclamó él—. Me confundí. Soy un idiota, ¡me entró el miedo! No supe valorarte.

—¡Me importa una jodida mierda, Héctor! —bramó ella furiosa—. Me dejaste plantada el día de nuestra boda.

La gente que estaba contemplando la escena dejó libre un gran «¡Ohhhhhhh!». ¡Madre mía! Yo solo era capaz de pensar en una cosa; «¡van a descubrir que Lore y Nacho son hermanos y los echarán del tren!».

—¡Perdóname! —sollozó él—. Dame otra oportunidad.

—¿Para qué? —Lorena fue tajante—. ¿Para que vuelvas a dejarme tirada cuando más te

necesite? ¡Ni loca! Ya no me fio de ti.

Nacho se acercó a su hermana para defenderla.

—Héctor, será mejor que te largues —le pidió con firmeza.

—¡Tú nunca me has tragado, cabrón! —contestó él—. Seguro que le has metido en la cabeza que me deje.

—La dejaste tú cuando no apareciste en la boda —añadió Nacho.

—Ya soy mayorcita para qué me digan lo que tengo que hacer —se defendió Lorena—. No tuviste suficiente con plantarme en la boda, si no que, además, ahora te presentas en París cuando no te respondo a los mensajes, ¡no me respetas, Héctor! Solo piensas en ti. ¡Vete!

—¡No!, ¡sé que aún me quieres! —aseguró él.

—Me he acostado con otro, Héctor. Me gusta mucho —confesó ella.

Lorena sacó su artillería. Ese era su plan; herir el ego de su ex para que la dejara tranquila. ¿Lo conseguiría?

—Serás put… —comenzó a decir.

—Cuidado con lo que sale por tu boca si no quieres que te la parta —le advirtió Nacho.

¡Lo reconozco! Su faceta de chico duro me puso a cien. Nacho era tierno y cariñoso, pero también valiente y atrevido. Solté un suspiro ante su osadía. Sin embargo, me preocupó la respuesta de Héctor. No quería se enzarzaran en una pelea.

—¿Con quién? —preguntó el musculitos, ignorando a Nacho—. ¿Con quién te has acostado?

—No te importa —aseguró Lorena—. Ya no nos debemos nada.

Héctor tragó saliva, se le veía afectado por la confesión de su ex y bajó la cabeza al suelo.

—No es cierto, Lorena. No te has acostado con otro hombre, ¿verdad? —sollozó.

Lorena en lugar de meter el dedo en la herida, se apiadó de su expareja. Apoyó la mano en su hombro y lo miró a los ojos.

—Es cierto, Héctor. Lo siento, sé que te duele, pero si hubiese querido seguir contigo, jamás me hubiese acostado con otra persona —se sinceró—. Aún te quiero; hemos compartido muchas cosas juntos. Sin embargo, no quiero tener un futuro contigo. No eres el hombre de mi vida.

—¿Por qué? —La miró con los ojos llorosos.

—Porque el hombre de mi vida nunca me habría dejado tirada un día tan importante para mí.

—¡Joder!, me confundí. ¿Acaso no puedes perdonarme? —insistió.

—Esto no. Ya no confío en ti, corazón —aseguró ella.

Héctor se rompió en ese instante.

—¡Tengo que salir de aquí! —chilló—. No puedo seguir sin ti. Tengo que irme.

—Es lo mejor —aclaró Lorena, que no pudo aguantar las lágrimas al enfrentarse a su destino—. Siempre estarás en mi corazón, Héctor, pero nuestro tiempo ya pasó. Quiero que te vayas.

—¿Segura? —susurró.

—Totalmente —contestó.

—Si te arrepientes, si dudas, si quieres volver a verme, ¡llámame, por favor! —le pidió él.

—Eso no va a pasar —confesó—. No te digo que, en unos meses o años, seamos amigos. Sin embargo, por ahora no puedo darte nada.

Héctor se resignó. Para sorpresa de todos; respetó la decisión de Lorena. Se fue.

Entonces, sentí un escalofrío que recorrió mi cuerpo al pensar en Iván. ¿Sería capaz de

hacer lo mismo?, ¿quería que desapareciese de mi vida?, ¿aún lo quería?

43

NO QUIERO PERDERLO

Estaba muy agobiada. Después de que Héctor la liara en el tren, Nacho y yo acompañamos a Lorena a su habitación. Los hermanos se quedaron allí para hablar de lo que había sucedido. Decidí dejarles un poco de intimidad para que ella se desahogara. Aunque en realidad, necesitaba estar sola.

Lo que había pasado; la bronca entre Lorena y su ex había removido muchas emociones en mí.

Cerré la puerta de mi habitación antes de caer al suelo mientras suspiraba. De repente, al ver cómo Lorena despachaba a Héctor de su vida, sentí una presión insoportable, que me azotó de arriba abajo. Esos días habían sido maravillosos junto a Nacho, pero ¿quería despedirme de Iván?

Había compartido con él más de tres años; teníamos un proyecto de vida en común. ¿Iba a echarlo todo por la borda? Era cierto que las primeras dudas sobre nuestra relación las tuvo él. No obstante, al pensarlo mejor se había arrepentido, ¿no? Acaso, ¿no fue eso lo que me dijo cuando me llamó?

Mis ojos se volvieron cristalinos. El corazón me latía con fuerza. ¿Por qué comenzaba a cuestionarme todo? Quizás ser testigo de la cruda realidad de una despedida me asustó. ¿Quería darle otra oportunidad a Iván o solo era el miedo a dejar atrás a alguien importante para mí?

De repente, la idea de separarme de él me asustó mucho. Sentí una melancolía que helaba en pleno verano. Me faltaba el aire. Me di cuenta de que, al mirar cara a cara al futuro sin Iván, me hacía pequeña.

Saqué el teléfono, sin apenas meditar lo que iba a hacer, escribí a mi ex.

No quiero que salgas de mi vida. ¿Podemos hablar?

Envié el mensaje. Estaba cardiaca. Tenía miedo a perderlo y ese miedo no me dejó pensar con claridad. Me moví por un impulso. No estaba segura de lo que estaba haciendo, solo buscaba un acercamiento. Saber que él estaba ahí.

Fabiola abrió la puerta de la habitación y yo, como estaba apoyada en ella, caí al suelo. Me amiga me saludó.

—¿Qué haces ahí? —preguntó.

—Acabo de enviarle un mensaje a Iván, pidiéndole hablar —respondí con los ojos llorosos.

Fabiola entró en la habitación, cerró la puerta y se sentó sobre la cama. Yo me coloqué a su lado.

—¿Qué ha pasado, cariño? —Quiso saber.

—Me he agobiado, tía. Ha venido el ex de Lorena y ella ha cortado con él…

Fabi se llevó la boca a la mano.

—¿Ese es el revuelo que se ha montado hace un rato?

Asentí con tristeza.

—Al ver cómo lo dejaba, he pensado en Iván y he sentido mucha pena —confesé—. No sé si estoy dispuesta a perderlo.

Mi amiga me miró con cariño antes de abrazarme. Después, me beso en la mejilla.

—Eli, tienes que pensar qué es lo mejor para ti. Iván es egoísta y no te toma en serio. Sin embargo, Nacho es todo un caballero y te quiere. Se nota. Está colado.

—Lo sé… Pero acabo de conocerlo, ¿quién me asegura que con el tiempo no cambiará? —pregunté.

Fabi sonrió con timidez.

—¡Nadie! La vida es así. —Se encogió de hombros—. Pero vale la pena luchar por lo que nos hace felices, ¿no crees? Y ese guaperas cursi y empalagoso te hace muy feliz.

—Es cierto… —susurré.

Cuando alguien que te quiere te saca de tu cacao mental y te trae a la realidad, ¡es absolutamente genial! Ese es el poder de las buenas amigas; mostrarte el lado bueno de tu vida.

—Sé que es muy complicado olvidarte de Iván o no sentir vértigo al cortar con él, pero Nacho se ha cruzado en tu camino. ¿Vas salir corriendo por miedo? La Eli que yo conozco no es así —aseguró—. A veces es un poco gilipollas, pero siempre sabe qué es lo mejor para ella —bromeó.

—¡Tú eres lo mejor para mí! —celebré mientras le daba un abrazo.

En ese instante, me reconcilié conmigo misma. Decidí no darle importancia a ese momento de bajón. Era humana, podía asustarme. Pero tampoco podía negar que hacía unos minutos le había confesado a Nacho que le quería. Mi vida estaba cambiando. Solo tenía que asumirlo. ¿Sería el cambio que necesitaba?

44
ARREGLÁNDOME

Me miré ella pantalla de mi móvil, ¡estaba realmente impresionante!

—¡Joder, tía!, ¡qué guapa estás! Si no fueses mi amiga te echaba un polvazo —bromeó Fabiola al mirarme de arriba abajo.

Llevaba un vestido azul oscuro largo con el cuello en pico. ¡Me sentaba genial! Era fresquito, realzaba mi figura y combinaba de maravilla con las sandalias que llevaba, que eran del mismo color.

Di una vuelta sobre mí misma.

—El pelo suelto te favorece mucho —añadió mi amiga.

—¿En serio?, ¿me ves bien? —insistí.

—¿Has oído lo que acabo de decir? —rio—. ¡Estás pibón, pibón!

Fabiola y yo nos abrazamos. Habíamos pasado todo el día juntas por París. Nos fuimos de compras, comimos en una terraza del centro y visitamos el Louvre, que nos fascinó. Después, nos dimos una ducha y, por último, me arreglé, con ayuda de mi mejor amiga, para estar imponente en la cena con Nacho en el restaurante de La Torre Eiffel.

Estaba ansiosa, nerviosa y feliz de vivir ese momento con él. Fabiola sabía que era importante para mí y no se separó ni un segundo de mi lado para cargarme de vitalidad y confianza.

Miré a mi amiga antes de volver a fundirnos en un abrazo.

—Gracias, cariño —susurré—. No sé qué haría sin ti.

—No quiero ni imaginármelo —bromeó.

Las dos nos echamos a reír. Los nervios estaban desapareciendo gracias a las bromas de Fabi. ¡Era una crack animando a los demás y en especial a mí!

—Cuéntame todo cuando vuelvas —me pidió—. Bueno, cuando puedas porque supongo que, al llegar aquí, estarás muy ocupada abriéndote de piernas.

Su sutileza era inexistente. Aunque me encantaba ese descaro que la caracterizaba. Volvimos a partirnos de la risa.

—Me voy —le avisé—. Nacho me espera.

—¡Pasadlo muy bien!, ¡haz fotos del restaurante!, ¡disfruta mucho!, ¡no comas en exceso que luego tienes que hacer ejercicio en la cama y te cansarás más si tienes la tripa llena!

Sus consejos se amontonaban mientras salía de la habitación. Creo que hasta la escuché seguir hablando aun estando en el pasillo. Solté una gran carcajada debido a la simpática actitud de mi amiga. ¡La quería con toda mi alma! Había conseguido que mis nervios se evaporaran y que estuviese más relajada.

Entonces, al darme la vuelta, vi que estaba Nacho esperándome justo enfrente mía. ¡Madre mía!, los nervios volvieron y la tranquilidad se fue a tomar por saco cuando lo vi con un traje azul marino, camisa blanca y zapatos oscuros. ¡Era un auténtico James Boom!, y os aseguro que tenía licencia para hacer conmigo lo que se le antojara.

Dejé libre un gran suspiro porque estaba guapísimo. Él sonrió al verme, dio unos pasos para acercarse a mí y deslizó su mano por detrás de mi cintura.

—Elisa, ¡estás arrebatadora! —me saludó.

—Tú también —respondí.

Nos besamos con ganas. Después, nos miramos a los ojos y reímos con complicidad. ¡Vaya par de enamorados! Aquella relación me recordaba a las que había vivido cuando era adolescente; todo era nuevo, divertido y despreocupado.

—¿Estás preparada para una noche mágica?

—¡Por supuesto!

45
EN LA TORRE EIFFEL

¡Ay, ay, ay! La emoción fue en aumento, ¡aquel lugar era maravilloso! Mi corazón estaba desbocado. Seguro que estáis pensado que era una exagerada, pero siempre había soñado con cenar, comer o incluso merendar, ¡lo que fuese!, en ese restaurante tan fabuloso. ¡Era un sueño hecho realidad!, e iba a vivirlo con Nacho.

Teníamos reserva en el Jules Verne, que estaba ubicado en la segunda planta de la Torre Eiffel, era diáfano y se veía toda la ciudad de París iluminada a través de sus grandes ventanales, que rodeaban todo el lugar. Nos sentaron cerquita de la cristalera y todo era mucho más idílico de lo que había imaginado. Estábamos en una mesa, no muy grande, de color blanca, redonda y con espacio para dos comensales.

Nacho me miró con ilusión. A continuación, me cogió de la mano y me dedicó una de sus preciosas sonrisa. Yo creía que iba a salir volando de pura felicidad. ¡Todo era una maravilla!

—¿Te gusta? —preguntó Nacho.

—Me quedaría a vivir aquí —confesé—. Esto es precioso. El lugar es muy bonito y las vistas son una fantasía.

Uno de los camareros se nos acercó, supo que éramos españoles y nos habló en nuestro idioma.

—Buenas noches, ¡es un honor contar con ustedes en nuestro restaurante! En nombre de todo el equipo les deseamos que disfruten de la cena, que ya saben que tiene todos los gastos pagados. Los amigos del señor Collin siempre nos alegran la velada —nos informó.

El señor Collin era el millonario del hijo maleducado. Desde ese día los niños insoportables me caían mejor. Me sorprendió que el camarero no tenía acento francés, así que imaginé que no era de París. Nos propuso el menú degustación de cinco platos y vino blanco. Nosotros nos dejamos asesorar. Nos decidimos por el menú degustación.

El camarero fue a pedir las comandas mientras nosotros nos deleitábamos con las vistas.

—Es precioso… —susurró mi acompañante.

—Me hace súper feliz compartir este momento contigo, Nacho —le confesé.

—Y a mí que hayas pensado en mí —añadió—. Nunca olvidaré esta cena. ¡Ya ves!, pase lo que pase entre nosotros, ¡serás inolvidable para mí!

Me emocioné con sus palabras. Los miedos saltaron por los aires; iba a dar un paso muy importante. No sé si fue por el entorno, que invitaba a dejarse llevar por los sentimientos, por la euforia que sentía o porque realmente estaba enamorada de él.

—Quiero que nos sigamos viendo después de este viaje —aseguré—. Quiero que cada día a tu lado sea inolvidable.

Nacho ensanchó su sonrisa al mismo tiempo que sus ojos se volvieron vidriosos.

—¡Joder, Eli! Estaba a punto de decirte lo mismo, pero me daba miedo agobiarte —se sinceró.

—¿Agobiarme?

—Sí. La noche que viniste borracha a mi habitación me confesaste que no querías hacerme daño, que sabías que yo sentía mucho por ti y tú desconocías hasta dónde podías llegar —me recordó—. Por eso no te había comentado nada. Quería respetar tus tiempos.

¡Ese hombre era maravilloso! Cada vez me sentía más conectada a él. ¡Nacho me

respetaba! Aunque se muriese de ganas por pedirme que nos viésemos después del viaje, prefería callarse para que yo no me sintiese mal si su propuesta me desbordaba. Sin embargo, yo también ardía en deseos por seguir viéndole cuando acabase esa aventura.

—Nacho, no he conocido a nadie como tú —señalé feliz—. Eres atento, cariñoso, guapo, estás buenísimo, follas de escándalo, nos llevamos genial, tenemos muchas cosas en común, me respetas…

—¿Pero? —preguntó.

Yo me sorprendí ante su apreciación.

—No hay ningún «pero» —afirmé—. ¡Estoy emocionada por haberte conocido! Eres un rayo de luz en mi vida. ¿Por qué iba a haber un «pero»?

—Cuando cortan conmigo, siempre empiezan elogiándome y después sueltan un «pero no eres lo que busco» o «pero necesito a alguien con más picardía o que no sea tan inocentón» —aclaró—. Tus palabras me recordaron esas situaciones. Y ya sabes, ¡el pasado nos persigue para torturarnos! —explicó entre risas.

—Yo no tengo ningún «pero». Me gustas tal y como eres —repetí.

—Me parece perfecto, Elisa. ¡Dejemos el pasado atrás! —exclamó.

Entonces, recordé que esa misma mañana había llamado a la puerta del pasado al enviarle un mensaje a Iván que, por cierto, aún no había respondido. Sentí un pinchazo en el estómago que me obligó a contárselo a Nacho.

—Cuando he visto cómo tu hermana cortaba con Héctor, he pensado en mi ex y me ha dado pena despedirme de él. La ruptura está muy reciente y he vivido mucho con él —apunté.

—Normal. Ha pasado poco tiempo, Elisa.

—Le he enviado un mensaje diciéndole que no quería sacarlo de mi vida y preguntándole si podíamos hablar —añadí.

—¿Cómo? —Nacho me soltó de la mano.

—No sé. Me dejé llevar por la tristeza y le envié el mensaje.

—No quiero meterme donde no me llaman, Elisa, pero ¿de qué quieres hablar con él?

—No sé. —Me puse nerviosa—. Ayer me llamó para decirme que no estaba seguro de si era una buena idea romper, yo me enfadé con él por ser tan egoísta. Sin embargo, al ver cómo tu hermana cortaba con Héctor, le envié un mensaje a Iván para hablar. Quizás me dio miedo dejar atrás el pasado.

—¿Quieres dejar atrás el pasado? —preguntó—. No seré yo quién te lo impida. Aunque me gustaría que fueses sincera; si quieres volver con Iván, tienes todo el derecho del mundo, pero avísame para no hacerme ilusiones contigo.

Nacho estaba molesto, ¡con razón! Pero aun así fue educado y respetuoso. Me gustó su actitud, su comprensión y que no intentara hacerme sentir mal por haberle enviado el mensaje a mi ex. Yo estaba acostumbrada a hombres manipuladores, que cargaban el peso de todas las responsabilidades sobre mí. Que Nacho fuese tan generoso me gustó mucho.

—No quiero volver con Iván, ¡solo de pensarlo me agobio! —respondí con sinceridad—. Me da pena sacarlo de mi vida porque hemos compartido muchos momentos, pero eso no significa que quiera estar con él.

—¿Seguro?

—Nacho, aunque no te conociese, después de estos días de reflexión no volvería con él. Es cierto que tú me estás demostrando que el amor es igual a respeto, generosidad y felicidad. Que a tu lado me siento mucho mejor. Y, como te dije ayer, ¡no me conformo con menos!

Volvió a cogerme de la mano.

—Sé que tu situación es complicada. Acabas de salir de una relación, pero estoy sintiendo mucho por ti y quiero protegerme si tú decides volver a tu vida anterior.

—Me apetece mucho más comenzar una nueva contigo —contesté.

Nacho sonrió con descaro. Se inclinó para besarme con amor, para deleitarme con su deseo y disipar cualquier resquicio de inseguridad que hubiese por parte de ambos. Yo estaba decidida a darme una oportunidad a mí misma y eso significaba dejar atrás el pasado.

La cena fue espectacular. Cada plato era una obra de arte, ¡el sabor nos inundaba! Compartimos las raciones, reímos, tomamos vino y atesoramos ese momento para siempre.

Después, decidimos dar un paseo a los pies de la Torre Eiffel. La noche invitaba a caminar sin prisas mientras el calor del verano nos envolvía. Un músico callejero estaba tocando el violín. La melodía era preciosa. No pude reconocerla. Sin embargo, Nacho extendió su mano, pidiéndome bailar. Sonreí. ¿Había un plan mejor que bailar en París junto a tu enamorado bajo la luz de la luna? Ya os digo yo que no.

Apoyé la cabeza sobre el hombro de Nacho mientras bailábamos al ritmo de la música.

—Te quiero —susurró con delicadeza.

Mi corazón dio un brinco al escuchar su confesión. A pesar de la calma del momento, sentí un torrente de energía recorrer todo mi cuerpo.

Sin dejar de movernos, nos miramos a los ojos.

—¿No crees que es muy pronto para decir eso? —bromeé.

—¿Quién decide cuándo hay que enamorarse?, ¿las novelas?, ¿las pelis románticas?, ¿la sociedad? ¡A mí me importa una leche todo eso! —espetó divertido—. Yo soy el que decide lo que siento y, Elisa, te quiero con todo mi corazón.

Sonreí de pura felicidad.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Yo también te quiero.

46

DÉJAME COMERME LOS CRUASANES

Desperté en los brazos de Nacho. Su aroma masculino me embriagó. ¡Quería despertar todas las mañanas así! A su lado y bañada por los rayos del sol.

Estábamos en mi habitación, donde habíamos pasado la noche entera haciendo el amor. ¡Fue apoteósico! Eso de dejar el pasado atrás y centrarme en el presente era maravilloso.

No quise despertarlo, pero tenía que ir al baño. Así que me zafé con delicadez, me vestí casi a cámara lenta para no hacer ruido y salí de la habitación. Fui hasta el aseo más cercano para hacer mis necesidades y lavarme la cara.

Una vez lista, decidí ir hasta la cafetería para tomar un cafecito con leche y dos o tres cruasanes. ¡Esos días me estaba pasando por el *toto* la alimentación saludable que llevaba el resto del año! Estaba de vacaciones, ¿no? Ya volvería a mis buenos hábitos cuando regresara a casa. También tenía pensado coger un café para llevar y una tostada para sorprender a Nacho con un desayuno en la cama. ¡Si es que era toda una Casanova!

Me senté a la mesa al llegar a la cafetería. Pedí al camarero un café con leche y fui en busca de la repostería que saciaría mi voraz apetito mañanero. Cuando ya tenía todo sobre la mesa y estaba dispuesta a darme un homenaje, Silvia apareció y se sentó a mi lado.

—¡Tenemos que hablar! —exclamó.

¿De qué? Miedo me daba. Apenas la conocía como para que soltase esa frase.

—Buenos días, dime.

—¡Ay, soy una maleducada! Buenos días, Elisa —saludó—. ¡Estoy enamorada de Fabiola!

Escupí el café que estaba tomando y la rocié por completo.

—No te preocupes —dijo—. Estoy acostumbrada a que me bañen con líquidos.

Imaginar qué tipo de líquidos la impregnaban casi me quitó el apetito. Sin embargo, al oler el aroma de los cruasanes, mi estómago volvió a rugir.

—¡Ay, Silvia! Me has dado demasiada información —protesté.

—¿Con los líquidos o con lo de Fabiola?

—Con los líquidos —maticé—. Y disculpa que te haya manchado, pero no esperaba lo de Fabi.

Silvia apoyó los codos sobre la mesa y se acercó un poco más.

—¿Qué hago? —disparó.

—¿Qué haces sobre qué?

Estaba muy espesa. Era muy temprano y mis neuronas solo pensaban en bollería.

—¡Con Fabiola!, ¿se lo digo? —insistió.

—No sé…

—Tú la conoces muy bien, ¿crees que se asustará o le gustará si me declaro?

¡Joder! Si hubiese sabido que iba a aparecer Silvia con este asunto, ¡hubiese desayunado en el baño!

—Sé que tú también le molas, pero desconozco si siente lo mismo que tú —confesé.

—A ver, ¡las dos disfrutamos a saco en la cama! No veas cómo chilla cuando le como el potorro —aseguró.

Puse una mueca de asco. ¡Lo siento!, pero ¿por qué la gente me contaba sus intimidades?

Yo era nutricionista, ¡no psicóloga!

—Silvia, tía. Estoy desayunando, ¡no me cuentes esas cosas! —rechisté.

—Lo siento, Elisa. Es que estoy un poco desesperada. Cuando te he visto, he pensado que tú me podrías ayudar. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así por un hombre o una mujer.

¡El efecto que causaba Fabiola era alucinante! Tenía locos a los dos miembros de la pareja y seguro que ella no quería atarse a ninguno. ¿Cómo lo hacía?, ¿cómo era capaz de enamorar a quién se le antojara sin apenas esforzarse?

—No la quiero en exclusividad —explicó ella—. Pero me gustaría que formase parte de nuestra relación, que formalizásemos nuestro trío. Aunque cada uno hiciese lo que se le antojara después.

¡Ya me estaba perdiendo! Di un bocado al bollo a ver si así ganaba un poco de fuerza para lograr comprender lo que Silvia me estaba comentando.

—A Fabiola no sé si le va a gustar tu propuesta —respondí.

—¿Por?

No pude más. Estallé.

—¡No sé! Tendrías que preguntárselo a ella. ¡Ella te dirá si le parece bien! Es muy temprano para poder procesar toda la información que acabas de decirme. ¿Quieres un consejo?

—Sí —aseguró.

—Habla con Fabiola. Es lo mejor.

Se levantó de un saltito súper emocionada.

—¡Gracias! —gritó antes de darme un beso en la mejilla y desaparecer.

Yo me quedé estupefacta. ¿Era real la movida que acababa de pasar? ¿Qué leches había desayunado esa mujer?, ¿Red Bull?

Solté un suspiro e intenté volver a lo mío; ¡a comer! Me relamí al ver los cruasanes. Después de la ansiedad que me había generado la energía de Silvia, pensaba zamparme dos más. A todo esto, los cruasanes eran de tamaño pequeño, como los de los bufets de los restaurantes, por eso cogía varios.

No pude evitar echarme a reír por el momento tan surrealista que acababa de vivir. Silvia, una mujer fuerte, independiente y fiel seguidora del poliamor, ¡estaba pilladísima de Fabi! Aquel viaje se volvía impredecible en todos los sentidos. ¿Cómo reaccionaría mi amiga cuando Silvia le confesase su amor? En parte me alegró que ya no mendigara el cariño de Javier. Ahora era deseada por los dos.

Miré por la ventanilla del tren y sonreír al ver París. Era una ciudad mágica. Me hubiese encantado pasar una semana entera. Sin embargo, ese día partíamos hacía Bilbao, ¡que también me encantaba! Y después iríamos a Oporto. Esa era la última parada; Oporto. Allí estaba Iván, mi pasado. Noté un pinchazo en el estómago que me incomodó. ¿Quería ir a Portugal? No sabía nada de mi ex desde su llamada, ni siquiera respondió a mi mensaje. Eso decía bastante sobre él. Seguía sin comprender su actitud, aunque una cosa había cambiado en esos días; ya no me importaba descifrar su forma de actuar conmigo.

Iría a Oporto, estaría en la misma ciudad en la que él vivía, pero pasaba de verlo. O eso pensaba.

47
VACACIONES

Pude disfrutar del desayuno, después de la confesión de Silvia, saboreé la bollería y el café con leche sin prisas. Dejé la mente en blanco y me limité a exprimir la experiencia. Notar el crujir del cruasán, el amargo del café y la lentitud del tiempo cuando solo se vive en el presente. ¡Me estaba volviendo una gurú del mindfulness!

Luego serví un cortado en un vaso de cartón y envolví una tostada con aceite y sal en una servilleta de papel, ¡el desayuno para Nacho estaba listo! Cuando me disponía a salir de la cafetería, alguien me llamó por mi nombre. No os asustéis, no era Silvia. Quién me reclamaba fue Estefi.

—Buenos días, Eli —saludó mi amiga.

—Buenos días, cariño.

—¿Ya estás robando de nuevo? —bromeó.

—Un chico guapo e interesante me espera desnudo en mi habitación, solo voy a llevarle algo para que recupere las fuerzas por todo el ejercicio que hemos hecho. —Me sentí como Silvia, ¡ahora era yo la que no tenía ningún pudor en contar mis intimidades!

Estefi se echó a reír.

—Si pretendes darme envidia, ¡lo has conseguido! —Me dio un suave manotazo en la espalda—. Aunque anoche quedé con un chico y tampoco me fue nada mal.

—¡Cuéntame todo! —le ordené entre risas.

—No hay mucho que contar; quedamos a través de una app, tomamos una copa y follamos en su apartamento. ¡El típico ligue de una noche! —Se encogió de hombros mientras sonreía.

—¿Lo pasaste bien? —me interesé.

—¡Muy bien!, aunque por suerte hoy nos vamos y no lo veré más. Ya me ha escrito hace un rato para vernos otra vez, ¡qué agobio! —rechistó.

Estefi no se ataba a nadie, ya me lo había dicho. Así era feliz y quería disfrutar de su juventud descubriendo chicos en cada ciudad que visitaba.

Solté una carcajada ante su comentario. Me gustaba mucho verla tan segura de sí misma.

—¿A qué hora salimos hacía Bilbao? —Quise saber.

—En media hora —anunció.

—¡¿Cómo?!, ¿tan pronto?

Me sobresalté. Creía que estaríamos hasta el mediodía en París. Quería dar un paseo por sus calles antes de partir.

—Esta tarde llegamos a Bilbao, así que tenemos que salir pronto —explicó—. Si quieres puedes dar una vuelta corta antes de marcharnos —me propuso, adivinando mi pensamiento.

—¡Eso voy a hacer! —exclamé—. Le llevo el desayuno a Nacho y salgo.

—Déjalo en la barra —me ordenó Estefi—. Le pido a un compi que se lo lleve a tu habitación, ¡seguro que se sorprende mucho! Y tú y yo nos vamos a dar un paseo express por París, quiero contarte algo.

—¿Estás bien?

—Sí. Es súper importante y todo gracias a ti.

No entendí nada. Sin embargo, una vez que salimos del tren y mientras paseábamos por

los alrededores de la estación, supe a qué se refería.

Íbamos cogidas del brazo al mismo tiempo que Estefi me contaba lo que le había sucedido hacía unos minutos.

—¡No me lo podía creer, Eli! —aseguró—. Anoche, antes de quedar con mi ligue, llamé a mi madre y decidí tener paciencia, como tú me recomendaste. No fui a saco a pedirle que dejara a mi padre, simplemente le pregunté cómo estaba y la escuché. Nada más. Me puse en su lugar. Hablar contigo me ha ayudado a ver el problema desde otro punto de vista. Mi madre no es tonta, solo está enamorada del hombre equivocado —sentenció—. Así que no le dije nada más sobre el tema. Cuando me preguntó qué tal estaba yo, le respondí que de maravilla. Que este viaje estaba siendo especial y que parecían unas vacaciones.

—¡Jo, qué bonito, Estefi! —celebré.

—Es la verdad. Con vosotras lo estoy pasando genial —se sinceró.

—Y nosotras contigo.

Estefi se detuvo y me miró fijamente a los ojos.

—Ahora vas a flipar. —Sonrió con descaro—. Esta mañana me ha llamado mi madre y me ha dicho que anoche cuando hablamos, le hizo pensar. Que hacía mucho tiempo que no se iba de vacaciones y tenía ganas de ir a la playa. Ha llamado a mi tía, a su hermana, y le ha propuesto irse juntas una semana a Valencia. ¡Estoy muy contenta, tía! Mi madre va a salir de casa y ¡sin mi padre!

Estefi comenzó a llorar. Lo que para otra persona no significaría nada, para mi amiga era un primer paso en la historia de su madre. La mujer se había atrevido a hacer planes sin su esposo, que tanto la amargaba. Había llamado a su hermana para permitirse regalarse unos días en las playas valencianas. ¡Era una noticia maravillosa!

—¡Eso es increíble, Estefi! —chillé.

Nos abrazamos mientras dábamos saltitos de alegría.

—Probé otra estrategia, no la agobié, no le impuse nada y ¡ha funcionado! —aseguró feliz —. De nada sirve actuar del mismo modo ante un problema si el resultado siempre es el mismo. Me he dado cuenta de que hay que abrir la mente y probar cosas nuevas.

—Tu madre, al no sentirse atacada, ha decidido tomar las riendas de su vida. Sé que el paso es pequeño, pero ya es un primer paso —confirmé.

—¡Es una locura! Nunca sale de casa, siempre está pendiente de mi padre y se va a ir a la playa con mi tía —repitió de nuevo para creérselo—. Estoy muy orgullosa de mi madre. ¡Por fin piensa en ella! Quizás si ella se respeta, mi padre también lo haga. Aunque tendría que respetarla siempre.

—¿Qué le has dicho cuando te ha contado lo de las vacaciones?

—Que me parecía estupendo. No la he agobiado con el tema de mi padre ni con lo valiente que ha sido. Sé que eso no le conviene ahora. La conozco, si iba con el rollo de que le iba a sentar genial alejarse de su marido, seguro que le entraban dudas o se ponía a la defensiva. Lo único que le he dicho es que la quería mucho y que se merecía esas vacaciones —argumentó Estefi.

—Has hecho bien —la felicité—. Comienza una nueva etapa en la vida de tu madre.

Estefi miró la hora en la pantalla de su teléfono.

—Eli, tenemos que regresar o el tren partirá sin nosotras.

No me hubiese disgustado quedarme en París. Aunque en el tren me esperaba alguien que me hacía muy feliz. Ya nada podía competir con su amor; Nacho se estaba convirtiendo en alguien importantísimo para mí. Sin embargo, desconocía que la próxima parada podía ser la

última que estuviésemos juntos.

48

AMAR EN LIBERTAD

¡Ay, Bilbao! Si París me encantaba, Bilbao me envolvía en un halo de felicidad. Esa ciudad era preciosa; sus plazas, sus zonas verdes rebosantes de vida y movimiento, su gente maravillosa y amable, ¡estaba muy contenta de estar en Bilbao!

Habíamos llegado hacía media hora y ya estábamos paseando por el casco antiguo de la ciudad. Nos sentamos a la mesa de una terracita súper bohemia y pedimos dos pinchos de tortilla y una caña para cada uno. Nacho me miró con ternura antes de cogerme de la mano.

—Tenías que haberte hecho guía turística o azafata de vuelo, ¡te encanta viajar! —exclamó.

—O piloto de aviones, ¿no? —le pinché.

—Claro, claro… no quise decir que… —Casi se atraganta al beber. Lo puse muy nervioso con mi comentario.

—Relájate, cariño. Era una broma. No tengo nada en contra de los guías turísticos o de las azafatas. Aunque puestos a fantasear me hubiese gustado un trabajo donde ganara diez veces más de lo que gano ahora —reí.

—Eres mala, casi me ahogo con la cerveza por tu culpa. —Me siguió el juego.

—Pues la próxima vez me imaginas como chef famosa, jueza o notaria. —Me eché a reír.

—Para mí eres perfecta —susurró.

—No uses tu cursilería como arma de defensa, que sabes que te sirve conmigo —bromeé.

¡Ay, ya lo veis! Ya estábamos otra vez con las conversaciones chorras de enamorados. Esas que cuando las escuchas a las parejas que están al lado tuya en una cafetería, te entran ganas de vomitar. Sin embargo, cuando tú las protagonizas son súper divertidas.

Decidimos dar una vuelta recorriendo la orilla de la Ría de Nervión, que era preciosa. El sol comenzaba a ponerse en el cielo y una brisa muy agradable abrazaba nuestra piel.

—Cuando lleguemos a Madrid, ¿tienes mucho curro? —me preguntó.

—No. Aún estaré de vacaciones —respondí—. ¿Por?

—Tengo ganas de ir a ver un musical y nunca lo he hecho —respondió.

—¿Vives en Madrid y no has ido a ver un musical?

Nacho se echó a reír.

—¡Culpable! —exclamó.

—No te preocupes, la semana que viene vamos, ¿te apetece ir a alguno en concreto? —Quise saber.

—No sé… Me da miedo aburrirme o que no me gusten las canciones —se excusó.

—Entonces, ¿quieres ir o no? —Intenté salir de dudas.

—Sí, sí…, ¿tú has ido a alguno?

—He visto *El Rey León*, *La bella y la bestia*, *Aladdín*, *Hoy no me puedo levantar*… —enumeré.

—Ok, ¡te gustan mucho! —dedujo.

—Son un pasada, Nacho. Es magia en estado puro; la música en directo, las historias de amor, el escenario tan bonito decorado… ¡es como entrar en un sueño maravilloso! —Me apasioné al relatarlo.

Nacho me cogió de la cintura para pegarme a él.

—Tengo dos entradas para *Pretty Woman* y me gustaría invitarte.

—¡Ay, qué maravilla! Llevo mucho tiempo queriendo ir a verlo, ¡tiene que estar genial! —exclamé feliz—. ¿Y cómo es que tienes dos entradas?

—Un pajarito me ha chivado que te hacía mucha ilusión ver *Pretty Woman* y esta mañana compré las entradas —contestó risueño.

—Fabiola se va de la lengua con mucha facilidad, pero en esta ocasión no me importa —reí.

—¿Te gusta la idea?

—¡Me chifla, Nacho!

Lo que más me gustaba de todo no era que me invitase a ver un gran musical, sino que hiciese planes conmigo para después del viaje. Le regalé un beso en los labios, que le provocó un gemidito de placer.

—Quedan tres días para que volvamos a nuestra vida cotidiana y no la imagino sin ti —se sinceró.

Su confesión me aceleró el ritmo cardiaco. A mí me pasaba lo mismo. Me estaba acostumbrando a su compañía, a su olor, a su forma de hacerme el amor… Sabía que lo nuestro no era solo un amor de verano. Así que no iba a ocultar lo que sentía.

—Yo también quiero que sigamos con nuestra relación, será maravilloso descubrir a dónde nos lleva —contesté.

—A mí me da igual a dónde nos lleve mientras estemos juntos.

Nacho me abrazó.

—¿Qué te he dicho de ser tan cursi? —bromeé susurrando.

Necesitaba un poco de humor para no tomarme tan en serio sus palabras. Seguro que me entendéis, hacía unos días me habían roto el corazón y, aunque Nacho no era Iván, me daba un miedo terrible que volviesen a hacerme daño por amor.

Aunque era imposible no ilusionarse.

—Ok, seré más desustanciado. —Me siguió el juego.

—No, por favor —pronuncié en voz baja—. Ámame sin miedos. Ámame con libertad.

Nos invadió el deseo. Fuimos corriendo hasta la estación para encerrarnos en nuestra habitación, porque ya era nuestra, para devorarnos y saciar nuestro instinto. Volvimos a entregarnos sin condiciones. Volvimos a ser uno. Volvimos a recorrer cada rincón de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Amamos en libertad.

49
EN OPORTO

Me puse muy nerviosa. Estaba sola en mi habitación, Nacho se había ido a la ducha para asearse y después iríamos a desayunar por del centro de Bilbao. Habíamos pasado la noche jugando entre las sábanas, riendo y contándonos nuestras vidas. Fue una noche para no olvidar.

Sin embargo, no esperaba que ¡Iván me estuviese llamando tan temprano! Seguro que había leído mi mensaje y me llamaba por eso. ¡Claro que lo había leído!, pero desde hacía días. ¿Por qué me estaba llamando en ese momento?, ¿por qué no lo hizo nada más leer el contenido de mi mensaje?

¿Qué hacía?, ¿lo cogía? ¡Joder! Desde luego que lo iba a coger. Yo no había hecho nada malo. ¿Por qué iba a evitar su llamada?

Descolgué.

—Buenos días, Iván. Llamas un poco tarde, ¿no? —respondí con toda la amabilidad que pude reunir.

—Buenos días, Elisa. Disculpa. Sé que esperabas una respuesta mía desde hacía días, pero esta vez no quería precipitarme ni cagarla de nuevo. —Sonó sincero.

—¿Qué pasa?

Mi corazón estaba latiendo con fuerza, expectante de lo que quería contarme.

—Soy un capullo, lo reconozco. No te mereces cómo te he tratado. Me gustaría verte, ¿puedo ir a Madrid? —preguntó.

—Estoy de viaje, pero mañana llego a Oporto —confesé.

—¿Mañana estás aquí? —Se sorprendió.

—Es una larga historia, Iván. Ya te la contaré. Si quieres que nos veamos, podemos hacerlo mañana —le propuse.

—¡Perfecto, Elisa! Lo que tengo que decirte es importante —aseguró con la voz quebrada.

Me asusté. Noté un pinchazo en el estómago, que me entristeció. Sonaba a despedida.

—¿Qué es? —pregunté intranquila.

—Prefiero decírtelo a la cara, ¡es lo más justo! —afirmó—. Te lo mereces.

Cogí aire para evitar romper a llorar. Conocía a Iván muy bien y sabía que no conseguiría que me contara nada, aunque insistiese. Así que acepté su propuesta.

—Ok, Iván. Cuando llegue, te llamo y quedamos —respondí.

—Gracias. Un abrazo, Elisa.

—Un abrazo.

Me quedé con una sensación extraña; como si supiese que nuestra cita era vital para continuar con nuestras vidas, pasase lo que pasase. Mis manos estaban temblorosas, mis pulsaciones estaban disparadas, pero al mismo tiempo me sentí reconfortada. Iván me estaba dando mi lugar, me estaba respetando.

Si quería decirme algo y salir por patas, podía haberlo hecho por teléfono. Sin embargo, prefirió quedar en persona para dar la cara.

Yo estaba decidida a verlo, a escucharlo y a reconciliarme con mi pasado. No obstante, desconocía cómo le sentaría a Nacho. Aunque de una cosa estaba segura, tenía que contárselo.

50
NO SIENTO LO MISMO QUE ELLOS

Alguien llamó a la puerta de mi habitación. Sabía que no era Nacho porque se había marchado hacía unos minutos. Pregunté quién era y Fabiola me saludo desde el pasillo. Le indiqué que entrara.

Ella se asustó al verme con los ojos vidriosos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó.

—Acaba de llamarme Iván —le informé.

—¿Qué te ha dicho ese idiota?

—Ha reconocido que actuó mal conmigo y me ha pedido que nos veamos —contesté—. Como mañana estaremos en Oporto, le he propuesto quedar.

—Eli, ¿otra vez estás haciendo lo que a él se le antoja? —soltó Fabi.

Me limpié las lágrimas con la mano. En esa ocasión mi amiga se equivocaba; no me estaba dejando llevar por los deseos caprichosos de Iván.

—No, esta vez no. Creo que quiere contarme toda la verdad y ha decidido sacar el valor para decírmela a la cara —aseguré—. Y creo que me merezco que sea así.

Mi amiga se acercó, apoyó la mano en mi hombro antes de sonreír con dulzura.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —contesté—. Tengo que hacerlo, cariño. O, de lo contrario, siempre me quedaré con la incógnita de lo que quería decirme.

—Pues adelante, Eli. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? Si quieres que te acompañe, lo haré encantada —señaló.

—Tengo que hacerlo sola, te lo agradezco.

Entonces, Fabi se sentó sobre la cama, dejando libre un gran suspiro.

—¿Estás bien? —Ya era hora de dejar de pensar en mis problemas y preocuparme por los de mi amiga.

—Ahora resulta que Javi y Silvia están enamorados de mí, ¡los dos! —espetó, levantando los brazos al aire.

—Y eso es…

—Muy agobiante, tía. —Fabiola se levantó—. A mí me gusta pasar el rato con ellos, divertirme en la cama y hacer algún plan, pero ¿enamorados? Yo no estoy enamorada.

Intenté aguantarme la risa. Aunque no pude y estallé en carcajadas.

—Genial, ¡mi vida amorosa te parece un chiste! —protestó.

—Lo siento, cariño. Pero cuando intimas durante tantos días con alguien, es normal que sientan cosas por ti —le expliqué, encogiéndome de hombros.

Mi amiga volvió a sentarse sobre la cama.

—Yo no quiero formar parte de su relación, ¡solo quiero follármelos! —se quejó—. No estoy enamorada de Javi ni de Silvia.

—Javi te gustaba mucho, ¿no? Por eso estamos en este tren —le recordé.

—¡Ya!, pero ahora que lo tengo comiendo en mi mano, he perdido el interés por él.

—¡Eres increíble! ¡La madre que te parió! —resoplé al borde del colapso.

¡Un gran «bravo» por mi amiga Fabiola! La mujer que quiere algo, se obsesiona, involucra a los demás para conseguir ese algo o a esa persona y cuando logra su objetivo ¡pierde

el interés!

Aguanté mis ganas de estrangularla, viendo el lado positivo de toda esa locura; había conocido a Estefi, a Lorena y a Nacho.

—Silvia me parecía muy mona. Sin embargo, ahora que sé que esta loquita por mí, me causa rechazo —confesó.

La miré con indiferencia e intenté no juzgarla. «Cada uno es como es», pensé. Aunque aquella reflexión no apaciguó mis ganas de darle un tortazo. ¿Por qué siempre saboteaba sus relaciones cuando comenzaban a ir bien? Mientras eran inalcanzables, le resultaban tentadoras. Una vez que las conquistaba, se aburría.

—No tienes remedio, Fabi. Sabes que te quiero muchísimo, pero me alegro cantidad de ser tu amiga y no tu amante porque eres muy inestable emocionalmente —le acusé—. ¿De verdad no quieres nada serio con la parejita folladora?

—Solo sexo sin compromiso, ¡nada más! —Se encogió de hombros.

Me agaché para mirarla a la cara.

—Díselo antes de que se hagan ilusiones —le recomendé.

—Algo sospecharán porque cuando me han propuesto formar parte de su relación, ¡he salido corriendo! Literalmente, he abierto la puerta y me he puesto a correr como una loca —apuntó.

—¡Joder, tía! Los habrás dejado chafados —supuse entre risas al imaginar a mi amiga corriendo como una bala al escuchar la propuesta amorosa de Javi y Silvia.

—Puedo dormir aquí, ¿verdad? —preguntó con voz de niña buena.

—Y una mierda, bonita. Tú me has dejado sola todo el viaje, así que ahora te buscas otra habitación, que yo estoy muy bien acompañada.

—¿Y dónde duermo? —Quiso saber.

—Habla con Lorena, que le sobra una cama. A no ser que invite a Ramón. O, reconcíliate con la parejita hasta que se acabe el viaje.

—No hablarás en serio.

—Muy en serio. Es hora de pensar en mí —contesté.

No es que quisiera echarla de la habitación, pero ella dudó en abandonarme para ir a pasar las noches con sus amantes. Además, si tenía en cuenta todas las mentiras que me había contado para que subiese al tren con ella, los remordimientos por pedirle que durmiese en otro lado se evaporaban.

Fabiola me miró con cara de pena. Yo solté un suspiro exagerado, ¿por qué siempre cedía a su chantaje? Aunque esa vez sería diferente.

—¡Esté bien! —exclamé—. Hablaré con Estefi para ver si te consigue alguna habitación.

Fabiola alargó su sonrisa, ¡ya había conseguido su propósito!

—Que sea una suite, por favor —pidió.

—No me vaciles o duermes en el baño.

Las tareas se me iban acumulando. Ahora tenía que buscar un lugar para que mi amiga durmiese. Sin embargo, lo más importante era contarle a Nacho que iba a quedar con Iván. No sabía por qué, pero estaba nerviosa. ¿Cómo reaccionaría?

Nada me hacía intuir la tormenta que se iba a desatar cuando fuese sincera con él.

51
SE DIO POR ALUDIDO

Pasamos todo el día por las calles del centro de la ciudad; primero desayunamos en una terracita ideal, que tenía unas tapas buenísimas. Después, paseamos por Gran Vía. Comimos en una brasearía espectacular, que sació nuestro apetito. Y, más tarde, visitamos algunas tiendas locales para hacer algunas compras. El día era estupendo, nos reímos mucho y lo pasamos genial.

Sin embargo, aún no le había contado a Nacho que tenía una cita con Iván. No encontraba el momento, me daba miedo que se enfadase y pensaba: «luego lo hago», pero no me atrevía.

¿Por qué me costaba tanto hacerlo? Tampoco era nada malo. Solo iba a quedar con mi ex para que me explicase por qué había decidido echarme de su vida. Nada más. Ok, reconozco que quizás era un poco fuerte para Nacho, pero era la verdad. Tenía que hacerlo.

Así que, cuando nos sentamos en una terraza para tomar un café, no pude posponer mi confesión.

—¿Te apetece un cortado con hielo o vamos a por un cóctel? —preguntó mientras miraba la carta del bar.

—Mañana he quedado con Iván —disparé—. Me ha llamado esta mañana y me ha dicho que quiere verme para hablar.

—¿Perdona? —Levantó el entrecejo.

—Llevo todo el día queriéndotelo decir, pero pensaba que te ibas a enfadar —me excusé.

—¿Por qué vas a quedar con él? —preguntó enojado.

—Dice que quiere contarme algo importante —respondí.

—¡Que te mande un email o que te llame por teléfono! —exclamó con ironía.

—Joder, Nacho. Sé comprensivo; quiere contarme qué es lo que le pasa y quiere hacerlo en persona —le expliqué.

—¡Oh, qué considerado! —Se inclinó hacía mí—. Explícame una cosa, ¿ese Iván es el mismo que cortó contigo sin darte una explicación?, ¿el mismo que ignora tus sentimientos o pasa de ti cuando le escribes? Porque si es el mismo hombre, ¡no entiendo qué mierdas haces cediendo a sus peticiones! Si quiere contarte algo, ¡qué se lo guarde para él!

Yo me quedé alucinada del monumental cabreo que estaba pillando Nacho. Nunca lo había visto tan alterado. Aun así, no me achanté.

—No me parece justa tu actitud, Nacho. Lo normal entre dos personas adultas es que se hablen las cosas. He vivido una relación de más de tres años con Iván, creo que lo idóneo es que aclaremos las cosas en persona —argumenté.

Nacho se levantó de la silla.

—¿Y si te pide volver? —soltó preocupado.

—Eso no va a pasar —aseguré.

—¿Cómo lo sabes? No tienes ni idea de qué te va a contar. ¿Te digo una cosa? Lo único seguro que hay en esta historia es que si quedas con él; ¡yo voy a salir perdiendo! —bramó.

Me puse de pie para cogerle del brazo, pero él se zafó.

—¿Por qué dices eso? ¡Yo no quiero volver con Iván! —exclamé.

—¿Y por qué vas a quedar con él? —insistió.

—Para saber por qué cojones mi vida se fue a tomar por el culo —estallé.

Nacho se quedó en silencio. No me refería a él con esa frase, pero supe que se había dado

por aludido.

—Perfecto —susurró—. No me esperes esta noche en tu habitación. No quiero joderte más la vida.

Nacho desapareció a toda velocidad. Yo me quedé inmóvil. ¿Qué había pasado? En parte entendí su inseguridad si me veía con Iván. Sin embargo, por otra parte, me sentí defraudada porque no confiaba en mí.

Al momento, recibí un mensaje. Me desilusioné al comprobar que no era de Nacho, sino de Fabi.

Hooooooola, cariño. Siento interrumpir tu tardeo romántico, pero ¿has hablado ya con Estefi para buscarme una suite?

Mirad, ¡qué fuerte! Al final esa noche no iba a dormir sola.

52
RECONCILIACIÓN EXPRESS

Apenas pude dormir. Fabi estaba en ella litera de arriba planchando la oreja mientras yo le daba vueltas a mi bronca con Nacho. Le había escrito varios mensajes y él me respondió que necesitaba tiempo. Así que decidí respetarlo. Mientras él meditaba, lo que tuviese que meditar, yo estaría repasando nuestra disputa una y otra vez. Un plan alucinante, ¿no?

Entonces, llamaron a la puerta con delicadeza. Me incorporé y abrí. ¡Era Nacho! Estaba en el pasillo con cara de inocente y mostrando su preciosa sonrisa.

—¿Podemos hablar? —susurró.

Me sentí de maravilla. No permitió que lo pasara mal con su indiferencia, ¡vino para solucionar las cosas!

—Claro. Dame un minuto —le pedí.

Me puse unas chanclas, cogí el móvil y salí. Él estaba nervioso, yo también, para qué nos vamos a engañar. Sin embargo, una chispa de felicidad recorría mi cuerpo al estar juntos de nuevo.

Paseamos por los pasillos mientras charlábamos.

—Me gustaría disculparme por mi comportamiento —confesó—. Sé que me he excedido en mi cabreo.

—No pasa nada, Nacho. Lo importante es que has venido y vamos a solucionar esta mini crisis —señalé—. Entiendo tu enfado. Me pongo en tu situación y a mí también me sentaría fatal.

—¿Lo entiendes? —repitió.

—Claro que lo entiendo. Pero no tienes nada que temer; no vas a salir perdiendo —aseguré.

Cuando discutimos me marcó mucho su frase que sentenciaba que él saldría perdiendo si me veía con Iván. Me dio ternura y tristeza al mismo tiempo. Sin embargo, quería que supiese que jamás lo abandonaría para volver a los brazos de mi ex.

—Él y tú tenéis una historia de tres años y siento que ante eso no tengo nada que hacer, ¿cómo voy a competir contra él? —sollozó.

—¿Competir? No tienes que hacerlo. En solo unos días, tú me has hecho más feliz que él en todos estos años —respondí.

Nacho me apoyo contra la pared al escuchar mi comentario. La verdad es que sonó increíble aquella frase. ¡Estaba hecha una poeta! Aunque no la dije para que él se alegrara o para que sonara increíblemente hermosa, sino porque era la realidad.

Nacho me besó con pasión. Pegó su cuerpo al mío, noté su erección y me encendí. ¡Listo! Ya estábamos reconciliándonos.

—Eso que has dicho ha sido…

—La verdad —le interrumpí.

—Y jodidamente maravilloso —añadió él.

Continuamos comiéndonos la boca. ¿Ya estaba todo arreglado?, ¿no hacía falta hablar nada más? ¿Siempre iba a ser tan sencillo con él? Me gustaba que no me complicase la vida, que se esforzase por verme bien y que buscara puentes en lugar de destrozarlos.

Fuimos hasta uno de los baños, al primero que encontramos. Entramos, echamos el pestillo y nos desnudamos con prisa. Follamos como posesos, estábamos sedientos uno del otro.

El tiempo que estuvimos sin hablarnos sirvió para aumentar las ganas de devorarnos. ¡Fue jodidamente maravilloso!, tal y como dijo él.

Después, cada uno se fue a su habitación. En la suya estaba su hermana y en la mía Fabi. No teníamos otra opción. Quedamos en desayunar juntos a la mañana siguiente en la cafetería del tren. No hablamos de nada más.

Regresé a mi cama con una tranquilidad reconfortante. Nacho me hacía sentir muy bien. Cerré los ojos exhausta del ejercicio que acabábamos de realizar y por los nervios que había pasado durante toda la tarde. Ahora todo había vuelto a su cauce, aunque el destino me tenía preparada otra sorpresa.

53
TENGO QUE HACERLO

En unos minutos partíamos hacía Oporto, ¡tenía muchas ganas de visitar de nuevo la ciudad! Era como mi segundo hogar; adoraba sus costumbres, su comida, su gente… Esa vez iba a ser una visita diferente. Sin embargo, me apetecía mucho volver.

Estaba en la cafetería tomándome un café mientras esperaba a Nacho. Nos habíamos escrito y me había dicho que le pidiese un cortado. Me ruboricé al recordar nuestra reconciliación de la noche anterior en los aseos. ¡Nunca había hecho el amor en un lugar público!, y reconozco que fue excitante.

La puerta de la cafetería se abrió y apareció Nacho. Al principio me sonreí al verlo, pero cuando vi, que sujetaba una maleta en su mano, sentí un pinchazo en el estómago que me revolvió por dentro. ¿Qué estaba pasando?

Él se sentó en frente mía.

—Buenos días, Elisa —saludó.

—Buenos días, ¿qué haces con la maleta? —No pude evitar preguntar.

—¿Vas a quedar con Iván? —respondió con otra pregunta.

Me quedé estupefacta. ¿Aún seguía anclado a ese tema? Acaso, ¿no lo solucionamos anoche?

Fui sincera. Su chantaje no iba a funcionar conmigo. Había aprendido a escucharme y a respetarme, costase lo que costase.

—Sabes que sí —aseguré.

—Entonces mi viaje termina aquí. Me quedo en Bilbao, no voy a Oporto —sentenció.

Lejos de venirme abajo, me puse a la defensiva. ¡No!, tampoco. Lo que hice fue reafirmarme en mi decisión.

—Tengo que hacerlo, Nacho. No me parece justo que me chantajees con quedarte aquí si veo a Iván.

—No es chantaje, es protección —contestó—. No puedo detenerte, pero tampoco voy a ser testigo de tu reconciliación con él.

Lo miré extraño. En ese instante descubrí lo traicioneras con que son las inseguridades. Toda esa película estaba en su cabeza. Solo eran miedo y complejos.

—Ahora es cuando más te necesito, Nacho. Si estás conmigo, todo será más sencillo. Me sentiré más segura —confesé.

No mentía. Si él me acompañaba, estaba convencida de que las fuerzas no me fallarían para enfrentarme a mi ex.

—Lo siento, Elisa. No puedo. —Sus ojos se volvieron cristalinos—. ¡Quédate conmigo aquí! Deja atrás el pasado, no vayas a Oporto.

—No. No pienso huir de mi pasado, lo siento. —Le hice saber—. Para sanar la herida, para poder seguir hacia delante, tengo que ver a Iván. Necesito cerrar de la forma correcta esa etapa de mi vida y, si evito enfrentarme a él, no lo haré. Tengo que hacerlo, Nacho. Tengo que ir a Oporto y hablar con Iván.

Nacho se levantó, agarró la maleta mientras varias lágrimas caían por sus mejillas y esquivó mi mirada.

—Entonces, me voy, Elisa —anunció.

Me puse de pie, le cogí del brazo y busqué su mirada, que él seguía rechazando. Mi pulso estaba disparado, las ganas de llorar eran brutales y sentí la necesidad de sentarlo en la silla para evitar que bajara del tren. Sin embargo, por muy angustiada que estuviese, no iba a ceder.

—No te vayas, por favor. Te necesito —susurré.

—No me das otra opción —respondió—. Espero que te vaya bien, cariño.

Nacho salió de la cafetería. Yo no sabía qué hacer. ¿Iba detrás de él?, ¿le impedía que se marchase? No. Lo sentía, pero no. Respetaría su decisión, aunque me destrozara el alma. Y, además, no me iba a humillar yendo detrás de él cuando no dudó ni un momento en marcharse de mi lado. ¡Otro hombre que me abandonaba cuando más lo necesitaba! Esa era la historia de mi vida.

Me dejé caer sobre la silla. Comencé a llorar sin consuelo. Ni los bollos recién horneados iban a levantarme el ánimo.

Entonces, anunciaron por el altavoz que nuestro próximo destino era Oporto y, pasados unos segundos, el tren comenzó a moverse. Miré por la ventanilla para ver a Nacho en el andén. Alejándose cada vez más, no solo del tren, también de mi vida.

54
COBARDE

Tenía dos opciones; encerrarme en mi habitación y llorar hasta llegar a Oporto. O, emborracharme para olvidar las penas. Así que Fabi, Lorena y yo estábamos en la cafetería del tren tomando unos combinados de ron con cola, que nos preparó Estefi.

—Mi hermano ha sufrido mucho por amor —explicó Lorena—. Pero no sé por qué ha decidido quedarse en Bilbao. Está clarísimo que los dos os queréis. ¿Lo llamo y le insultamos?

—¡No! Ni se te ocurra, Lore. Quiero respetar su decisión; si ha decidido ser un cobarde, ¡que lo sea! —bramé.

—¡Claro que sí! —Fabiola alzó su copa con la mano—. ¡Por los cobardes!

Estefi la miró con indiferencia.

—Por los cobardes no se brinda —espetó la camarera—. Prefiero hacerlo por Eli, que es una valiente al enfrentarse al idiota de su ex, o por mi madre, que ha decidido alejarse de mi padre.

—¿Se separa? —pregunté.

—No, pero se va de vacaciones con mi tía —me recordó.

—¡Es cierto! —exclamé—. ¡Brindemos por tu madre y su nueva vida sin el capullo de tu padre!

Las cuatro juntamos nuestras copas para celebrar la osadía de la madre de nuestra amiga.

Fabiola se dejó caer sobre la barra. ¡Algo la incomodaba!, y lo íbamos a saber en ese momento.

—Yo soy una cobarde, al igual que el cara culo de tu hermano —sollozó.

—Oye, ¡sin insultar! —protestó Lorena.

La entendí porque a mí también me dolió el calificativo que le regaló Fabiola a Nacho. Seguro que os ha pasado que cuando se meten con algún familiar vuestro, solo vosotras podéis desahogaros. Por eso nosotras, ligue y hermana, podíamos meternos con él, pero las demás no.

—Lo siento —se disculpó mi Fabi—. Yo soy una cobarde porque me gustan Silvia y Javi, pero me asusta comprometerme más con ellos. No sé si quiero dejar mi vida de soltera y antes de darme una oportunidad de ser feliz en un trío, he decidido alejarme.

—Si crees que puedes mejorar tu vida con esos dos locos, ¡lánzate, cariño! —le recomendé de corazón—. Si no va bien, ¡te largas!, pero si estás feliz, ¡será todo un acierto!

—Lo sé… Nunca me he atado a nadie y me asusta un poco. Además, no estaría con una persona, sino ¡con dos! —exclamó—. Pero me resulta tan apetecible que me siento mal por no intentarlo.

Estefi se inclinó hacia mi amiga.

—Yo no soy de atarme a nadie —confesó—. Sin embargo, he aprendido a que si probamos cosas nuevas podemos conseguir resultados maravillosos, Fabi. ¡Hazlo, comprométete con Silvia y Javi!

—¡Tenéis razón, joder! No quiero dejar pasar este tren, ¿y si son mi media naranja? —se preguntó Fabiola.

—Querrás decir tu tercio naranja —maticé entre risas.

—¡Lo que sea! —Mi amiga me miró a los ojos—. ¿Me das permiso para ir a reconciliarme con ellos o me necesitas para seguir bebiendo?

—Estoy súper bien acompañada con Lore y Estefi, ¡ve a buscarlos! —le ordené.

Fabiola dio un gran trago a su bebida antes de darnos dos besos a cada una e ir a declarar su cariño a Silvia y a Javi.

Nosotras nos echamos a reír. Después, me sentí triste al recordar que Nacho se había bajado del tren. ¿Lo había perdido para siempre?

—¿Tu hermano me odia? —pregunté a Lorena.

—¡No! Solo se siente indefenso por culpa de sus complejos —afirmó—. Sé que está loco por ti, que no tardará en darse cuenta de lo tonto que ha sido y te llamará. Dale tiempo.

—¿Y si no me llama? —insistí.

Lorena no supo qué responder. Puso cada de circunstancia para no darme falsas esperanzas.

—Si no te llama, ¡hay más peces en el océano! —señaló Estefi—. Hay peces, delfines, focas, ballenas, tiburones… ¡hay muchas opciones para elegir!

—Nunca me gustó esa expresión —aclaré—. Parece que somos productos al gusto del consumidor.

—Lo que Estefi quiere decir es que, si mi hermano no te llama, seguro que encontrarás a alguien que te haga feliz —respondió Lorena.

A mí eso me importaba una leche. Yo no quería conocer a nadie más. Yo quería a Nacho.

—Si lo mío con Nacho no sale bien, me tomaré un tiempo para mí —reflexioné—. No le daré más oportunidades al amor durante una temporada.

—No seas aguafiestas —protestó Lorena—. Mírame a mí. He cortado con Héctor, aún estoy dolida, pero me lo paso pipa con Ramón. ¡La vida es para disfrutarla! No podemos evitar que pasen ciertas cosas, ¿verdad? Pero sí que podemos decidir cómo las afrontamos. Y yo mi ruptura la afronto follando como una descosida con un veinteañero inocentón y con las hormonas revolucionadas.

Estallamos en carcajadas.

De repente, la voz de los altavoces anunció que faltaba media hora para llegar a Oporto. Me puse nerviosa. Iba a ver a Iván. Por fin sabría qué es lo que tenía que contarme. Aunque en ese instante desconocía que mi vida estaba a punto de cambiar.

Lo que iba a pasar marcaría un antes y un después. Un nuevo comienzo.

¿Sería sola o acompañada? ¡Cuánta intensidad!, ¿verdad? Parezco a Sandra Barreda en *La Isla de las Tentaciones* cuando les dice a los participantes cómo quieren acabar su aventura.

¿Cómo iba a acabar esta aventura para mí?

Estaba a punto de descubrirlo.

Aunque algo había cambiado; ya no estaba sola. Ahora me tenía a mí.

55
FELIZ

Había quedado con Iván en una de las cafeterías que más frecuentábamos, que estaba en el centro de Oporto. Yo había llegado con tiempo y lo esperaba sentada en la terraza mientras tomaba un café. Sabía que tomar cafeína no era lo más recomendado por mi estado de ansiedad, pero yo era así de kamikaze. ¿Estaba nerviosa? ¡Pues buena dosis de cafeína!

Me perdí entre mis pensamientos al recordar algunos de los momentos más felices que viví con Iván. Como las tardes que pasábamos ideando nuestro futuro sentados a la mesa de aquella terraza, que tanto nos gustaba. O cuando venía a Madrid y paseábamos por el centro, cogidos de la mano en silencio. Todo eso iba a quedar atrás, ya no volvería a pasar… y aunque me causaba mucha pena, tanta que derramé varias lágrimas, supe qué era lo mejor para los dos.

—Hola, Elisa —me saludó Iván.

Noté un garrampazo al verlo. Aún le quería, no había duda de ello, pero ya no de la misma forma.

—Hola, Iván —dije en voz baja.

Él se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

«Triste, cariño», pensé. «Sé que lo nuestro se acaba y me duele en el alma». Sin embargo, intenté no ser tan dramática.

—Mejor —respondí—. He tenido tiempo para asimilar que lo nuestro llega a su fin. —No me quise ir con rodeos—. Me causa mucha tristeza, pero tenías razón; algo no funciona entre nosotros. No sé si tengo yo la culpa, tú o los dos, pero…

—Me he enamorado de otra mujer —me cortó dejándome helada—. Llevo varias semanas quedando con una chica. —En ese instante se le quebró la voz—, no he podido evitar sentir cosas por ella.

Me vine abajo. No esperaba su confesión. ¿Me había engañado? Me acusó de ser parte del problema de que nuestra relación no funcionara cuando él se había enamorado de otra.

—¿Cómo? —pregunté sin comprender nada.

—Lo siento, cariño. La distancia, lo poco que nos vemos y que cada vez me costaba más llevar nuestra relación hizo que me fijara en otra mujer —se excusó—. Yo necesito tener a mi pareja cerca, quedar todos los días, dormir juntos cada noche y contigo… no podía tener eso.

Me sentí atacada, humillada y vapuleada. ¿En serio me venía con eso?

—Podías haberlo dicho en lugar de acostarte con otra —contesté molesta—. ¿O resulta que yo soy la culpable de que me hayas engañado?

Iván se acercó un poco más a mí.

—No estoy diciendo eso —aseguró—. Ya no sentía lo mismo por ti que hace años. No te estoy responsabilizando de nada; las cosas pasan y ya está.

—Claro, eso lo entiendo. Pero hace una semana y media me llamaste para confesarme que lo nuestro no funcionaba y me hiciste creer que los dos éramos responsables de ese desgaste, en lugar de decirme la verdad y contarme que estabas enamorado de otra mujer. ¿Sabes lo mal que lo he pasado intentando adivinar cuál fue nuestro error?

—Me equivoqué, ¡perdóname! Fui un cobarde. No supe cómo contártelo, me faltó el valor. Por eso, cuando me he armado de coraje para ser sincero, he querido contártelo en persona

—me explicó con los ojos llorosos—. Eres muy importante para mí. Cuando recibí tu mensaje asegurándome que no querías perderme, supe que tenía que decirte toda la verdad.

—No me hagas reír, Iván. Yo quería que nuestra despedida fuese bonita, es lo que nos merecíamos. Sin embargo, me has vuelto a demostrar que eres un egoísta —le acusé—. No te has armado de valor ni has pensado en mí. Simplemente, no me contaste tu nuevo romance por miedo a perderme para siempre. Sin embargo, cuando te envié el mensaje en el que te decía que no quería sacarte de mi vida, pensaste: «¡perfecto! Ahora sé que ella tampoco se quiere alejar. Le cuento que me he enamorado de otra y la tengo de segundo plato por si mi ligue me sale mal». ¡Eso ha pasado!

—¡Estás loca! —exclamó.

—Sé que estoy en lo cierto porque cuando te acuso de algo que es verdad, te pones a la defensiva —insistí.

—Por eso no funciona nuestra relación, porque nunca confías en mí.

Me levanté.

—Ahora vuelves a poner toda la responsabilidad en mí —adiviné—. Yo soy la mala, yo soy la culpable y por eso te has acostado con otra. Iván, ¡prueba otra estrategia que esta la tienes muy usada ya! Se te ve venir y, lo más importante, ya no te funciona conmigo.

—¿Por qué te pones de pie?, ¿te vas?

—Ya no necesito oír nada más. Me alegro de haber venido. Pensaba que nuestra despedida sería diferente. Te juro que venía en son de paz. Mi intención era aceptar que nuestro tiempo como pareja había llegado a su fin, darte un abrazo, desearte lo mejor e irme. Ahora solo quiero que desaparezcas de mi vida —concluí.

Me dispuse a marcharme.

—Tú tampoco te quedas atrás, ¿no? ¿Quién es el tal Nacho? —intentó desacreditarme.

Detuve mis pasos para darme la vuelta.

—¿Crees que te debo alguna explicación? —pregunté sonriendo—, Aunque ya que lo preguntas, es un hombre maravilloso que sí que sabe amar de verdad. Es quien me ha enseñado que merezco más que las migajas que me dabas. Es un posible futuro. Y tú ya eres mi pasado.

Me fui. Me temblaba todo el cuerpo. Me sentía rabiosa, decepcionada, triste y alegre al mismo tiempo. ¿Eso era posible? Ya os aseguro yo que sí.

Rabiosa porque me había engañado e intentó hacerme sentir culpable.

Decepcionada porque Iván había sido un egoísta conmigo.

Triste por romper con él. Feliz por romper con él.

Ahora sí que iba a pillarme un pedo tan grande que no iba a saber ni dónde estaba hasta que llegara a Madrid.

Aunque cuando llegué a la estación, casi se me sale el corazón del pecho al comprobar que alguien me esperaba en el andén, justo al lado del tren. Sí, habéis acertado, era Nacho.

56
JUNTOS

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada.

Él se acercó sin prisa mientras ensanchaba su preciosa sonrisa y me rodeaba con sus brazos al colocarse delante mía.

—Voy a pensar que todos los hombres estáis jodidos de la cabeza porque sois imprevisibles —susurré.

—En cuanto el tren salió de Bilbao, me arrepentí de haber bajado —confesó—. Quiero pedirte disculpas.

—Estoy harta de tantas disculpas, en serio. ¿No sería mejor que pensarais las cosas antes de hacerlas? —respondí con ironía.

—¿Cómo ha ido? —Quiso saber—. ¿Estás bien?

—Se acostaba con otra desde hace semanas y se ha enamorado. Supongo que estarás más tranquilo —vacilé.

No me juzguéis. Aunque lo quería, estaba dolida con él por haberme dejado sola. Pero a diferencia de los demás, Nacho no tardó en asumir su error y venir a apoyarme.

—Lo siento, cariño —contestó en voz baja—. No dudaba de ti, sino de mí. Los miedos, los complejos y las experiencias pasadas me bloquearon.

—A ver si eres capaz de dejar el pasado atrás de una vez. Yo acabo de hacerlo y no es tan difícil —señalé.

Nacho me apretó más a él.

—Me estoy esforzando. ¡Estoy aquí! Cogí el siguiente tren y vine para estar contigo, para decirte que confío en ti y para pedirte perdón —aseguró con los ojos cristalinos.

—¿Y si vuelven a entrarte los miedos y me abandonas cuando más te necesite? —le acusé —. ¿Y si me dejas de querer?

—¡Pues te amaré un millón de veces! —exclamó.

Noté como las lágrimas de amontonaban en mis ojos y comenzaban a resbalar por mis mejillas. ¡Fue preciso!

—Te amaré todas las veces que haga falta para hacerte la mujer más feliz del mundo —continuó—. Pero no soy perfecto, si me das otra oportunidad, volveré a meter la pata. ¡Soy así!, pero luego seguiré estando a tu lado. Seguiré apoyándote. Seguiré amándote más que a mí mismo.

Me sentí abrumada de tanta felicidad. Nunca me había inundado aquella sensación tan hermosa. Él me amaba con todo su corazón. ¡Claro que quería darle otra oportunidad! Tragué saliva, lo miré a los ojos y pegamos nuestras frentes.

—Yo también suelo meter la pata —reí.

—Me da igual, equivoquémonos juntos.

—Contigo es imposible equivocarse —aseguré.

Nos fundimos en un beso, que nos elevó hasta el firmamento. Un beso que marcaría el principio de una gran historia de amor.

—¿Qué me dices?, ¿me das otra oportunidad? —preguntó.

—Sin dudarlo, Nacho.

—¿Seguro?

—Te amaré un millón de veces.

Nos abrazamos, nos besamos y, entre medio de tanta gente, supimos que siempre estaríamos juntos, que nuestro amor no tenía fecha de caducidad, que merecía la pena atrevernos a entregarnos sin miedos.

Aseguran que la vida es para los valientes. A mí me gustaría añadir algo más; la vida es para los valientes y para los que aman de verdad.

EPÍLOGO

15 días después.

Estaba desnuda sobre la cama de la habitación del hotel mientras observaba por la ventana cómo brillaba el sol en el cielo azul de Málaga. Escuchaba las olas del mar, las gaviotas y el bullicio de la gente en la calle. Habíamos decidido recorrer la costa andaluza durante el resto de nuestras vacaciones. Nuestro plan era sencillo; comer, tomar el sol, bañarnos en la playa, descansar y hacer el amor cada noche en un hotel diferente.

Me llegó un mensaje al grupo de WhatsApp que teníamos Fabiola, Lorena, Estefi y yo. Allí nos manteníamos informadas mientras estábamos cada una en un destino distinto.

Fabiola se había quedado trabajando en Madrid. Además, estaba en plena separación del trío. Había probado la relación, pero era demasiado para ella. Así que prefirió cortar y buscarse un nuevo amante con el que obsesionarse y dejarlo cuando ya lo hubiese conseguido. ¡Muy en su línea!

Lorena estaba en Oporto. Se enamoró de la ciudad cuando estuvimos allí y decidió quedarse el resto del verano. Se lo estaba pasando en grande descubriendo lugares que le recomendé. Además, se había echado un noviete portugués, que le estaba alegrando la época veraniega. Ramón ya formaba parte de su pasado y ella quería seguir disfrutando de su libertad.

Estefi estaba trabajando en el tren del amor. ¡En verano tenía más jaleo que nunca! Así que la pobre no tenía vacaciones. Quien sí que estaba saboreando de unos días en la playa era su madre, que había marchado con su hermana y le mandaban cientos de fotos a Estefi de todo lo que hacían. Mi amiga estaba feliz porque su madre estaba disfrutando de lo lindo y estaba convencida de que esos días la ayudarían a pensar más en ella.

Lorena

Chicas, ¡la semana que viene vuelvo a Madrid!, ¿quién está libre para salir de fiesta?.

Solté una carcajada al leer el mensaje en el grupo.

—¿Qué te resulta tan divertido? —preguntó Nacho, que entraba en la habitación.

Había ido a buscar un poco de fruta para comer en la cama. Se quitó la ropa y se tumbó a mi lado.

Yo había decidido dejarme llevar por el corazón. Nacho me amaba con locura, así lo sentía y cada vez estaba más a gusto con él. Nuestro primer plan juntos fueron aquellas vacaciones y estaban siendo inolvidables. Sin embargo, estaba segura de que pronto haríamos más cosas juntos. ¿Os he contado ya que me propuso irme a vivir con él? ¡Sí, qué fuerte! Me apetecía mucho. Mi última relación fue a distancia y echaba en falta eso de compartir un techo con alguien; estaba impaciente por crear un hogar a su lado.

Fabiola

¡Yo me apunto!

Fabi se sumaba a la propuesta de Lorena.

—Tu hermana llega la semana que viene a Madrid y nos está proponiendo salir de farra —le expliqué a Nacho.

Estefi

Nosotros volvemos a la capi en jueves, si podéis, salimos esa noche.

Lorena y Fabiola contestaron que les parecía genial salir esa noche. Solo faltaba que respondiese yo.

—¿Que te apetece hacer, Eli?, ¿volvemos o seguimos en este sueño? —Nacho me dedicó una sonrisa arrebatadora.

Escribí en el grupo mi respuesta.

Eli

Nos apuntamos a la próxima, *sorry*. ¡Pasadlo muy bien!

Me apetecía seguir soñando a su lado. ¿Y sabéis qué era lo mejor de todo? Que aquello no era un sueño ni una utopía. Nuestro cariño era real. Lo estábamos construyendo con mimo, respeto y dedicación.

Ya no me atormentaba con el pasado o con el «qué hubiese sido si», prefería ilusionarme con el futuro.

Prefería disfrutar del presente, que era maravilloso. Absolutamente inmejorable.

SOBRE EL AUTOR

Daniel de la Peña nació en Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras 2.0*. y *Quiérete mucho*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico El Mundo Cantabria y para Divinity. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los *influercers* más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Puedes encontrar sus libros en todas las plataformas digitales:
Esta noche mando yo
Karma, ¿por qué me odias?
La locura de rimar contigo
Menos peros y más te quieros
Cena de amigas
Quiero volver
No eres tú soy yo
Los líos de Lola
Llámame Lola
¡A mí me lo vas a contar!
Vas a oírme rugir
El misterioso chico de las fantasías prohibidas

